

Nuevos tiempos

Jacob Hornblower siguió a su hermano Caleb al pasado con la esperanza de devolverlo a su hogar y a su tiempo. Pero, cuando conoció a Sunny, se dio cuenta de que, incluso para él, que se creía inmune al amor, corrían nuevos tiempos... y quizá por eso tomar una decisión sería todavía más doloroso.

1

Conocía los riesgos. Y él era un hombre deseoso de correrlos. Un paso en falso y todo habría terminado casi antes de empezar. Siempre había pensado que la vida era como un juego. A menudo, quizá demasiado a menudo, se había dejado arrastrar por sus impulsos para acabar enredándose en situaciones potencialmente peligrosas. Pero, en aquel caso en particular, había calculado minuciosamente todas las probabilidades.

Se había pasado dos años de su vida calculando, probando, construyendo. Hasta el más mínimo detalle había sido registrado, informatizado y analizado. Era un hombre muy paciente... al menos por lo que se refería a su trabajo. Sabía lo que podría suceder. Y había llegado la hora de demostrarlo.

Más de un amigo suyo sospechaba que había traspasado la barrera que separaba el genio de la locura. Incluso aquellos que más entusiastas se mostraban con sus teorías habían empezado a preocuparse. No era la opinión pública lo que le importaba, sino el resultado. Y el resultado de aquella experiencia, la más grande de su vida, sería personal. Muy personal.

Instalado frente al gran panel curvo del cuadro de mandos, se asemejaba más a un bucanero en la proa de su barco que a un científico en la cumbre de su descubrimiento. Pero la ciencia era su vida, y era la ciencia lo que lo había convertido en un explorador de la estirpe de los míticos Colón y Magallanes.

Creía en el azar, en el más puro sentido de la palabra. En la imprevisible posibilidad de la existencia. Y estaba dispuesto a demostrarlo. Además de sus cálculos, de sus conocimientos y de la tecnología, necesitaba un elemento más. El factor que todo explorador necesitaba para tener éxito. Suerte.

Sí. En aquellos precisos momentos, se hallaba al fin solo en la inmensidad del espacio sideral, fuera de las rutas interestelares más transitadas. Saboreando aquella especial intimidad entre el ser humano y sus sueños imposible de disfrutar en un laboratorio. Por primera vez desde que comenzó su viaje, sonrió. Demasiado tiempo había pasado encerrado en los laboratorios.

La soledad era relajante, incluso tentadora. Casi se había olvidado de lo que significaba estar verdaderamente solo, acompañado únicamente por sus propios pensamientos. Sí. Allí, en las últimas fronteras del universo civilizado, con su propio planeta convertido en una pequeña bola brillando en la lejanía, disponía de tiempo. Y el

tiempo era la clave.

Registró sus coordenadas: velocidad, trayectoria, distancia. Todas meticulosamente calculadas. Sus largos y finos dedos se movían fluidamente por teclas y sensores. El panel de control se iluminó de verde, proyectando un aura casi mística sobre su rostro de acusados rasgos.

Fue la concentración más que el temor lo que lo hizo fruncir el ceño y apretar los labios mientras se dirigía hacia el sol. Sabía perfectamente lo que le sucedería si había errado en sus cálculos por el más estrecho margen. La fuerza gravitatoria de la brillante estrella se lo tragaría. La nave y su ocupante se desintegrarían en un santiamén.

El último fallo, pensó mientras contemplaba la luminosa estrella que ocupaba todo el campo de visión de la cabina. O el último éxito. Era una visión maravillosa, con aquella luz que bañaba por completo la nave y le hacía entornar los párpados. Incluso a aquella distancia, el sol conservaba toda su capacidad de dar vida o muerte.

Bajó la pantalla protectora contra la luz solar. Activó los mandos para aumentar la velocidad al máximo. Según el indicador de calor, la temperatura exterior se había incrementado dramáticamente. Esperó, sabiendo que detrás de la pantalla protectora la intensidad de la luz era tal que le habría quemado las córneas. Un hombre viajando hacia el sol se exponía a quedar ciego y a perecer irremisiblemente... sin haber alcanzado nunca su destino.

Siguió esperando cuando sonó la primera llamada de alerta, y también cuando la nave dio una sacudida bajo las fuerzas de la gravedad y de su propio impulso. La tranquila voz del ordenador le indicó los datos de velocidad, posición y, lo más importante, tiempo.

Aunque podía escuchar el latido de su corazón resonando en los oídos, no le tembló la mano mientras aumentaba la velocidad de los motores.

Viajaba disparado hacia el sol, más rápido de lo que ningún hombre lo había hecho jamás. Apretando la mandíbula, aceleró un punto más. La nave se estremeció, se balanceó y, por último, comenzó a girar una, dos, tres veces, sin que pudiera enderezarla. Se aferró con todas sus fuerzas a los mandos mientras la inercia lo aplastaba contra el sillón. Y la cabina explotó en medio de una mar de luces y sonidos.

Por un instante se le nubló la visión, y temió que, en lugar de abrasarse con el calor del sol, la nave reventaría por la fuerza gravitatoria de la estrella. Pero no. Su nave seguía volando libre, como la flecha disparada por un arquero. Se había salvado. Jadeando sin aliento, volvió a revisar los controles y prosiguió aquel viaje hacia su destino.

Fue el espacio, la vasta amplitud lo que más impresionó a Jacob del Noroeste. En cualquier dirección hacia la que mirara, solo veía rocas, y árboles, y cielo. Todo estaba tranquilo. No silencioso, sino tranquilo, con aquel rumor de pequeños animales moviéndose en la espesura y los gritos de las aves en lo alto, volando en círculos. Unas huellas en la nieve alrededor de la nave indicaban que animales bastante más grandes habían estado rondando el territorio. Y, lo que era más importante: la propia nieve le

decía que sus cálculos habían errado en, por lo menos, varios meses.

Por el momento, sin embargo, tendría que conformarse con haber llegado aproximadamente a donde había querido llegar. Y con seguir vivo.

Tan meticuloso como siempre, volvió a la nave para registrar hechos e impresiones. Había visto imágenes y vídeos de aquel tiempo y de aquel lugar. Durante el último año había estudiado cada retazo de información que había podido encontrar del final del siglo XX. Maneras de vestir, de hablar, ambiente sociopolítico. Como científico, se había sentido fascinado. Y, como hombre, a medias divertido y a medias seducido. Y asombrado de que su hermano hubiera escogido vivir allí, en aquella época tan primitiva. Por culpa de una mujer.

Jacob sacó una fotografía de un compartimiento. Un buen ejemplo de tecnología del siglo XX, reflexionó mientras examinaba aquella instantánea de cámara Polaroid. Se fijó primeramente en su hermano. Sí, la impenitente sonrisa de Caleb siempre en su lugar. Parecía sentirse muy cómodo, sentado en los escalones de una pequeña estructura de madera, vestido con unos viejos vaqueros y un suéter. Rodeaba con un brazo los hombros de una mujer. Una mujer que se llamaba Libby. Indudablemente era atractiva. Tal vez no tan espectacular como las que respondían al tipo usual de Cal, pero, desde luego, de apariencia completamente inofensiva.

Entonces, ¿qué era lo que tenía esa mujer para haber persuadido a su hermano de que renunciara a su hogar, a su familia y a su libertad?

Jacob volvió a guardar la fotografía. Vería a Libby en persona. Y juzgaría por sí mismo, sin dejarse engañar por las apariencias. Por último, haría entrar en razón a su hermano y se lo llevaría de vuelta a casa. Pero antes tenía que tomar algunas precauciones.

Abandonó la cubierta de vuelo para entrar en su dormitorio, donde se despojó de su traje. Los vaqueros y el suéter, que le habían costado una verdadera fortuna, seguían colgados de la percha. Mientras se ponía los pantalones, pensó que eran unas reproducciones excelentes, una obra maestra. Y, además, extremadamente cómodos: eso era innegable.

Una vez que terminó de vestirse, se miró en el espejo. Si iba a tener que mezclarse con gente durante su estancia allí, que esperaba fuera breve... quería pasar completamente desapercibido y no despertar la menor sospecha. No tenía ni tiempo ni ganas de tener que explicar su presencia en esa época a una gente que, eso era seguro, tendría las entendederas muy cortas. Así como tampoco deseaba convertirse en pasto de la publicidad, que según había estudiado, a esas alturas del siglo XX se había convertido en una verdadera plaga.

Aunque detestaba admitirlo, el suéter gris y los vaqueros azules le sentaban perfectamente. Llevaba el cabello algo largo, casi hasta los hombros. Y algo descuidado, ya que prestaba mucha más atención a su trabajo que a las modas de turno. En cualquier caso, proporcionaba un excelente marco a su rostro anguloso, de rasgos duros. Tenía los ojos de un color verde oscuro, y su boca de labios habitualmente apretados, poseía un inesperado y seductor encanto cuando se relajaba

lo suficiente para sonreír.

En aquel instante, sin embargo, no estaba sonriendo. Se colgó su bolsa del hombro y abandonó la nave. Orientándose por el sol y no por la hora que marcaba su reloj, decidió que sería poco más de mediodía. El cielo estaba absolutamente despejado de nubes. Era increíble permanecer bajo aquella gigantesca cúpula azul, apenas surcada por la fina hebra de humo de lo que debía de ser un antiguo transporte aéreo. Los llamaban aviones, recordó viendo cómo desaparecía el diminuto trazo blanco.

Qué paciencia debía de tener aquella gente, reflexionó, para sentarse en compañía de otros cientos de pasajeros, hombro con hombro, y tener que esperar horas para hacer un trayecto tan corto como el de Nueva York a París.

Comenzó a caminar. Era una suerte que luciera el sol. Sus preparativos no habían incluido un abrigo, o una ropa interior térmica. Pasaría bastante frío antes de que la caminata le calentara los músculos. Jacob era un científico vocacional, y podía dedicar horas, y días enteros, a cálculos y experimentos. Pero nunca se había descuidado físicamente, y su cuerpo estaba tan bien entrenado y disciplinado como su cerebro.

Utilizó su unidad de pulsera para orientarse. Al menos el informe de Cal había sido bastante específico a la hora de describir el lugar en que se accidentó su nave, así como la localización de la cabaña de Libby, en la que terminó alojándose.

Unos trescientos años después, Jacob había visitado ese lugar y excavado la cápsula del tiempo que su hermano y aquella mujer habían enterrado. Jacob había dejado su hogar en el año 2255. Había viajado por el tiempo y por el espacio para encontrar a su hermano. Y llevarlo de vuelta a casa.

Mientras caminaba no vio señal de ser humano alguno. Solo había un inmenso espacio desierto, hectáreas y hectáreas, un terreno completamente virgen, intacto. El sol proyectaba sombras azuladas sobre la nieve, y los árboles se elevaban sobre su cabeza como silenciosos gigantes.

A pesar de la lógica de lo que había hecho, de los meses de cálculos precisos, de sus esfuerzos por pasar la teoría a la práctica, estaba empezando a sentir una extraña mezcla de miedo y de júbilo. La magnitud de lo que acababa de hacer, del salto en el tiempo que había dado, se impuso a su conciencia. Allí estaba, con los pies en la tierra, bajo aquel cielo inmenso en un planeta que le resultaba más extraño que la luna. Se estaba llenando los pulmones de aire, que volvía a exhalar en blancas vaharadas. Podía sentir la mordedura del frío en el rostro y en sus manos sin guantes. Sí, era como si estuviese naciendo de nuevo.

¿Habría sentido lo mismo su hermano? No. Era seguro que, al principio, no habría sentido júbilo alguno. Cal se habría sentido perdido, herido, confundido. El no había elegido viajar hasta allí, sino que había sido una víctima del destino y de las circunstancias. Luego, vulnerable y solo, se había dejado hechizar por una mujer. Ensombrecida su expresión por aquellas reflexiones, Jacob continuó caminando.

Deteniéndose ante el arroyo, se puso a recordar. Hacía un poco más de dos años, siglos en el futuro, había estado en aquel lugar. Había sido a mediados del verano, y

aunque el arroyo había cambiado su curso con el tiempo, el paraje era el mismo. Entonces había pisado hierba verde en vez de nieve. Pero la hierba volvería a crecer, año tras año, verano tras verano. Y el arroyo volvería a circular rápido, en vez de verse obligado a sortear rocas y placas de hielo, como en aquellos momentos.

Sintiéndose algo aturdido, se agachó y recogió un puñado de nieve. Entonces también había estado solo, aunque por encima de su cabeza el cielo había zumbado con el rumor del constante tráfico aéreo. Además, un conjunto de hoteles de montaña se alzaba a unos pocos kilómetros hacia el este. Recordaba que, cuando desenterró la caja que su hermano había ocultado, se sentó en el suelo y se puso a meditar.

Como lo estaba haciendo en aquel momento, pero de pie. Si se ponía a excavar allí mismo, podría desenterrar la misma caja. La caja que había dejado en casa de sus padres tan solo unos días antes. La caja existía allí, bajo sus pies, tal y como había existido en el tiempo del que procedía. Tal y como él existía ahora.

Si la desenterraba ahora y se la llevaba a la nave, ya no seguiría allí para que la encontrase aquella mañana de verano del siglo veintitrés. Pero si eso era cierto, ¿cómo podía estar allí, en aquel tiempo y lugar, para desenterrarla? Un acertijo interesante, reflexionó Jacob. Pensaría sobre ello mientras caminaba.

Vio la cabaña y se quedó fascinado. Por muchas imágenes, películas u hologramas que hubiera visto, aquella cabaña era real. Había placas de nieve derritiéndose lentamente en el tejado. La madera era oscura, no demasiado envejecida por el paso del tiempo. La luz del sol se reflejaba en los cristales de las ventanas. El humo... sí, podía verlo y olerlo, se elevaba desde la chimenea de piedra, perdiéndose en el cielo azul.

«Asombroso», pensó, y por primera vez en muchas horas sus labios formaron una sonrisa. Se sentía como un niño que acabara de descubrir un regalo único en el mundo debajo de su árbol de Navidad. Un regalo que era suyo, por el momento, para explorarlo, para analizarlo, para desarmarlo y desentrañar su funcionamiento.

Subió los escalones de la entrada, cubiertos de nieve. Al oír el crujido de la madera bajo su peso, su sonrisa se amplió. No se molestó en llamar. Los modales se perdían fácilmente con la euforia del descubrimiento. Abrió la puerta y entró en la cabaña.

— Increíble. Absolutamente increíble — susurró. Estaba completamente rodeado de madera. De auténtica madera. Y piedra, una piedra sacada de la tierra y tallada para construir la chimenea. Un fuego ardía en ella, crepitando y chisporroteando detrás de una pantalla de rejilla. Olía maravillosamente bien. Estaba en una pequeña habitación, abarrotada de cosas, a cual más extraña y pintoresca.

Jacob habría podido pasar horas solo en aquella habitación, escrutando hasta el último centímetro cuadrado. Pero deseaba ver el resto. Registrando ese pensamiento en su micrograbadora, empezó a subir las escaleras.

Sunny dio un puñetazo contra el volante de su todo-terreno y pronunció una maldición. ¿Cómo podía haberse creído que deseaba realmente pasar un par de meses en la cabaña? ¡Paz y tranquilidad! ¿Quién necesitaba eso? Cambió de marcha mientras

el vehículo ascendía penosamente por la colina. La idea de que unas cuantas semanas en soledad le darían la oportunidad de reflexionar sobre su vida y decidir lo que quería hacer era sencillamente... ridículo.

Ya sabía lo que quería hacer con su vida. Algo grande, algo espectacular. Disgustada, se sopló el rubio flequillo de los ojos. El único problema era que no sabía exactamente cuándo iba a hacer ese algo grande y espectacular. Pero eso no importaba tanto. Ya lo descubriría cuando tuviera que hacerlo.

Solo que siempre descubría lo que no tenía que hacer cuando lo hacía. Ya sabía que no se trataba de pilotar aviones de carga... o saltar en paracaídas de ellos. Tampoco se trataba del ballet, ni de hacer giras con una banda de rock. Ni conducir un camión, ni escribir en haiku.

Mientras aparcaba el todo-terreno frente a la cabaña, Sunny se recordó que no todo el mundo, a los veintitrés años, podía ser tan concreto y específico como ella acerca de lo que, por experiencia, sabía ya que no deseaba hacer. Sirviéndose del método de la eliminación, y siguiendo ese ritmo de descubrimientos, al cabo de otros diez o veinte años debería estar bien encaminada hacia la fama y el éxito...

Tamborileó con los dedos en el volante durante unos segundos mientras contemplaba la cabaña. Tenía una estructura maciza y achaparrada, y era al menos lo suficientemente acogedora para no resultar fea. Una vieja mecedora se balanceaba en el porche de entrada. Seguía allí año tras año, en verano y en invierno, desde hacía más tiempo del que podía recordar. Había, eso no podía negarlo, algo cómodo y reconfortante en aquella continuidad. Pero junto a aquella comodidad surgía siempre una inquietud por lo nuevo, por lo todavía no visto ni tocado.

Con un suspiro, se recostó en el asiento del todo-terreno, ignorando el frío. ¿Qué era lo que quería que no hubiera allí, en aquel lugar? ¿O en cualquier otro lugar en el que había estado? Aun así, siempre que disponía de tiempo para hacerse esa pregunta, cuando llegaba la hora de reflexionar, siempre regresaba allí, a la cabaña.

Había nacido en ella. Había pasado los primeros años de su vida en ella y en los bosques que la rodeaban. Quizá por eso volvía siempre allí cuando le parecía que su vida carecía de sentido. Para recobrar aunque solo fuera un poco de aquella sencillez, de aquella simplicidad.

Lo cierto era que la amaba. Tal vez no con la pasión de su hermana, ni con el arraigado sentimiento de sus padres, pero sí con un fondo de ternura. Sentía por ella el mismo tipo de cariño que habría sentido una niña por una vieja y excéntrica tía.

Sunny no podía imaginarse a sí misma viviendo de nuevo allí, como Libby y su marido habían hecho. Día tras día, noche tras noche, sin ver a nadie. Quizá sus raíces estuvieran en el bosque, pero su corazón pertenecía a la ciudad, con sus luces y sus múltiples posibilidades.

«Solo serán unas cortas vacaciones», se prometió a sí misma mientras se quitaba el gorrito de lana y se pasaba los dedos por su corto cabello. Tenía derecho a disfrutarlas. Después de todo, había ingresado en la universidad a la temprana edad de dieciséis años. «Eres demasiado inteligente para tu propio bien», le había dicho su

padre más de una vez. Después de graduarse, poco antes de cumplir los veinte años, había empezado mil y un proyectos, y con ninguno de ellos se había sentido satisfecha.

Procuraba ser buena en todo aquello que se proponía hacer. Quizá por eso había recibido clases de todo tipo de actividades, desde bailar claqué hasta pintar a la cera. Pero ser bueno en algo no significaba que ese algo fuera lo bueno. Así que siempre cambiaba de actividad, permanentemente inquieta, sintiéndose de continuo culpable por dejar las cosas a medio hacer.

Había llegado la hora de detenerse y reflexionar. Por eso había ido allí, para pensar, para reflexionar, para decidir. Eso era todo. No se estaba escondiendo, ni huyendo... solo porque hubiera perdido su último trabajo. No, sus dos últimos trabajos, se corrigió, malhumorada.

En cualquier caso, disponía de suficiente dinero para aguantar el resto del invierno... sobre todo teniendo en cuenta que no tenía ningún lugar donde gastarlo. Si seguía sus inclinaciones y tomaba el siguiente avión para Portland o Seattle, o a cualquier otro sitio donde estuvieran pasando cosas, se arruinaría en menos de una semana. Y lo último que deseaba hacer era arrastrarse frente a sus indulgentes y exasperados padres.

— Dijiste que ibas a quedarte — musitó mientras abría la puerta del todo-terreno— Y te quedarás hasta que descubras el verdadero destino de Sunny Stone.

Recogió las dos bolsas de provisiones que había comprado en la ciudad y se abrió paso entre la nieve. Al menos, pensó, un par de meses en la cabaña la enseñarían a ser autosuficiente. Si antes no se moría de puro aburrimiento, claro.

Una vez dentro lo primero que hizo fue acercarse al fuego, satisfecha de que siguiera ardiendo bien. Aquellos pocos años que pasó en las Girl Scouts habían servido para algo. Dejó las bolsas sobre el mostrador de la cocina. Sabía que Libby no habría perdido ni un segundo en colocarlo todo en su lugar. Pero para Sunny guardar algo que tarde o temprano tendría que volver a sacar no era más que una absurda pérdida de tiempo.

Con la misma actitud descuidada, dejó su abrigo en el respaldo de una silla y se quitó las botas, que fueron a parar a un rincón. Luego sacó una chocolatina de una de las bolsas y comenzó a mordisquearla mientras volvía al salón. Lo que necesitaba era una larga tarde dedicada al estudio y a la reflexión. Últimamente había estado acariciando la idea de volver a la universidad para licenciarse en Derecho. Le resultaba atractiva la idea de vivir de su habilidad para la discusión y la polémica. Junto con su ropa, su cámara de fotos, su cuaderno de notas, su grabadora y sus zapatos de baile, había llenado las dos cajas que llevaba con libros orientativos sobre las más diversas profesiones.

Durante su primera semana en la cabaña, había reflexionado en profundidad sobre la profesión de guionista de cine y había terminado descartándola por inestable. La medicina la asustaba, y abrir una tienda de ropa antigua era algo que estaba demasiado de moda.

Pero el Derecho tenía sus posibilidades. Podía imaginarse a sí misma como una fría e implacable fiscal, o como una dedicada y diligente abogada de oficio. Merecería la pena probar, se dijo mientras subía las escaleras. Y cuanto antes localizara su objetivo, antes podría volver a hacer algo más excitante que sentarse a ver caer la nieve en aquella cabaña.

De repente, la chocolatina quedó a medio camino de sus labios cuando entró en la habitación... y lo vio. Estaba de pie al lado de la cama, su cama, obviamente ensimismado en la lectura de una revista de modas que ella había dejado en el suelo la noche anterior. Deslizaba los dedos por el papel satinado de sus páginas casi con reverencia, como si se tratara del más exótico tejido.

Estaba de espaldas a ella. Era alto y moreno. Llevaba el pelo lo suficientemente largo como para que las puntas le taparan el cuello del suéter. Sin atreverse apenas a respirar, continuó observándolo. Si era un excursionista, iba demasiado bien vestido. Los pantalones no estaban demasiado gastados. Y lo mismo sucedía con sus botas. No, dudaba que fuera un montañés. Y ni el montañés más temerario se habría atrevido a aventurarse a pie por las montañas en pleno invierno.

Parecía fuerte y musculoso. Si era un ladrón debía de ser muy estúpido para perder el tiempo de esa manera: hojeando una revista de modas cuando debería estar buscando cualquier cosa de valor en la cabaña.

Sunny desvió la mirada hacia la cómoda, donde guardaba la caja de las joyas. No tenía una gran colección, pero cada pieza había sido seleccionada con exquisito cuidado, sin reparar en el precio. Y eran suyas, al igual que aquella cabaña, al igual que aquella habitación que había invadido ese extraño.

Furiosa, soltó la chocolatina y se procuró el arma más cercana que encontró a mano: una botella vacía de gaseosa. Blandiéndola, dio un paso hacia delante.

Jacob oyó el movimiento. Por el rabillo del ojo, vio una mancha borrosa de color rojo. Un presentimiento lo hizo volverse, justo en el momento en que la botella pasó casi rozándole la cabeza para estrellarse contra la mesilla. El cristal sonó como un disparo al romperse.

— ¿Qué...?

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, perdió pie y cayó de espaldas. Desde el suelo pudo ver a una mujer alta y esbelta, de pelo corto y rubio, y ojos de un color gris casi transparente. Con las piernas flexionadas y los brazos en alto, movía lentamente las manos como si estuviera practicando una especie de arcaico arte marcial.

— Ni se te ocurra—le advirtió ella—No quiero verme obligada a hacerte daño, así que incorpórate lentamente. Luego baja las escaleras y lárgate. Dispones de treinta segundos para hacerlo.

Sin dejar de mirarla a los ojos, Jacob se incorporó sobre un codo. Cuando tenía que vérselas con un miembro de una cultura tan primitiva, toda precaución era poca.

— ¿Perdón?

— Ya me has oído, amigo. Soy cinturón negro, cuarto dan. Dame la oportunidad y

te aplastaré el cráneo como si fuera una nuez.

Sin una palabra, Jacob se incorporó de un salto colocándose en una posición de lucha semejante a la de ella. Leyó la sorpresa en sus ojos. No era miedo, sino sorpresa. Consiguió parar el primer golpe que le lanzó, aunque sintió la fuerza de su impacto desde el brazo hasta el hombro. A continuación logró esquivar una patada bien dirigida a la barbilla.

Era rápida, advirtió. Rápida y ágil. Se dedicó a esquivar sus ataques, manteniéndose a la defensiva mientras la observaba. No sentía el más mínimo temor, concluyó con una sensación de pura admiración. Sí; parecía una guerrera nata. Y si Jacob tenía alguna debilidad inconfesable, era el placer que le producía un buen combate.

No jugó con ella. Si lo hubiera hecho, estaba seguro de que habría acabado en el suelo con un pie en la garganta. La patada que le lanzó contra las costillas, sorprendiéndolo con la guardia baja, constituía una buena prueba de ello. Pero Jacob era consciente de que la superaba en peso y estatura, y decidió aprovechar aquellas ventajas. Amagó, le paró un golpe y contraatacó con una llave que la proyectó directamente contra la cama. Antes de que pudiera recuperarse, se lanzó sobre ella y le inmovilizó las muñecas por encima de la cabeza.

Vio que jadeaba por el esfuerzo, aunque todavía no se había rendido. Echando chispas por los ojos, concentró toda su fuerza en un último golpe. Y, afortunadamente, Jacob se giró a tiempo para evitar recibir un rodillazo en los testículos.

— Algunas cosas no cambian nunca — musitó mientras la observaba, esperando a que se tranquilizara un poco.

Era impresionantemente bella. Tenía la piel ruborizada, con un delicioso tono rosado que realzaba el rubio claro de su pelo. El peinado, corto y austero, destacaba asimismo la hermosa y elegante estructura de su rostro. Tenía los pómulos salientes. Y unos ojos grandes, grises, rasgados, que brillaban de frustración pero no de derrota. Tenía la nariz pequeña y recta, y una boca de labios llenos, con el inferior ligeramente avanzado. Olía a bosque y a fronda.

— Eres muy buena — le comentó Jacob.

— Gracias — no forcejeó. Sabía cuándo luchar y cuándo ahorrar fuerzas. Aquel hombre la había vencido, pero ella no estaba dispuesta a rendirse—. Te agradecería que dejaras de aplastarme con tu peso. Ahora mismo.

— ¿Tienes por costumbre saludar a la gente lanzándole un botellazo y tirándola al suelo?

— ¿Y tú tienes por costumbre meterte en las casas de la gente y husmear en sus dormitorios? — le preguntó Sunny, arqueando una ceja.

— La puerta estaba abierta — señaló, pero al momento frunció el ceño. Estaba seguro de encontrarse en el lugar que había estado buscando, pero aquella mujer no era Libby— ¿Esta es tu casa?

— Así es. Propiedad privada, se le llama. Mira, ya he llamado a la policía — mintió, ya que el teléfono más cercano estaba a decenas de kilómetros de allí— Si yo fuera tú,

me largaría inmediatamente.

— Si yo quisiera evitar a la policía, sería inútil que intentara largarme —ladeó la cabeza, mirándola pensativo—. Además, no la has llamado.

— Quizá lo haya hecho y quizá no. ¿Qué es lo que quieres? En esta cabaña no hay nada que merezca la pena robar.

— Yo no he venido a robar.

Sunny experimentó una rápida punzada de pánico, que en seguida fue ahogada por otra de furia.

— No te lo pondré fácil.

— De acuerdo — Jacob no se molestó en preguntarle por lo que había querido decir— ¿Quién eres tú?

— Creo que soy yo la que debe hacerte esa pregunta — replicó—. Aunque tampoco puede decirse que esté muy interesada — el corazón se le había empezado a acelerar, y confiaba en que él no pudiera notarlo. Estaban tumbados uno sobre el otro en una cama sin hacer, en una postura tan íntima como la de dos amantes. Sus ojos, de un color verde profundo, clavados con tanta fijeza en los suyos, la estaban dejando sin aliento.

En aquel instante Jacob sí que descubrió el pánico en su mirada, apenas un leve destello, y aflojó la presión sobre sus muñecas. El pulso le latía muy rápidamente, causándole a él una reacción semejante. Sí, podía sentir el acelerado latido de su propio corazón mientras sus ojos viajaban inconscientemente hasta sus labios.

Se preguntó qué se sentiría al besarla. Solo un roce, un experimento. Una boca de aspecto tan suave y apetecible parecía haber sido creada para tentar a un hombre. ¿Lucharía o se resignaría? Disgustado por aquella distracción, volvió a mirarla a los ojos. Tenía un objetivo que cumplir. Un objetivo del que nada lo detendría.

— Lamento haberte asustado, o haber invadido tu intimidad. Estaba buscando a alguien.

— Aquí no hay nadie salvo... — se interrumpió— ¿A quién dices que estás buscando?

Jacob se dijo que era mejor obrar con prudencia. Si había cometido algún error de cálculo con el tiempo, o si el informe de Cal había sido incorrecto, lo mejor sería guardar algunas precauciones.

— A un hombre. Creía que vivía aquí, pero quizá mi información no era la correcta.

— ¿Cómo se llama? — le preguntó Sunny, soplándose el flequillo de los ojos.

— Hornblower — respondió Jacob, sonriendo por primera vez—. Se llama Caleb Hornblower — la sorpresa que leyó en su mirada fue todo lo que necesitaba. Instintivamente, sus dedos se tensaron sobre sus muñecas— ¿Lo conoces?

Una multitud de pensamientos y sospechas sobre el misterioso marido de su hermana asaltó la mente de Sunny. ¿Era un espía, un fugitivo, un excéntrico millonario vagando por el mundo? Lo ignoraba. Pero la lealtad familiar era lo primero, y habría preferido la tortura antes que traicionar a su hermana.

— ¿Por qué debería conocerlo?

— Lo conoces — insistió Jacob. Al ver que alzaba la barbilla con un gesto de obstinación, suspiró, frustrado— He hecho un largo camino para venir a verlo — se sonrió, pensando en el profundo significado de aquella frase— . No puedes imaginarte lo largo que ha sido. Por favor, ¿me puedes decir dónde está?

— Evidentemente, aquí no.

— ¿Es que no se encuentra bien? — le preguntó Jacob, soltándole las manos para agarrarla de los hombros— ¿Le ha pasado algo malo?

— No — respondió, conmovida por el tono de preocupación de su voz— . No, claro que no. No quería decir que... — se interrumpió de nuevo. Si aquello era una trampa, estaba cayendo de lleno en ella— . Si quieres sacarme alguna información más, tendrás que decirme quién eres y por qué quieres verlo.

— Soy su hermano Jacob.

Sunny puso unos ojos como platos. ¿El hermano de Cal? Suponía que eso entraba dentro de lo posible. La forma de su rostro y el color de su cabello eran similares. Y ciertamente aquel hombre se parecía más a su cuñado que ella misma a Libby.

— Bueno — pronunció tras un breve debate interno— El mundo es un pañuelo, ¿eh?

— Desde luego es más pequeño de lo que tú te imaginas. ¿Entonces conoces a Cal?

— Sí. Y dado que está casado con mi hermana, entonces tú y yo somos... Bueno, creo que sería mejor que continuáramos hablando de esto en otra postura que no fuera la horizontal.

Jacob asintió con la cabeza, pero no se movió.

— ¿Quién eres tú?

— ¿Yo? — esbozó una amplia y radiante sonrisa— . Oh, yo soy Sunbeam — todavía sonriendo, le agarró firmemente un pulgar— . Y ahora, si no quieres que te disloque un dedo... ¡levántate de una maldita vez de mi cama!

Se separaron con cierto recelo, como dos boxeadores dirigiéndose a sus respectivos rincones después del toque de campana. Jacob no estaba muy seguro de cómo conducirse con ella, y mucho menos después de la noticia bomba que le había soltado. Su hermano se había casado.

— ¿Dónde está Cal?

— Borneo. Creo que está en Borneo. Tal vez en Bora Bora. Libby está realizando una investigación — Sunny ya disponía de tiempo para contemplarlo con mayor objetividad. Sí, definitivamente se parecía mucho a Cal: en su forma de moverse, de hablar. Pero, incluso a pesar de haber aceptado eso, todavía no estaba dispuesta a confiar del todo en él— . Cal debió de haberte contado que es antropóloga.

Tras una breve vacilación, Jacob sonrió de nuevo. En aquel momento no lo preocupaba tanto lo que Cal le había dicho o no en su informe, como lo que habría podido decirle acerca de él mismo a aquella mujer llamada Sunbeam. «Sunbeam, rayo de sol», pensó distraído. ¿Podía alguien llamarse realmente así?

— Por supuesto — mintió con tono suave, sin la menor sombra de culpa— Pero no me avisó de que estaría fuera. ¿Cuándo volverá?

— Todavía tiene para unas cuantas semanas más — respondió Sunny mientras se alisaba el suéter rojo. Ya podía sentir los moretones que se le estaban formando. No le importaba. Le había hecho frente, y no se las había arreglado tan mal. Esperaba que pudiera tener otra oportunidad— . Es curioso que no nos comentara que ibas a venir.

— No lo sabía — frustrado, desvió la mirada hacia la ventana. Había estado tan cerca, tan condenadamente cerca... Pero tendría que esperar— . Yo mismo no estaba seguro de que pudiera llegar.

— Ya. Como a la boda, a la que al final no asististe. Nos extrañó mucho que ningún miembro de la familia de Cal apareciera en la ceremonia.

Jacob captó un inequívoco tono de censura en su voz.

— Créeme, si hubiéramos podido asistir, lo habríamos hecho — repuso, casi divertido para sus adentros por la ironía de la situación.

— Mmm. Bueno, dado que ya hemos terminado de pelearnos, te propongo que bajemos y tomemos un té — se dirigió hacia la puerta— . Por cierto, ¿qué dan de cinturón negro tienes tú?

— Séptimo — arqueó una ceja— . No quería hacerte daño.

— Claro — bastante molesta por aquel comentario, empezó a bajar las escaleras— . No sabía que la gente como tú practicara las artes marciales.

— ¿La gente como yo? — preguntó Jacob distraídamente mientras deslizaba la mano por la lisa superficie de la barandilla de madera.

— Tú eres físico o algo parecido, ¿no?

— Algo parecido — sobre el respaldo de una silla vio un abrigo de escandalosos, más que vivos, colores. Aunque le recordó algo, se contuvo de hacerle un minucioso examen— ¿y tú? ¿A qué te dedicas tú?

— A nada. Me lo estoy pensando.

Nada más entrar en la cocina, Sunny se dirigió directamente al horno. De modo que no pudo ver la expresión asombrada de Jacob.

Mientras observaba la cocina, pensó que parecía extraída de algún antiguo libro o película. Solo que aquello era mucho, muchísimo mejor que cualquier reproducción. Absolutamente maravilloso. Ansiaba tocarlo todo, acariciarlo todo...

— Jacob? — ¿Qué?

Sunny lo miró extrañada. «Un tipo raro», pensó. Muy guapo, ciertamente, pero también muy raro.

— Te he dicho que tengo muchas variedades de té. ¿Prefieres alguna en particular?

— No — no podía resistirse. Simplemente no podía.

Aprovechando que ella se volvió para poner al fuego la tetera, se acercó al fregadero de cerámica blanca y abrió el grifo. Puso un dedo bajo el chorro de agua y descubrió que estaba fría como el hielo. Cuando se llevó la punta del dedo a los labios, reconoció un leve sabor a metal.

Era agua pura, sin ningún tipo de procesamiento. Asombroso. Aquella gente bebía agua directamente de la que manaba del suelo. Completamente olvidado de Sunny, volvió a adelantar el dedo y descubrió que el agua se había calentado mucho, hasta el punto de que por poco se abrasó. Al volverse, vio que Sunny lo estaba mirando fijamente.

No tenía sentido maldecirse a sí mismo por su imprudencia. Simplemente tendría que aprender a dominar su curiosidad mientras no estuviera solo.

— Es muy bonito — comentó.

— Gracias — aclarándose la garganta, Sunny no dejó de mirarlo mientras preparaba dos tazas— . Lo llamamos «fregadero». En Filadelfia también se fabrican fregaderos, ¿verdad?

— Sí. Lo que pasa es que nunca había usado uno como este.

Sunny se relajó un tanto.

— Bueno, este lugar está un poco anticuado.

— Yo estaba pensando exactamente lo mismo.

Cuando la tetera empezó a pitar, Sunny se volvió para servir el té. Y mientras lo hacía, se subió las mangas del suéter. Jacob advirtió que tenía unos brazos largos, bien torneados. De apariencia engañosamente frágil. Se frotó un hombro. Él mismo había experimentado su fuerza en carne propia.

— Quizá Cal no te contó que mis padres construyeron esta cabaña en los años sesenta.

— ¿La construyeron? ¿Ellos solos?

— Sí. Hasta la última piedra y hasta el último tronco. Eran hippies. Hippies de los auténticos.

— Los años sesenta, sí. He leído algo acerca de aquella era. Era un movimiento contracultural. La juventud enfrentada al sistema por medio de una revolución

sociopolítica y cultural que implicaba el rechazo a las riquezas, al gobierno y a los militares.

— Hablas como un verdadero científico — «un científico un tanto loco», añadió Sunny para sí mientras llevaba las tazas a la mesa—. Resulta curioso oír hablar así de esa época a alguien que nació por aquellos años. Es casi como si te hubieras referido a una dinastía china.

— Los tiempos cambian — se sentó ante la mesa.

— Sí — frunciendo el ceño, vio que deslizaba un dedo lentamente por la superficie de madera, admirado—. Se llama mesa.

Recuperándose de, su distracción, Jacob tomó su taza.

— Oh, estaba admirando la madera.

— Es roble. Mi padre la hizo. Durante un tiempo le dio por la carpintería. Casi todo lo que hay en esta cabaña lo construyó él mismo.

Jacob apenas podía imaginárselo. Hacer un mueble a partir de una pieza de madera de roble. Allá de donde venía, solo la gente más opulenta podía permitirse semejante lujo. Además de que estaban limitados por ley a poseer una sola pieza. Y allí estaba él, sentado en una casa hecha enteramente de madera... Necesitaría muestras. Tal vez le resultara difícil conseguir las con ella observándolo de cerca, con aquella mirada de desconfianza, pero no imposible.

Reflexionando sobre ello, tomó un sorbo de té. Y otro. Y otro.

— Herbal Delight.

— Exacto — pronunció Sunny, levantando su taza a modo de brindis—. Al principio, apenas podíamos beber otra cosa sin arriesgarnos a tener una crisis familiar. Lo fabrica la empresa de mi padre. ¿Eso tampoco te lo dijo Cal?

— No — confuso, Jacob miró fijamente el líquido oscuro, dorado, de su taza. Herbal Delight. Stone, claro. La empresa, una de las más poderosas de la federación, había sido fundada por William Stone. Se contaban anécdotas verdaderamente míticas sobre sus comienzos, tan románticas como la de aquel presidente del siglo diecinueve que nació en una cabaña de troncos. Pero no, no era un mito. Era realidad.

— ¿Qué es lo que te dijo exactamente Cal?

— Oh, solo que... que se estrelló su avión. Que tu hermana lo estuvo cuidando y se enamoraron — de pronto sintió una familiar punzada de resentimiento, y bajó su taza—. Y que escogió quedarse aquí, con ella.

— ¿Tienes algún problema con eso? — Sunny también bajó su taza. Y por un instante, mientras se miraban, en sus respectivas expresiones se reflejó tanto recelo como disgusto—. ¿Es por eso por lo que no te molestaste en asistir a la boda? ¿Porque te fastidió que tu hermano decidiera casarse sin hablar antes contigo?

— Dejando a un lado la opinión que me mereciera su decisión... — replicó Jacob, cada vez más irritado—. ... habría venido si eso me hubiera resultado posible.

— Oh, qué generosidad — se levantó rápidamente para sacar un paquete de galletas de una de las bolsas de provisiones que había comprado—. Déjame decirte algo, Hornblower. Para tu hermano ha sido una suerte haber conocido a mi hermana.

— No lo sabía.

— Sí — abrió el paquete— . Es brillante, inteligente, buena, guapa y generosa — lo apuntó con una galleta— . Y, si esto te interesa, lo cual dudo mucho, son muy felices juntos.

— Tampoco tengo manera de saber eso.

— ¿Y de quién es la culpa? Has tenido tiempo de sobra para verlos juntos... si eso te hubiera importado.

En aquel instante era ya verdadera furia lo que ardía en los ojos de Jacob.

— El tiempo era el problema — se levantó— . Lo único que sabía yo era que mi hermano había tomado una decisión drástica, que trastornaba completamente su vida. Y tengo intención de asegurarme de que no ha cometido ningún error.

— ¿De veras? — Sunny se atragantó con una galleta y tuvo que beber para pasar el trago— No sé cómo funcionan las cosas en tu familia, amigo, pero en la nuestra no tomamos las decisiones por comité. Nos consideramos individuos autónomos, con derecho a decidir por nosotros mismos.

Pero a Jacob no le importaba la familia de Sunny. Solo le importaba la suya propia.

— La decisión de mi hermano ha afectado a un gran número de gente.

— Ya, estoy convencida de que su boda con Libby cambiará el curso de la historia — disgustada, lanzó descuidadamente el paquete de galletas sobre el mostrador— . Si tan preocupado estás, ¿por qué diablo has tardado un año entero en aparecer?

— Eso es asunto mío.

— Oh, entiendo. Es asunto tuyo. Pero la boda de mi hermana también es asunto tuyo. Eres un idiota integral, Hornblower.

— ¿Perdón?

— Acabo de decirte que eres un idiota — se pasó una mano por el pelo— Bueno, tú sigue adelante con tus planes y habla con él cuando vuelvan. Pero hay una cosa que no figura en tus cálculos. Cal y Libby se aman, y quieren vivir juntos. Y ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

Y abandonó la cocina. Momentos después Jacob escuchó lo que parecía el ruido de una primitiva puerta de madera al cerrarse. «Una mujer exasperante», se dijo. Interesante, pero exasperante. Iba a tener que encontrar alguna forma de hacer las paces con ella, dado que resultaba obvio que tendría que prolongar su estancia allí hasta el retorno de Cal.

Como científico, aquello representaba una maravillosa oportunidad para estudiar de cerca una cultura primitiva, y para hablar cara a cara con sus propios ancestros... Alzó la mirada al techo. No. Dudaba que a la imprevisible Sunbeam le gustara que la calificaran de «ancestro».

Sí, era una maravillosa oportunidad... pero solo desde un punto de vista científico. En lo personal, su relación con aquella mujer tan primitiva había representado ya, y representaría, una prueba muy dura. Era una persona brusca, agresiva y protestona. Quizá él tuviera los mismos defectos, pero después de todo,

era doscientos sesenta y cinco años mayor, y superior que ella.

Lo primero que haría cuando volviera a la nave sería abrir la base de datos de su ordenador y consultar el significado de la arcaica palabra «idiota».

A Sunny le habría encantado proporcionarle una definición todavía más concisa. De hecho, mientras caminaba furiosa de un lado a otro de su dormitorio, se le había ocurrido ya por lo menos media docena de descripciones de su carácter, a cuál más vívida y colorida.

Diablo de hombre... Se había presentado allí más de un año después de que su hermano y Libby se hubieran casado. Y no precisamente para felicitarlos. Ni para mantener un bonito encuentro familiar. Sino para dudar abiertamente de que su hermana fuera lo suficientemente buena para Cal.

Al pasar por delante de la ventana, lo vio abajo. Se disponía a abrirla para soltarle unas cuantas cosas cuando... su furia se evaporó de repente.

Parecía que quería internarse en el bosque, así sin más, sin abrigo alguno. Entornando los ojos, lo vio caminar por la nieve hacia los árboles. ¿Adónde diablos querría ir? En aquella dirección no había nada, excepto rocas y pinos.

Una pregunta asaltó por primera vez su mente. ¿Cómo había llegado hasta allí? La cabaña se encontraba a decenas de kilómetros de la ciudad y a más de dos horas en coche del aeropuerto más cercano. ¿Cómo diablos había podido llegar hasta su dormitorio sin abrigo, sin sombrero, sin guantes, en medio del invierno?

No había coche, camión o motonieve alguno en la puerta de la cabaña, salvo su propio todoterreno. Y no podía haber llegado hasta allí haciendo auto-stop. En enero, a nadie se le ocurriría internarse a pie en las montañas. Al menos si no estaba loco.

Con un estremecimiento, se apartó de la ventana. Quizás esa fuera la respuesta. Jacob Hornblower no era simplemente un idiota. Era un idiota demente.

Aunque tal vez estuviera exagerando. Que no le gustara no significaba que tuviera que suponer por ello que estaba loco. Después de todo, era el hermano de Cal, y durante el último año Sunny se había encariñado mucho con su cuñado. Su hermano Jacob tal vez fuera un incordio, pero eso no quería decir que hubiera tenido por fuerza que perder algún tornillo.

Aunque... ¿No había pensado ella misma que era un tipo raro? ¿No se había comportado como un tipo raro? Por otro lado, a Sunny siempre le había parecido muy extraño que Cal nunca le hubiera hablado de su familia. Volvió a mirar por la ventana. Quizá tuviera sus razones para ello.

Aquel hombre se había comportado de una manera rarísima desde el principio. Por ejemplo, había estado hojeando una de sus revistas de moda con la misma veneración con que habría examinado los manuscritos del Mar Muerto. Y luego estaba lo de la cocina. Jugando con los grifos del fregadero. Y mirándolo todo con una expresión de maravilla, como si nunca hubiera visto un horno o un frigorífico. Como si no hubiera visto nada de eso en mucho tiempo. Sí, como si hubiera estado muchos años apartado de la civilización... encerrado en una cárcel. En una prisión donde no pudiera constituir un peligro para la sociedad.

Mordiéndose el labio inferior, continuó caminando de un lado a otro. Fue entonces cuando tropezó con la bolsa de viaje de Jacob. Se la había dejado allí. Lo que quería decir que volvería.

Bueno, ya se las arreglaría. Sabía cuidar bien de sí misma. Frotándose las manos contra los muslos, contempló la bolsa. No le haría ningún daño tomar algunas precauciones... En un impulso, se arrodilló. Fuera o no una invasión de intimidad, registraría esa bolsa. No tenía ni cremalleras ni correas. Retiró el velcro. Y después de lanzar una precavida mirada sobre su hombro, se dedicó a investigar.

Una muda de ropa. Otro suéter, negro en esa ocasión. Sin marca. Los vaqueros eran evidentemente caros, pero sin etiqueta alguna en los bolsillos. Ni una sola etiqueta. Y eran nuevos. Habría jurado que ni siquiera estaban estrenados. Debajo encontró un frasco con un líquido denominado «fluoratina», y un par de zapatillas. Ni espejo ni artículos de afeitar. Ni siquiera un cepillo de dientes. Simplemente una muda de ropa y un frasco que tal vez contuviera alguna especie de droga.

El último descubrimiento fue el más asombroso. Un ingenio electrónico, no mayor que la palma de su mano, se hallaba bien guardado en una esquina de la bolsa. Tenía una forma circular. Cuando lo abrió, vio una serie de diminutos botones. Al pulsar el primero, dio un respingo al escuchar la voz de Jacob.

Tan clara como el cristal, aquella voz procedía del pequeño círculo de metal que tenía en la mano. Estaba recitando ecuaciones o algo parecido. Ni los números ni los símbolos tenían el menor significado para Sunny. Pero el hecho de que fueran emitidos por aquel diminuto disco dejaba el campo abierto a múltiples posibilidades.

Era un espía. Y, a juzgar por su comportamiento, un espía bastante desequilibrado. La imaginación nunca había sido el punto flaco de Sunny. Así que se lo imaginó todo perfectamente.

Lo habían capturado. Y los métodos a los que le habían sometido para sonsacarle la información le habían trastornado el juicio. Cal había intentado encubrirlo, inventándose el cuento de que su hermano era astrofísico y que estaba muy ocupado realizando unas investigaciones en la costa Oeste, cuando en realidad debía de haber estado encerrado en alguna institución psiquiátrica federal. Y ahora se había escapado.

Sunny presionó más botones hasta que dejó de oírse la voz de Jacob. Tendría que llevar muchísimo cuidado. Fuera cuales fueran sus sentimientos hacia él, era de la familia. Tendría que estar absolutamente segura de que era un lunático peligroso antes de hacer algo al respecto.

«Una persona estúpida y frecuentemente irritante», se repetía Jacob mientras caminaba por el bosque hacia la fina hebra de humo que se elevaba a lo lejos, entre los árboles. Había consultado la definición de «idiota» en la base de datos de la nave. Que lo llamaran «irritante» le daba igual, pero «estúpido» era otra cosa. No toleraría que aquella flacucha para quien el motor de combustión era lo último en tecnología punta lo llamara «estúpido».

Había hecho un buen trabajo durante la noche. Su nave estaba bien camuflada, y

había registrado minuciosamente todo lo que había ocurrido hasta entonces. Incluyendo su tormentoso encuentro con Sunbeam Stone. Pero había surgido un problema: hasta que salió el sol no se acordó de que se había dejado su bolsa de viaje en la cabaña.

Nunca se la habría dejado olvidada si aquella mujer no lo hubiera sacado tanto de quicio. No contenía nada de valor, pero el detalle era importante: significaba el principio de algo. Jacob no era despistado por naturaleza, y solo cuando estaba ocupado pensando en los grandes detalles se le olvidaban los pequeños.

Le fastidiaba pensar tanto en ella... Aquella mujer no había dejado de deslizarse en su mente una y otra vez, a lo largo de toda la noche, mientras trabajaba. Sí, era un fastidio constante. La manera en que se había plantado frente a él, las piernas y los brazos flexionados, dispuesta a luchar. Y la sensación de su cuerpo bajo el suyo, tenso y firme, desafiante. El brillo de su cabello, tan luminoso como su propio nombre...

Furioso, sacudió la cabeza, como si de esa forma pudiera ahuyentar aquellos pensamientos. No tenía tiempo para mujeres. Le gustaban, claro, pero había un momento para los placeres, y aquel no lo era. Además, si era placer lo que buscaba, de seguro que no lo encontraría con Sunbeam.

Cuanto más reflexionaba sobre el mundo y la época a la que había llegado, más convencido estaba de que Cal necesitaba recuperar la cordura y regresar a casa. Era posible que hubiera padecido algún tipo de enfermedad espacial. Su hermano había sufrido un shock, y una mujer, Libby, se había aprovechado de ello. Cuando pudiera discutir racionalmente con Cal, volverían a su nave y se marcharían a casa. Mientras tanto, aprovecharía la oportunidad para analizar y registrar al menos aquel pequeño rincón del mundo al que había ido a parar.

Ya en el borde del bosque, se detuvo. Aquel día hacía más frío, y se resentía ya de la falta de ropa de abrigo. Nubes grisáceas, cargadas de nieve, habían terminado por oscurecer el sol. Distinguió a Sunny cargando troncos de leña del montón que había detrás de la cabaña. Estaba cantando una balada de cierta carga erótica, acerca de un hombre que se había marchado para no volver más. No lo oyó acercarse, sino que continuó trabajando mientras cantaba.

— Perdón.

Sunny dio un respingo, asustada, y la carga de leña que llevaba en los brazos voló por los aires. Un tronco tuvo la mala fortuna de aterrizar sobre una de sus botas, y comenzó a saltar sobre el otro pie, quejándose de dolor.

— ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¿Qué diablos te pasa?

— Nada — Jacob no pudo evitar sonreírse—. ¿Te duele?

— No, qué va. Me gusta sufrir — apretó los dientes mientras volvía a apoyar el pie en el suelo—. ¿De dónde vienes?

— De Filadelfia—respondió, pero al momento añadió, al ver que lo miraba entrecerrando los ojos— Oh, ¿quieres decir ahora? De allí — señaló hacia atrás con el pulgar, y bajó la mirada a los troncos que estaban dispersos por la nieve—. ¿Quieres que te ayude?

— No — se agachó para recogerlos, atenta al menor de sus movimientos—
¿Sabes por qué estoy aquí, Hornblower? He venido en busca de soledad y tranquilidad
— se sopló el flequillo cuando alzó la mirada hacia él— ¿Comprendes esos conceptos?

— Sí.

— Bien — volviéndose, se dirigió cojeando hacia la cabaña. Después de descargar los troncos en la leñera, volvió a la cocina. Y maldijo en voz alta— ¿Y ahora qué pasa?

— Me dejé olvidada mi bolsa de viaje— de pronto Jacob alzó la cabeza, olfateando el aire— ¿Se está quemando algo?

Con una exclamación de disgusto, Sunny se abalanzó sobre la tostadora y sacó una rebanada de pan ennegrecida y humeante.

— Este cacharro no funciona bien.

Deseoso de examinar de cerca aquel curioso artefacto, se acercó para echar un vistazo por encima de su hombro.

— No tiene un aspecto muy apetecible.

— Me da igual — y, para demostrárselo, mordió la tostada.

Jacob aspiró deleitado su perfume, a pesar del humo. Su inmediata reacción no pudo menos que disgustarlo, pero por una pura cuestión de orgullo resistió el impulso de apartarse.

— Dime, ¿siempre eres así de obstinada?

— Sí.

— ¿Y tan huraña?

— No.

Sunny escogió aquel momento para volverse. Jacob no se apartó, como ella había esperado. En lugar de ello se inclinó hacia delante, apoyando las manos en el mostrador y encerrándola, con absoluta naturalidad, en el círculo de sus brazos. No la tocó.

Nada había que le molestara tanto a Sunny como sentirse avasallada.

— Apártate, Hornblower.

— No — no solamente no se apartó, sino que se acercó aún más— Me interesas, Sunbeam.

— Sunny — pronunció de manera automática— . No me llames Sunbeam.

— Me interesas, Sunny — repitió— . ¿Te consideras una mujer promedio de tu tiempo?

Confundida, sacudió la cabeza.

— ¿Qué tipo de pregunta es esa?

Advirtió que tenía docenas de tonos diferentes en su cabello, desde el rubio platino hasta el color de la miel oscura, levemente rojiza.

— Una que requiere una respuesta sencilla. ¿Lo eres o no?

— No. A nadie le gusta considerarse un promedio, una medianía. Y ahora...

— Eres hermosa — recorrió su rostro con la mirada, deliberadamente, como probándola a ella y a sí mismo— . Pero eso es algo meramente físico. ¿Qué crees que es lo que te distingue del promedio?

— ¿Qué diablos estás haciendo? ¿Una tesis? — alzó una mano para apartarlo y

tropezó con el sólido muro de su pecho. Podía sentir el lento y firme latido de su corazón.

— Más o menos — sonrió. La estaba afectando a un nivel muy básico, algo que le resultaba tremendamente satisfactorio.

Eran sus ojos, pensó Sunny. Aquel hombre podía estar mal de la cabeza, pero tenía unos ojos increíblemente hipnóticos.

— Yo creía que tú te relacionabas con planetas y estrellas, y no con gente.

— La gente vive en planetas.

— En este sí, al menos. — Jacob volvió a sonreírse.

— Al menos. Y de momento. Bueno, creo que podrías atribuir el motivo de mi pregunta a un interés personal.

Sunny quiso apartarse, pero se dio cuenta de que, con ello, solo conseguiría hacer todavía más íntimo su contacto. Maldiciéndolo para sus adentros, procuró mantener un tono de voz firme y equilibrado.

— No me importa tu interés personal, Jacob.

— J.T. — percibió el leve temblor que se transmitió de su cuerpo al suyo— Mi familia suele llamarme J.T.

— De acuerdo — repuso, demasiado consciente de que el cerebro se le había convertido en gelatina. Lo que necesitaba era espacio, distancia— . ¿Qué tal si te apartas un poco, J.T., y me dejas que prepare el desayuno?

Afortunadamente para Jacob, Sunny dejó de morderse el labio inferior. Jamás había imaginado que aquel inofensivo gesto pudiera llegar a ser tan tentador.

— ¿Eso es una invitación?

— Claro.

Jacob se le acercó aún más, disfrutando del nerviosismo que se dibujaba en sus ojos. No era algo fácil de resistir. Si bien la brillantez intelectual, la tenacidad y el carácter constituían los rasgos más definitorios de su personalidad, no podía decirse lo mismo de su dominio de sí. Quería besarla, y no precisamente para hacer prueba o experimento alguno.

— ¿Vas a ofrecerme la tostada que acabas de quemar? — le preguntó en un murmullo.

— Oh, no. Froot Loppes — pronunció Sunny, sin aliento— Son mis cereales favoritos.

Jacob se apartó al fin, más por su propio bien que por el de ella. Si iba a frecuentar su compañía durante las siguientes semanas, tendría que mejorar su capacidad de controlarse. Porque tenía un plan.

Diciéndose a sí misma que se trataba de un cambio de estrategia, y no de una retirada, Sunny se volvió rápidamente para sacar dos cuencos del armario. Y con los cuencos y una colorida caja de cereales, se acercó a la mesa.

— Cuando éramos niñas, nunca podíamos comer estas cosas. Mi madre era... una apasionada de la comida sana y dietética. En vez de cereales, nos daba raíces y cortezas de árboles para desayunar.

— ¿Cortezas de árboles? ¿Por qué os hacía comer eso?

— No me lo preguntes. Lo ignoro — sacó la leche de la nevera y llenó los cuencos—. Desde que me independicé, me convertí en una asidua de la comida basura. Durante los primeros veinte años de mi vida he digerido tanta comida sana que me puedo permitir comer veneno durante otros veinte.

— Veneno — repitió Jacob, mirando los cereales con expresión de sospecha.

— Para los maníacos de la comida sana, el azúcar es veneno. Adelante — lo animó, ofreciéndole una cucharada— Las tostadas carbonizadas y los cereales con azúcar son mis especialidades — sonrió, seductora. Sí, ella también tenía un plan.

Siempre precavido, Jacob esperó a que Sunny empezara a comerse los cereales antes de probarlo. Estaban bañados de caramelo. No le disgustaba del todo. Pensó que aquella comida informal podía ser un buen comienzo si quería reconciliarse con ella lo suficiente como para extraerle alguna información.

Resultaba obvio que Cal no le había contado a nadie de dónde, y de qué tiempo, procedía. A nadie excepto a Libby. Jacob le estaba enormemente agradecido por ello. Era mejor que todo aquel asunto se mantuviera en el más estricto secreto. Las repercusiones serían... bueno, aún tenía que calcularlas. Pero Sunny no había ido muy desencaminada cuando declaró que la boda de Cal podría llegar a cambiar el curso de la historia.

Así que se conduciría con extremada prudencia, aprovechándose de su situación. «Y de ella también», añadió para sus adentros, con una leve punzada de culpa. Estaba decidido a averiguar lo que su familia, especialmente su hermana, pensaba de Cal. Y además quería obtener un testimonio directo del tipo de vida que se llevaba en el siglo veinte. Con un poquito de suerte, podría incluso convencerla de que lo acompañara a la ciudad más cercana, para poder completar los datos que iba recogiendo.

Sunny, por su parte, estaba decidida a no volver a perder la paciencia con él. Si quería averiguar exactamente qué era y a qué se dedicaba, tendría que desplegar mucho más tacto. Ese no era precisamente su punto fuerte, pero ya aprendería. Estaba completamente a solas con aquel hombre, en aquella cabaña. Y dado que no tenía intención de hacer las maletas y marcharse, tendría que conducirse con tanta cautela como diplomacia. Sobre todo si estaba tan chiflado como ella creía.

— Y bien... — empezó a decir, colocando la cuchara al lado del cuenco—¿Qué te parece Oregón?

— Es muy grande... y muy poco poblado.

— Por eso nos gusta tanto. ¿Llegaste en avión hasta Portland?

Jacob vaciló entre contarle la verdad o mentirle.

— No, aterricé algo más cerca de aquí — respondió, evitando ser más explícito—. ¿Vives aquí con Cal y con tu hermana?

— No. Tengo un apartamento en Portland, pero estoy pensando en dejarlo.

— ¿Dejarlo? ¿Por qué?

— Pues para cambiar, ¿por qué si no? — lo miró con cierta sorpresa, antes de encogerse de hombros— Bueno, lo cierto es que ando acariciando la idea de irme

durante un tiempo al Este. A Nueva York.

— ¿A hacer qué?

— No lo he decidido todavía.

— ¿No tienes trabajo? — dejó a un lado la cuchara. Sunny cuadró inmediatamente los hombros, poniéndose a la defensiva.

— Ahora mismo, no. Hace poco dimití de un puesto administrativo — en realidad, la habían despedido como directora ayudante del departamento de lencería de una cadena de tiendas—. Estoy pensando en volver a la universidad para licenciarme en Derecho.

— ¿Derecho? — la expresión de Jacob se suavizó. Había algo terriblemente conmovedor en su sonrisa—. Mi madre es abogada.

— ¿De verdad? No recuerdo que nos lo dijera Cal. ¿Cuál es su especialidad?

Como sabía que le resultaría un poco difícil explicarle el trabajo de su madre, le preguntó a su vez.

— ¿Qué especialidad quieres hacer tú?

— Me inclino hacia el Derecho Penal... — se detuvo a tiempo. No quería hablar de sí misma, sino de él— Ahora que lo pienso, ¿no es una curiosa casualidad que mi hermana se dedique a la ciencia y que el hermano de Cal también? Dime, ¿qué es lo que hace exactamente un astrofísico?

— Teoriza. Y hace experimentos.

— ¿Acerca de cosas como los viajes interplanetarios y todo eso? — esbozó una mueca— Supongo que tú no te creerás realmente esas tonterías acerca de gente que viaja a Venus con la misma facilidad con que lo haría a Cleveland...

Era una verdadera suerte que Jacob tuviera unos nervios de acero en el póquer. Imperturbable, continuó comiendo.

— Por supuesto que no.

— No me extraña — ríe indulgente—. ¿Pero no resulta frustrante dedicarte a hacer esas investigaciones sabiendo que tú nunca verás unos resultados tan impresionantes? Porque es seguro que ni tú ni yo llegaremos a presenciar unos viajes espaciales como esos.

— El tiempo es algo relativo. A principios del siglo XX nadie creía que los seres humanos podrían llegar a la Luna. Pero llegaron — torpemente, añadió para sí, pero llegaron— En el siglo XXI se podrá viajar a Marte y a otros planetas.

— Quizá — Sunny se levantó para sacar dos botellas de soda de la nevera— Pero a mí me resultaría muy difícil dedicarme a algo que sé positivamente que yo no lo veré — bajo la fascinada mirada de Jacob, sacó un pequeño objeto metálico de un cajón, lo acercó a cada una de las botellas y las fue abriendo— Supongo que me gusta ver siempre los resultados de lo que hago — le confesó mientras le ofrecía una botella— La gratificación instantánea. Tal vez sea por eso por lo que cambio tanto de trabajo, con veintitrés años que tengo.

Jacob descubrió admirado que la botella era de cristal. Del mismo tipo que la que le había lanzado a la cabeza el día anterior. Bebió un sorbo, y se quedó

agradablemente sorprendido por lo familiar que le resultaba el sabor. En su casa tenía bebidas tan suaves como aquella, aunque no solía tomarlas a la hora del desayuno.

— ¿Por qué decidiste estudiar el espacio?

La miró. Sabía reconocer un interrogatorio, por muy discreto que fuera. Pensó que resultaría entretenido frustrar sus propósitos y disfrutar a la vez.

— Me gustan las posibilidades que tiene.

— Tienes que haber estudiado muchos años.

— Los suficientes.

— ¿Dónde?

— ¿Dónde qué? — Sunny se esforzó por no dejar de sonreír.

— ¿Dónde has estudiado?

«En el Instituto Kroliac de Marte» pensó Jacob, divertido. «Y en la universidad de Birmingham, de Houston, más un intenso año de especialización en el Laboratorio Espacial del Cuadrante Fordon.»

— Aquí y allá. Y ahora mismo vivo, estudio y trabajo en un pequeño complejo de las afueras de Filadelfia.

Sunny se preguntó si la plantilla laboral de aquel complejo llevaría batas blancas. Y si mantendría bien vigilados a los enfermos mentales.

— Supongo que lo encontrarás fascinante.

— Más o menos. ¿Estás nerviosa?

— ¿Yo? ¿Por qué?

— No paras de dar golpecitos en el suelo con el pie. Parece como si te temblara la pierna.

Se puso una mano en la rodilla para detener aquel movimiento nervioso.

— Oh, soy así de inquieta. Me pasa cuando me quedo sentada durante mucho tiempo — resultaba obvio, penosamente obvio, que por aquel camino no iba a llegar a ninguna parte— . Mira, tengo algunas cosas que hacer y... — se interrumpió de repente cuando miró por la ventana. No se había dado cuenta de que había empezado a nevar, pero estaba nevando. Y mucho— . Precioso.

Siguiendo la dirección de su mirada, Jacob se quedó contemplando los grandes copos blancos.

— Me temo que esto va a ser un problema.

— Sí — asintió Sunny, con un suspiro. Aquel hombre tenía la virtud de enervarla, pero tenía que reconocer que no era ningún monstruo— . Supongo que este no es el tiempo más adecuado para andar acampado por ahí, en el bosque — debatiendo consigo misma, se dirigió hacia la ventana— . Mira, sé que no tienes ningún lugar donde quedarte. Ayer te vi internarte en el bosque.

— Tengo... todo lo que necesito.

— No puedo consentir que duermas en una tienda con toda la nieve que está cayendo. Si te pasara algo, Libby jamás me lo perdonaría — hundiendo las manos en los bolsillos, lo miró ceñuda— Puedes quedarte aquí.

Jacob reflexionó por un momento y sonrió.

— Me encantaría.

Jacob procuró guardar las distancias. Esa le parecía la mejor manera de manejar la situación, al menos por el momento. Sunny se había instalado cómodamente en el sofá, frente al fuego, rodeada de libros y tomando notas sin cesar. Sobre la mesa había un pequeño aparato de radio, que informaba del estado del tiempo entre tema y tema de música, sin escapar a las interferencias. Absorta en sus estudios, Sunny lo ignoraba.

Aprovechando aquella oportunidad, Jacob se concentró en explorar su nuevo alojamiento. Ella le había prestado la habitación contigua a la suya, algo mayor, con dos ventanas que daban al sudeste. La cama era de madera, con un anticuado modelo de somier que crujía cada vez que se sentaba o tumbaba en él. Había un estante lleno de libros, novelas y poesía de los siglos diecinueve y veinte. Llegó a reconocer algún título, y los hojeó con un interés más científico que literario. De los dos hermanos, Cal era el más aficionado a la literatura, el que leía por puro placer y le gustaba memorizar párrafos de prosa o poemas. Era muy extraño que Jacob llegara a dedicar una hora entera de su tiempo a una obra de ficción.

Descubrió fascinado que, en aquella época, seguían recurriendo a los árboles para elaborar las hojas de los libros. Por un lado, aquella gente talaba árboles para fabricar casas, muebles y papel, además de utilizar la leña como combustible. Y por otro lado los plantaba, sin alcanzar nunca un equilibrio. Era como un extraño tipo de juego, de esos que entrañaban sorprendentes y complejos problemas medioambientales.

Luego, por supuesto, saturaban el aire de dióxido carbónico y agujereaban alegremente la capa de ozono, para luego rasgarse las vestiduras cuando se enfrentaban a las consecuencias de todo ello. Se preguntó qué tipo de gente sería aquella que gustaba de envenenar tanto el aire. Y el agua, se recordó, sacudiendo la cabeza. Otro de los extraños juegos de aquella civilización consistía en tirar el agua contaminada al mar, como si los océanos fueran pozos sin fondo.

Apartándose de la ventana, paseó por la habitación. Tocó y exploró las texturas de las paredes, del cabecero de la cama... Se detuvo en seco cuando vio un cuadro enmarcado en lo que parecía ser plata. El propio marco habría llamado suficientemente su atención, pero la fotografía lo superó con creces, ya que en ella aparecía su hermano, sonriente. Llevaba un elegante traje, y parecía muy satisfecho consigo mismo. Del brazo llevaba a Libby, ataviada con un vestido blanco de mangas largas, lleno de bordados, y con flores en el cabello.

Un vestido de boda, se dijo Jacob. En su tiempo, aquella ceremonia se estaba poniendo nuevamente de moda después de haber caído en desgracia durante las últimas décadas. Las parejas parecían encontrar un extraño placer en recuperar las viejas tradiciones. Era algo que no tenía lógica alguna, por supuesto. El matrimonio se sellaba y disolvía por medio de un contrato. Pero las bodas por todo lo alto volvían a causar verdadero furor. Los diseñadores se dedicaban a copiar frenéticamente los modelos de vestidos de boda registrados en museos y antiguas películas. El vestido de Libby habría despertado una oleada de envidia entre los nuevos admiradores de los

antiguos ritos.

A Jacob le costaba creerlo. Todo aquel asunto le resultaba asombroso, y le habría parecido incluso divertido de no haber sido por el hecho de que su hermano se había dejado contagiar. Cal, que siempre había estado enamorado de las mujeres en general pero de ninguna en particular. La idea de que Cal se hubiera casado seguía resultándole ilógica. Y eso que, en aquel preciso instante, tenía la prueba en la mano.

Y lo disgustaba. Lo ponía furioso. Haber abandonado su familia, su hogar, su mundo... Y todo por una mujer. Jacob volvió a colocar la fotografía sobre la cómoda y se volvió. Aquello había sido una locura. No había otra explicación. Una mujer no podía cambiar la vida de una persona tan drásticamente. Y... ¿qué otra cosa podía tener aquella época que pudiera interesar a un hombre? Oh, sí, era un lugar interesante, eso no podía negarlo. Lo suficiente como para pasar allí varias semanas dedicadas al estudio y a la investigación. Con toda seguridad, a la vuelta escribiría una serie de artículos sobre su experiencia. Pero, como solía decirse, una cosa era visitar un lugar y otra muy distinta quedarse a vivir en él. Sí, haría entrar en razón a Caleb. Nadie lo conocía mejor que él. Recordó la última tarde que habían pasado juntos, en el apartamento de Jacob de la universidad. Habían estado jugando al póquer y bebiendo ron venusiano, un licor particularmente fuerte elaborado en el planeta vecino. Y Cal había terminado perdiendo con gran deportividad y desenfado, como siempre. Para entonces estaban bastante achispados, y los dos se habían puesto un tanto sentimentales.

— Cuando vuelva de este viaje — le había dicho Cal, recostado en su silla— Voy a pasarme tres semanas enteras en la playa... en el sur de Francia, creo. Tumbado en la playa y bebiendo.

— Tres días. Solo aguantarás tres días — había replicado Jacob— y después volverás a volar. En los diez últimos años has pasado más tiempo en el aire que en tierra.

— Lo que pasa es que tú no vuelas lo suficiente — con una sonrisa, Cal le había quitado el vaso para apurarlo de un trago— Hermanito, estás atrapado en tu laboratorio. Te aseguro que es mucho más divertido visitar los planetas que estudiarlos.

— Eso depende. Es una cuestión de puntos de vista. Si yo no los estudiara, tú no podrías visitarlos. Además, tú eres mejor piloto que yo. Es lo único que sabes hacer mejor.

— Ya. Puntos de vista. Pregúntaselo a Linsy McCellan.

Jacob se había limitado a arquear una ceja. Linsy McCellan, de profesión bailarina, había compartido generosamente sus dones con los dos... de uno en uno, no a la vez.

— Oh, es una mujer fácil de complacer — pronunció al fin, con una maliciosa sonrisa— En cualquier caso, ahora estoy aquí, en tierra, con ella. Y paso mucho más tiempo con ella que tú.

— Incluso Linsy... — Cal levantó su vaso a modo de brindis— ... que Dios la

bendiga, nunca podrá competir con la sensación que te produce volar, viajar por el espacio.

— ¿Y seguir dedicándote a los cargueros, Cal? Si te hubieras quedado en la ISF, ahora mismo serías comandante.

— El reglamento y la disciplina te los dejó a ti, doctor Hornflower. Escucha, J.T. ¿Por qué no dejas este lugar aunque solo sea por dos semanas y te vienes conmigo? Hay un club en la Colonia Brigston de Marte que hay que ver por lo menos una vez en la vida. Tiene un saxofonista mutante que... pero no, tienes que quedarte aquí por fuerza, ¿verdad?

— Tengo trabajo que hacer.

— Siempre tienes trabajo que hacer — le recriminó Cal— Solo un par de semanas, J.T. Vuela conmigo. Puedo enseñarte los lugares más interesantes de la colonia. Luego iremos a la playa que más te guste. La que prefieras. ¿Qué te parece?

La idea le había resultado a Jacob muy tentadora. Tanto que había estado a punto de aceptar. El impulso había surgido, como siempre. Pero tenía obligaciones.

— No puedo — suspirando, se había servido más ron— Tengo que tener terminadas esas investigaciones para primeros de mes.

Debería haberse marchado con él, pensó Jacob con una punzada de tristeza, mientras caminaba de un lado a otro de la habitación de la cabaña. Debería haber mandado al diablo las investigaciones y subido a aquella nave con Cal. Si hubiera estado a su lado, quizá nada de aquello hubiera sucedido. O al menos le habría hecho compañía.

El informe en vídeo que había recibido de la nave averiada de Cal había registrado el traumático proceso del accidente. El agujero negro, el pánico, la impotencia con la que había sido succionado por el vacío y sacudido por su campo gravitacional. Era un milagro que hubiera sobrevivido, un tributo a sus capacidades como piloto. Pero si hubiera habido un científico a bordo, podría haberse evitado todo lo demás. Y en aquel momento ya habría estado de vuelta en casa. Los dos estarían en casa. Que era donde tenían que estar.

Intentando tranquilizarse, se apartó de la ventana. En unas cuantas semanas, los dos estarían de vuelta. Lo único que tenía que hacer era esperar.

Para pasar el tiempo, comenzó a jugar con el ordenador que había sobre el escritorio. Durante cerca de una hora, estuvo entreteniéndose con él, desarmando el teclado y volviéndolo a armar, examinando los circuitos y los chips. Y por simple diversión, introdujo uno de los disquetes de Libby en el ordenador.

Se trataba de un largo y complicado informe sobre una tribu remota del sur del Pacífico. Casi a su pesar, Jacob no tardó en descubrirse atrapado por las descripciones y las teorías del informe. Libby había conseguido convertir una simple serie de hechos fríos y secos acerca de una cultura determinada en un rico testimonio. Y en una denuncia actual. Resultaba irónico que se hubiera centrado en el traumático impacto de la tecnología moderna y occidental sobre una cultura milenaria, hasta entonces armonizada con su entorno. Porque durante el último año, precisamente

Jacob había reflexionado con frecuencia sobre los efectos que la tecnología de su tiempo podría tener para la época y el lugar al que ella pertenecía.

Era una mujer inteligente, admitió reacio. En su trabajo era precisa y meticulosa, unas cualidades que Jacob no podía menos que admirar. Pero eso no significaba que fuera conveniente para su hermano. Apagó el ordenador y bajó al salón.

Sunny no se molestó en alzar la mirada cuando lo oyó bajar las escaleras. Quería pensar que se había olvidado de que él estaba en casa, pero no. Tampoco podía quejarse de que hiciera mucho ruido o de que la molestara mientras estudiaba. La molestaba simplemente su presencia en aquella cabaña, con ella.

Porque deseaba estar sola, se dijo cuando levantó por fin la vista y lo vio entrar en la cocina. No. Eso no era cierto. Detestaba estar sola mucho tiempo. Le gustaba la gente, las conversaciones, las fiestas. Pero él la molestaba. Tamborileando en su cuaderno con el bolígrafo, contempló el fuego de la chimenea. ¿Por qué? Esa era la pregunta del millón.

«Posiblemente chiflado», escribió en su cuaderno, y se sonrió. De hecho, más que posible, era probable. Tratándose de un tipo que había aparecido de ninguna parte, que parecía haber vivido en el bosque y al que le gustaba jugar con los grifos.

«Posiblemente peligroso». Cuando escribió eso, dejó de sonreír y frunció el ceño. No había muchos hombres capacitados para sorprenderla en una pelea, como había hecho él. Pero no le había hecho daño, y eso que había tenido la oportunidad. Aun así, existía una diferencia entre ser peligroso y ser violento.

«Poderosa personalidad». Había una intensidad en aquel hombre que no podía ser ignorada. Incluso cuando estaba quieto y silencioso, con aquella expresión observadora que tanto lo caracterizaba, parecía estar cargado de una fuerte tensión. Como un cable de acero a punto de estallar. Luego sonreía de repente, de manera inesperada, conmovedora.

«Salvajemente atractivo». A Sunny no le gustaba esa expresión, pero a Jacob le sentaba perfectamente. Había algo crudo y violento en su aspecto, en aquel rostro de expresión casi depredadora, con su cabello negro y despeinado. Y sus ojos, de un color verde profundo, que parecían taladrarle el alma.

«Se parece a Heathcliff», pensó, y de inmediato se rió de sí misma. De las dos, la romántica era Libby. Libby siempre se fijaba primero en el corazón de la gente. Sunny, en cambio, se sentía impulsada a analizar su mente.

Con gesto distraído, se acarició la mejilla con una esquina del papel. Había algo diferente en Jacob, reflexionó. Algo misterioso. Y la molestaba no poder adivinar lo que era. Se mostraba evasivo, enigmático, excéntrico. Sunny podía aceptar todo eso... siempre y cuando descubriera el motivo. ¿Estaría en problemas? ¿Habría hecho algo que lo había obligado a escapar, a encontrar algún remoto lugar donde esconderse? Evidentemente, J.T. Hornblower ocultaba algo. Y, más tarde o más temprano, ella terminaría descubriéndolo.

Encogiéndose de hombros, hizo a un lado, el cuaderno. Ese motivo se bastaba y sobraba para justificar su interés por Jacob Hornblower. Solo quería saber por qué

ese hombre le producía una sensación tan intensa de extrañeza. Con ese objetivo en mente, se levantó para dirigirse a la cocina.

— ¿Qué diablos estás haciendo?

Jacob alzó la mirada. Frente a él, sobre la mesa, se hallaban los diversos componentes de la tostadora. En un cajón había encontrado un destornillador y se lo estaba pasando en grande.

— Hay que arreglar esto.

— Sí, pero...

— ¿Te gusta el pan carbonizado?

— ¿Sabes lo que estás, haciendo?

— Tal vez — sonrió, imaginándose la cara que pondría si le dijera que podía desarmar y volver a montar una unidad básica X-25 en menos de una hora— ¿No confías en mí?

— No — se volvió para poner la tetera al fuego— Pero no creo que puedas estropearla más todavía de lo que está — se recordó que tenía que ser amable con él. Sí, se comportaría con amabilidad y naturalidad, hasta alcanzar su objetivo— . ¿Quieres un poco de té?

— Sí, gracias — con el destornillador en la mano, la observó mientras se acercaba al armario y volvía a la cocina. Se movía con gracia y energía a la vez, lo que constituía una interesante combinación. Sí, sus movimientos revelaban un control corporal, una disciplina del mismo tipo que la de los atletas y los bailarines. Y que además era absolutamente femenina.

Cuando se hartó de sentirse observada, Sunny se volvió para mirarlo.

— ¿Algún problema?

— No. Me gusta mirarte.

Como no tenía ninguna respuesta para eso, sirvió el té.

— ¿Quieres un pastelillo?

— Gracias.

Le lanzó un pastelillo de chocolate envuelto en papel.

— Si quieres algo más elaborado para comer, puedes hacértelo tú mismo. Siéntete como en casa—llevó las tazas a la mesa y se sentó frente a él— . ¿Qué tal se te da la fontanería?

— ¿Perdón?

— El grifo de la bañera gotea — explicó Sunny mientras desenvolvía su pastelillo— Mi solución consistió en envolverlo con un trapo para evitar que el ruido me torturara por la noche, pero tal vez tú puedas arreglarlo — dio el primer bocado y cerró los ojos disfrutando del sabor— Así te ganarías la comida que consumes. ¿Qué te parece?

— Le echaré un vistazo — todavía tenía el destornillador en la mano, pero estaba más interesado en la manera que tenía de comer el pastelillo. Nunca se le había ocurrido que el simple acto de comer pudiera ser tan sexy— ¿Vives sola?

— Obviamente — respondió Sunny, arqueando una ceja.

— Me refiero a cuando no estás aquí.

— La mayor parte del tiempo, sí — se chupó el chocolate de un dedo, un gesto que excitó aún más a Jacob—. Me gusta vivir sola, y no tener que dar cuenta a nadie si me apetece, por ejemplo, comer a las diez de la noche o salir a bailar a las doce. ¿Y tú?

— ¿Yo qué?

— ¿Vives solo?

— Sí. Y la mayor parte del tiempo me la paso trabajando.

— ¿Física, verdad? Lo siento — la idea de que fuera un espía estaba empezando a resultarle cada vez más absurda. Y, eso tenía que reconocerlo, no estaba ni mucho menos tan loco como había creído en un principio. Excéntrico, sí. Pero si había algo en el mundo que Sunny entendiera perfectamente, era precisamente la excentricidad—. ¿Así que te gusta partir átomos, o lo que sea que haga esa gente?

— Algo así.

— ¿Qué opinión te merece la energía nuclear?

A punto estuvo de echarse a reír, pero recordó a tiempo la época en la que estaba.

— La fisión nuclear es como intentar matar un ratón con un misil. Peligrosa e innecesaria.

— Mi madre se enamoraría de ti, pero esa no me parece una opinión que encaje mucho con tu oficio.

— Supongo que no todo el mundo estará de acuerdo — sabiendo que estaba pisando un terreno peligroso, volvió a ocuparse de la tostadora—. Háblame de tu hermana.

— ¿De Libby? ¿Por qué?

— Me interesa, dado que mi hermano está con ella.

— Lo dices como si lo hubiera secuestrado — comentó Sunny con tono seco—. De hecho, Cal tenía tanta prisa por llevarla al altar que mi hermana apenas tuvo tiempo de pronunciar el «sí, quiero».

— ¿Qué altar?

— Es una manera de hablar, J.T. — suspiró—. La gente se casa ante el altar de la iglesia.

— Ah, ya — exclamó mientras terminaba de arreglar la tostadora—. Me estabas diciendo que lo del matrimonio fue idea de Cal.

— No sé de quién fue la idea, si es que eso importa para algo, pero él se mostró muy entusiasta — cada vez más irritada, empezó a tamborilear con los dedos en la mesa—. Tengo la impresión de que piensas que Libby empujó a Cal a casarse, o que se sirvió de sus artes femeninas para atraparlo.

— ¿Las tiene?

Una vez que terminó de atragantarse con su té, Sunny suspiró profundamente de nuevo.

— Puede que esto te resulte difícil de entender, Hornblower, pero Cal y Libby se

aman. Habrás oído hablar del amor, ¿verdad? ¿O eso no lo tienes computado en tus archivos?

— He oído hablar del concepto — respondió Jacob con un tono levemente irónico. Le intrigaba que perdiera tan pronto la paciencia, a la menor provocación. Sí, sus ojos se oscurecían, se ruborizaba, alzaba la barbilla. Si en estado normal ya era atractiva, en aquel estado de furor contenido era sencillamente devastadora—. No lo he experimentado en mí mismo, pero me precio de tener una mente abierta.

— Me alegro por ti — musitó. Levantándose, metió las manos en los bolsillos traseros de los tejanos y se dirigió hacia la ventana. Aquel tipo no podía ser más irritante, era imposible. Sería un milagro que se contuviera de asesinarlo antes de que volvieran Cal y Libby.

— ¿Y tú?

— ¿Yo qué?

— Que si te has enamorado alguna vez — explicó Jacob mientras seguía reparando la tostadora. Sunny le lanzó una mirada particularmente criminal.

— No te metas en mi vida personal.

— Lo siento — no lo sentía, ni lo más mínimo— Te lo he preguntado porque, por tu tono, me parecía que entendías mucho de la materia, o al menos que tenías cierta experiencia. Pero tú todavía no te has apareado, digo... casado, ¿verdad?

Deliberadamente o no, Sunny se dijo que él había conseguido impactar en el objetivo. Tocar su punto débil. No había estado enamorada, aunque lo había intentado varias veces. Sus propias dudas acerca de su incapacidad al respecto no hicieron más que inflamar su furia.

— Una persona puede apreciar el valor que tiene el amor aunque no haya estado enamorada — se volvió de repente, disgustada consigo misma por haberse puesto a la defensiva y decidida a dar un giro a la conversación—. Y el hecho de que no lo esté es puramente una opción personal.

— Entiendo.

El tono con que pronunció aquella única palabra le hizo rechinar los dientes.

— Te recuerdo que estábamos hablando de Libby y de Cal.

— Yo creía que estábamos hablando del amor como concepto.

— Hablar del amor con un zopenco insensible es malgastar el tiempo, y yo jamás malgasté el tiempo — apoyó los puños en las caderas—. Pero como ambos estamos interesados en Libby y Cal, voy a aclarar este asunto de una vez por todas.

— De acuerdo — Jacob empezó a tamborilear con el destornillador en el borde de la mesa. No necesitaba consultar en la base de datos de su nave el significado de la palabra «zopenco»—. Acláralo.

— Tú automáticamente supones que mi hermana, por ser precisamente una mujer, convenció a tu hermano, por ser precisamente un hombre, de que se casara con ella. Y eso me parece una teoría increíblemente anticuada.

— ¿Ah, sí?

— Increíblemente anticuada, machista y estúpida. La idea de que lo único que

quieren las mujeres es casarse y tener una casa con una vallita blanca desapareció junto con el corsé victoriano y la falda hasta los tobillos.

Aunque se preguntó quién en su sano juicio podría ponerse aquellas cosas, Jacob simuló una expresión de ligera sorpresa.

— ¿Estúpida, dices?

— Idiota — con las piernas abiertas, tensando la mandíbula, se plantó frente a él—. Solo un auténtico idiota habría llegado a los noventa con semejante actitud de Neanderthal. Quizá los últimos veinticinco años se te hayan pasado volando, amigo, pero las cosas han cambiado. Las mujeres, hoy, tienen opciones, alternativas. Pueden elegir. Unos cuantos afortunados son conscientes de que, precisamente por eso, incluso los hombres pueden beneficiarse a partir de esa misma ampliación de horizontes. Excepto los hombres como tú, claro, que siguen deslumbrados por la importancia que se dan a sí mismos.

— No es mi caso, te lo aseguro.

— Claro que sí, Hornblower. Desde que pisaste esta cabaña, has estado convenciéndote a ti mismo de que la boda de tu hermano no fue más que una trampa que le tendió mi hermana — dio un paso hacia él— Me das pena. Solo un estúpido se dejaría engañar para casarse, y Cal no lo es. Aquí es donde se acaba la semejanza entre vosotros dos.

Imbécil, zopenco, idiota y ahora estúpido. Se las iba a pagar todas juntas.

— ¿Entonces por qué se casó tan rápidamente, sin siquiera intentar ponerse en contacto con su casa y ver antes a su familia?

— Eso tendrás que preguntárselo tú — le espetó ella— Tal vez porque no quería que lo presionaran, o que lo sometieran a un interrogatorio. En mi familia no presionamos a la gente que queremos. Y, en el mundo real, las mujeres pueden sobrevivir y desarrollarse perfectamente sin necesidad de tender trampas a hombres incautos. El hecho es, Hornblower, que no te necesitamos.

Caleb se había levantado ya de la mesa. Y, en esa ocasión, fue él quien dio un paso hacia ella.

— ¿Ah, no?

— No. Las mujeres no necesitamos a los hombres ni para ganarnos el pan, cortar leña, administrar el país o tirar la basura. Ni siquiera para... para arreglar tostadoras — añadió Sunny, señalando las piezas del aparato dispersas por la mesa—. Podemos arreglárnoslas perfectamente solas.

— Te has olvidado de una cosa.

— ¿De qué? — preguntó, alzando la barbilla.

La tomó rápidamente de la nuca. Y Sunny ni siquiera tuvo tiempo de emitir una exclamación antes de recibir un beso en los labios.

Llegó a murmurar algo. Por un instante Jacob sintió que sus labios se movían bajo los suyos. Su nombre, pensó, profundamente estremecido por aquel susurro. Estaba furioso, airado, pero hasta entonces su irascible carácter no le había dado nunca tantos problemas.

Ella era su problema. Lo había sabido desde el principio. Despreocupándose de la lógica y de las consecuencias de aquel acto, la abrazó todavía con mayor fuerza. Sunny había sacado las manos de los bolsillos, y en aquel momento acababa de cerrarlas sobre sus hombros, ni resistiéndose ni rindiéndose. La deseaba, la ansiaba, de una manera o de otra. Le mordisqueó el labio inferior hasta arrancarle un gemido de deseo.

Sunny había acertado poco antes, cuando creyó percibir una extraña intensidad en su persona, en su presencia. Había perdido completamente el control mientras Jacob la estrechaba entre sus brazos, cada vez con más fuerza. No podía resistirse. Sus pensamientos se estaban disolviendo en aquel mar de sensaciones. Sentía la tensión de sus músculos bajo los dedos. En aquel beso podía saborear una torva y oscura pasión que jamás antes había experimentado. Y ni siquiera estaba segura de si era la de él o la de ella misma.

Era como sentirla resucitar en sus brazos. Nunca había conocido a ninguna mujer que conectara tan íntimamente con él. Deslizó los dedos por su cabello, fino y corto. Pura seda. Hasta la larga y esbelta columna de su cuello. Con la lengua se dedicó a probar los ricos sabores de su boca, ahogando un gemido cuando ella lo animó a profundizar aquella exploración. Jamás antes había perdido el control con tanta rapidez, ni de una manera tan absoluta.

Le dolía, y el deseo nunca antes le había resultado algo doloroso. Se mareó, como un hombre se habría mareado por falta de sueño o de comida. Y sintió miedo. Un crudo y súbito terror a que su propio destino le hubiera sido arrebatado de las manos. Fue eso lo que lo impulsó a apartarla bruscamente de sí. Respiraba aceleradamente, como si acabara de correr a toda velocidad hacia el borde de un acantilado. Mirándola fijamente a los ojos, creyó ver en ellos como una visión de afiladas rocas y espumosas y amenazadoras olas.

Sunny no decía nada; simplemente lo miraba con los ojos muy abiertos, las pupilas oscurecidas. Parecía una estatua, absolutamente inmóvil. Hasta que empezó a temblar. Y Jacob la soltó de inmediato, como si su contacto lo hubiese quemado.

— Supongo que... — como le temblaba la voz, Sunny se interrumpió para aspirar profundamente— ... supongo que con esto habrás querido demostrarme algo.

Jacob hundió las manos en los bolsillos, sintiéndose exactamente como lo que ella le había llamado: un estúpido.

— O eso o te lanzaba un gancho de izquierda.

En cualquier caso, era él quien había perdido el combate. Por K.O. Ya más segura de sí misma, Sunny asintió con la cabeza.

— Si vas a quedarte algún tiempo aquí, tendremos que fijar algunas reglas.

A Jacob no le pasó desapercibida la rapidez con que se había recuperado. Y tampoco la repentina amargura de su tono.

— Las tuyas, supongo.

— Sí — ansiaba desesperadamente sentarse, pero se obligó a plantarle cara, mirándolo de frente— . Podemos discutir todo lo que quieras. De hecho, a mí me

encantan las discusiones.

— Te pones muy seductora cuando discutes. — Sunny abrió la boca, y la cerró al momento. Nadie le había dicho antes eso.

— Supongo que tendrás que aprender a dominarte.

— Ese no es precisamente mi punto fuerte.

— Si no quieres salir de esta cabaña y echar a andar con la nieve hasta las rodillas.

— Lo intentaré — desvió la mirada hacia la ventana. Seguía nevando.

— Bien — suspiró de nuevo—. Aunque resulta obvio que no nos caemos muy bien, intentaremos comportarnos civilizadamente.

— Muy bien expresado — ansiaba acariciarle una mejilla, pero resistió la tentación— ¿Puedo hacerte una pregunta?

— Sí.

— ¿Habitualmente reaccionas con tanta... intensidad con los hombres que no te caen bien?

— Eso no es asunto tuyo — replicó, ruborizada.

— Ah, yo creía que era una pregunta muy civilizada — sonriendo, Jacob cambió de táctica—. Pero la retiraré, porque si nos ponemos a discutir otra vez quizá terminemos en la cama y..

— ¿Qué diablos...?

— ¿Es que quieres hacer la prueba? — inquirió con tono suave, y asintió satisfecho al ver que no se atrevía a desafiarlo—. Ya sabía yo que no. Por si te sirve de consuelo, yo tampoco quiero — se sentó de nuevo ante la mesa, para continuar con su tarea— Será mejor que olvidemos lo que acaba de ocurrir. Y que lo consideremos como un simple incidente sin importancia.

Fue por orgullo por lo que Sunny se acercó a la mesa, cuando habría preferido desaparecer y lamer sus heridas.

— Ya. Y supongo que es pedir demasiado esperar una disculpa por tu parte.

— Yo no la necesito, desde luego.

Furiosa, tomó de la mesa una de las piezas de la tostadora y la lanzó al suelo.

— Eres un maltratador de mujeres, Hornblower. — Jacob se esforzó por contenerse. Si la tocaba de nuevo, ambos terminarían arrepintiéndose de ello.

— Está bien, siento haberte besado, Sunny. Es imposible expresarte lo muchísimo que lo lamento...

Sunny se giró en redondo y salió de la cocina. Aquella falsa disculpa solo había inflamado su furia y lastimado aún más su orgullo. Agarró el libro más pesado que pudo encontrar y lo estrelló contra la pared del salón. Luego, tras dar una patada al sofá y maldecir en voz alta, subió las escaleras a toda prisa.

Eso no la ayudó. Ninguna de esas reacciones la ayudaba. El furor seguía reconcomiéndola por dentro. Y, lo que era peor, mucho peor, era la necesidad, la cruda necesidad que seguía mezclada con aquella furia. Aquel tipo lo había hecho adrede. Deliberadamente. Estaba segura de ello. Había conseguido enfurecerla tanto,

desquiciarla tanto, que ella había reaccionado a su beso de una manera absolutamente irracional.

Se prometió que aquello no volvería a suceder. La humillación era algo tan terrible como sentirse manipulada, y él se las había arreglado para conseguir ambas cosas en cuestión de unas pocas horas. Se las pagaría todas juntas.

Derrumbándose sobre la cama, decidió pasar el resto de la tarde concibiendo maneras de convertir la vida de Jacob Hornblower en un verdadero infierno.

Nunca debió haberla tocado, se dijo una vez más Jacob, maldiciéndose. Luego descubrió que resultaba mucho más conveniente, y satisfactorio, maldecirla a ella. Era ella quien lo había empezado todo, al fin y al cabo. Desde el principio había sospechado que acabaría ocasionándole problemas.

Había gente en aquel mundo, y en cualquier otro, que había nacido solamente para complicar las vidas de los demás. Sunbeam Stone era una de esas personas. Con su aspecto, con su voz, con sus gestos, con su personalidad, tenía todo aquello que una mujer podría necesitar para distraer a un hombre. Para trastornarlo. Para desquiciarlo por completo.

En cada encuentro que habían tenido, ella lo había desafiado. Con aquellas frías sonrisas, con aquel mal genio que tenía. Una combinación que Jacob no podía resistir. Y estaba seguro de que ella lo sabía.

Cuando la besó, y Dios sabía que no había tenido intención de hacerlo, había sido como salir propulsado hacia el hiperespacio... sin nave. ¿Cómo podía haber previsto que aquella maldita boca suya podía ser algo tan potente, tan devastador?

Nunca le habían atraído las mujeres pasivas. Pero eso daba igual. No tenía intención de sentirse atraído por Sunny. No podía consentirlo. No se dejaría atraer por ella, por muchos trucos que se sacara de su sombrero del siglo veinte.

Lo que había sucedido era culpa de ella, y de nadie más. Lo había tentado y seducido. Había querido confundirlo. Apretando los dientes, admitió que lo había conseguido al cien por cien. Y después de que él hubiera reaccionado como lo habría hecho cualquier hombre normal, lo había mirado con aquellos enormes ojos llenos de temor y de pasión. Sus previos estudios acerca del siglo veinte deberían haberlo alertado contra aquella clase de mujeres.

Con las manos en los bolsillos, se acercó a la ventana para ver caer la nieve. Sunny era, a la par que astuta, extremadamente inteligente. Sabía que algo no encajaba en la historia que él le había contado, y estaba decidida a sacar a la luz su secreto. Al igual que él estaba decidido a mantenerlo en la oscuridad.

Pero, en un combate de inteligencias, estaba completamente seguro de ganar. ¿Cuánto esfuerzo mental sería necesario para superar y derrotar en ese terreno a una mujer del siglo veinte? Después de todo, le llevaba más de doscientos años de adelanto en la escala de la evolución. Era una pena, y un incordio, que fuese tan misteriosa. Y tan primitivamente atractiva. Pero Jacob era un científico, y ya había previsto que cualquier tipo de relación emocional con ella frustraría absolutamente sus planes y sus cálculos.

Aun así, ella tenía razón en algo. Estaban obligados a soportarse el uno al otro. Estaban completamente solos en medio de la nada. Por la manera en que estaba nevando, resultaba dolorosamente obvio que aquella situación se prolongaría durante varios días más. Por muy irritante que pudiera ser, al menos por el momento, la necesitaba. Dependía de ella, de una forma u otra, para acceder a su hermano.

Volviéndose, examinó lentamente la cocina. Lo primero que saltaba a la vista era

que aquella cabaña era demasiado pequeña para que pudieran evitarse el uno al otro. Podía regresar a su nave, pero prefería quedarse allí, recogiendo observaciones de primera mano. Le resultaría siempre más fácil luchar contra la atracción que sentía Cal por aquella época si comprendía y experimentaba en carne propia sus mecanismos. Además, dentro de la nave, nunca conseguiría satisfacer su innata e insaciable curiosidad.

Así que se quedaría. Y si eso molestaba a la hermosa Sunbeam, pues peor para ella. En cuanto a su propia incomodidad, y el beso que tanto lo había inquietado... simplemente tendría que resignarse. Después de todo, él estaba más allá de aquellas cosas. Sintién dose más tranquilo, volvió a sentarse a la mesa para seguir arreglando la tostadora.

Mientras trabajaba, podía oír ruidos y crujidos del suelo del piso superior. Se sonrió al darse cuenta de que Sunny estaba caminando de un lado a otro de la habitación. Sí, se sentía molesta. Y eso estaba muy bien. Quizá ella misma procurara en adelante guardar las distancias. O al menos dejar de provocarlo.

Resultaba ilógico desear con tanta intensidad a alguien que ni siquiera le gustaba. Fantasear con alguien cuya compañía apenas podía tolerar. Sufrir por alguien que lo irritaba tanto. Cuando el destornillador se le escapó de los dedos y se hizo daño en el pulgar, maldijo de nuevo.

Sunny seguía caminando de un lado a otro de la habitación, intentando tranquilizarse. Aquel tipo la había abrazado y manoseado a placer, para luego rechazarla con la misma facilidad. ¿Realmente creía que podía desahogar sus... sus frustraciones sexuales con ella con toda impunidad? Pues iba a llevarse una buena sorpresa.

Nadie, absolutamente nadie, la había tratado así para luego seguir vivo. Llevaba demasiado tiempo cuidando de sí misma. Los hombres podían presionarla. Ella los ignoraba. Podían intentar seducirla. Ella se resistía, sin esfuerzo. Podían incluso suplicarle. Ella...

Sonrió al evocar la imagen de Jacob Hornblower suplicándole. Oh, eso sería un triunfo. El enigmático doctor Hornblower de rodillas, a sus pies. Con un suspiro, siguió paseando por el dormitorio. Era una vergüenza, una verdadera vergüenza, que su propio código moral no le permitiera servirse de los típicos y tópicos trucos y añagazas femeninas. Por muy miserable que fuera aquel tipo, ella tenía su ética. Era una mujer moderna y autónoma, con o sin hombre al lado. Una mujer que pensaba por sí misma y se defendía con sus puños. No era ninguna Dalila para servirse del sexo como arma. Pero le habría encantado, aunque solo fuera por una vez, ignorar aquellos arraigados principios suyos para seducirlo y convertirlo en un patético ser lloriqueante.

Él sí que se había servido del sexo, pensó mientras apartaba un zapato de su camino de una patada. ¿Y no lo hacían todos los hombres? Pero les gustaba fingir que eran las mujeres las que tentaban y seducían. Los hombres, todo el maldito género masculino, preferían desempeñar el papel de víctima inocente atrapada en la trampa

de la mujer fatal. ¡Ja!

Y si alguien se atrevía a llamar mujer fatal a Sunny Stone, se llevaría un buen tortazo.

Aquel hombre la había forzado. Bueno, su inveterada honestidad la obligaba a admitir que en ningún momento se había servido de la fuerza. Besándola, la había hecho perder el sentido. Detestaba eso. El hecho de que hubiera conseguido derretirla por dentro, como la debilucha protagonista de algún novelón romántico. La mejor manera de devolverle el golpe era atacar directamente contra su orgullo. Y, por la experiencia que tenía, el amor propio era el punto más vulnerable de un hombre. Si seguía refugiada en su habitación, él se imaginaría que lo que acababa de suceder entre ellos la había afectado mucho. Así que, de momento, bajaría y se comportaría como si nada hubiera sucedido.

Estaba todavía en la cocina cuando bajó Sunny. Encendió el equipo estéreo y ajustó el volumen. Si lo subía lo suficiente, dificultaría o incluso imposibilitaría toda conversación. Después de echar otro leño al fuego, se volvió a instalarse en el sofá con sus libros. Transcurrió cerca de una hora antes de que Jacob saliera y subiera las escaleras. Ella lo ignoró a conciencia.

Más por aburrimiento que porque se le hubiera abierto el apetito, fue a la cocina y se preparó un enorme sándwich. Bajo otras circunstancias, habría preparado otro para su huésped. Pero no. Que se fastidiara y pasara hambre.

Poco después, se puso el abrigo y se calzó las botas para salir y llenar el comedero de los pájaros. Aquella pequeña excursión la hizo tomar conciencia de que, con aquel tiempo, tendría huésped para varios días. La nieve cubría en cuestión de segundos sus propias huellas. El viento le azotaba la espalda, un fuerte viento que silbaba implacable entre los árboles.

Con la nieve hasta media altura de las botas, cargó con el saco de pienso hasta el cobertizo. Con el aliento contenido, se dejaba envolver por la magia de la tormenta de nieve. Lo veía todo blanco. Era magnífica la furia de la naturaleza...

Ante aquel magnífico espectáculo, sus más sombríos pensamientos se desvanecieron. Le encantaban las tormentas, en invierno o en verano. Allí estaba, sola frente a toda aquella fuerza, aquella energía, aquel misterio. La nieve que cubría una ciudad no tardaba en derretirse. Pero la de las montañas era paciente. Podía esperar mucho tiempo antes de desaparecer. Solo dependía del tiempo y del sol.

Permaneció durante unos minutos más allí fuera, hechizada por aquel violento espectáculo. Desde la ventana de su habitación, Jacob la observaba. Allí estaba, sin gorro, con el abrigo abierto, completamente inmóvil mientras la nieve iba blanqueando su cabello. Y sonriendo. El frío le había enrojecido las mejillas. En aquel momento parecía todavía más hermosa que antes. Parecía intocable. E invencible. Sin dejar de mirarla, se preguntó cómo era posible que la deseara más en aquellos instantes que cuando la tuvo entre sus brazos.

De repente Sunny alzó la vista, como si hubiera sentido que la estaban observando. A través de la densa cortina de nieve, sus ojos se encontraron. Jacob

sintió un puño cerrándose en sus entrañas. Ella ya no sonreía.

En aquella mirada que le estaba devolviendo, el presente y el futuro se confundían. Y Jacob vio su destino. Hasta que ella se movió, sacudiéndose la nieve del pelo, y el hechizo quedó roto. Una vez más se dijo que ella solo era una mujer, por cierto bastante estúpida, caminando bajo una tormenta de nieve. No tenía por qué sentirse tan afectado.

Pero, después de que la oyera entrar en la cabaña, transcurrió mucho tiempo antes de que se atreviera a bajar nuevamente las escaleras.

Estaba durmiendo en el sofá, con los libros apilados en torno a sus pies y en el suelo. A pesar del alto volumen del equipo de música, se había quedado dormida. Crepitaba el fuego de la chimenea.

Ya no parecía invencible, como antes, sino desconcertantemente serena. Suponía que era tan absurdo como imprudente admirar la longitud de sus pestañas. O la deliciosa paz que emanaba de su boca relajada. O los reflejos que el fuego arrancaba a su cabello, despeinado por el viento.

Solo eran atributos físicos y, en la época de la que procedía, la apariencia física podía ser alterada a capricho y sin riesgo alguno para la salud. Hacía más agradable la vida, ciertamente, mirar a una mujer hermosa. Pero eso era algo superficial. Completamente superficial.

Aun así, todavía se quedó admirándola durante un buen rato.

Sunny se despertó como un resorte cuando la música dejó de sonar. El brusco silencio la había sacado de su sueño. Desorientada e irritable, como siempre que se despertaba, abrió mucho los ojos y murmuró una maldición. La habitación estaba casi a oscuras y del fuego de la chimenea solo quedaba un rescoldo. Aunque le costaba creer que hubiera dormido tanto, la noche había caído ya. Y, evidentemente, la luz eléctrica se había ido. Por culpa de la tormenta.

Con un suspiro, se levantó del sofá y buscó los fósforos. Con una vela en una mano y la caja de fósforos en la otra, se volvió y tropezó con Jacob.

Al oír su grito de sorpresa, él la tomó de los brazos. Tanto para sostenerla como para tranquilizarla.

— Soy yo.

— Ya sé que eres tú — le espetó, furiosa—. ¿Qué estás haciendo?

— ¿Antes o después de que se fuera la luz?

Sunny podía distinguir su silueta, recortada contra el resplandor que proyectaban las brasas de la chimenea.

— Es la tormenta.

— ¿Qué pasa con la tormenta?

Jacob sintió la tensión de los músculos de sus brazos. Tuvo que resistir el impulso de subirle las mangas del suéter y acariciar su piel desnuda.

— Que la tormenta ha debido de dañar el tendido eléctrico. Por eso se ha ido la luz.

No la soltó. Se había ordenado hacerlo, pero sus propias manos no lo obedecían.

— ¿Quieres que intente arreglarla yo?

Sunny soltó una rápida carcajada, algo temblorosa. Estaba nerviosa. Jamás había tenido miedo de la oscuridad. Hasta ahora.

— Me temo que es un poco más complicado que una tostadora. Los de la compañía la arreglarán cuando puedan.

— Muy bien.

«Muy bien», repitió Sunny, suspirando. Mientras tanto, ella tendría que quedarse a solas con él.

— Tenemos muchas velas — le informó, retrocediendo un paso. Y, para demostrárselo, encendió la que llevaba en la mano. El resplandor de la llama le hizo recuperar un tanto su confianza—. Y también mucha leña. Echa tú un par de leños al fuego mientras yo consigo más velas.

Por un instante Jacob se quedó observando el diminuto y tembloroso reflejo de la llama de la vela en sus ojos. Estaba nerviosa, y lo peor de todo era que ese nerviosismo parecía aumentar su atractivo.

— Ahora mismo.

Sunny reunió todas las velas que pudo encontrar. Y, demasiado tarde, se dio cuenta de que si una o dos habrían creado un ambiente simplemente rústico, la docena que había repartido por toda la habitación había generado una atmósfera absolutamente romántica. Mientras se guardaba los fósforos en un bolsillo, se recordó que a ella no la afectaban ese tipo de cosas.

— No sabes la hora que es, ¿verdad?

— Exactamente no. Deben de ser cerca de las seis.

Sunny se sentó en el brazo del sofá más cercano al fuego.

— He dormido más tiempo del que pensaba. ¿Y tú? ¿Has pasado una tarde entretenida?

— He arreglado el grifo — le había llevado más tiempo del que había previsto, pero lo había conseguido.

— Vaya, eres un auténtico manitas — como la frase había sonado sarcástica, se sonrió. A esas alturas, e inmersos en aquella coyuntura, pensó que lo mejor sería que se llevaran bien. Y que se trataran con una mínima cordialidad—. Yo no sé arreglar cosas, pero podría preparar unos sándwiches — se levantó, deseosa de ocuparse en algo—. ¿Te apetece una cerveza?

— Sí, gracias.

Sunny se llevó dos velas a la cocina. Y estaba casi convencida de que había tenido éxito en su intento de relajarse cuando se dio cuenta de que él la había seguido hasta allí.

— Puedo hacerlo sola.

Abrió la nevera y maldijo entre dientes al recordar que no había energía eléctrica. Sin decir nada, él le acercó una vela. Ella le entregó dos cervezas.

Jacob recordó la manera en que había abierto las botellas de soda aquella mañana, y se quedó muy satisfecho de sí mismo cuando encontró aquel instrumento con

el que no estaba nada familiarizado y consiguió hacer saltar las chapas.

— Enciende la radio, ¿quieres?

— Qué?

— La radio — repitió ella— Está en el alféizar de la ventana. Tal vez podamos oír algún parte meteorológico.

Jacob localizó una caja pequeña de plástico. Sonriendo con expresión admirada, encontró el interruptor y lo encendió. Solo se oían interferencias.

— A ver si encuentras alguna emisora.

Jacob ya estaba pensando en pedir prestado aquel aparato y en llevárselo a casa.

— ¿Cómo?

— Que le des vueltas a la rueda del sintonizador, a ver si puedes encontrar alguna emisora.

Por unos segundos se quedó mirando aquella radio portátil, asombrado. Luego, después de asegurarse de que Sunny estaba de espaldas a él, ya que aquello le parecía tan simple como estúpido, comenzó a darle vueltas a la rueda.

— ¿Mostaza o mayonesa?

— ¿Perdón?

— Tu sándwich — explicó Sunny, agotada ya la paciencia— . Que si quieres mostaza o mayonesa en tu sandwich.

— Es igual. Lo que te pongas tú — logró sintonizar una música débil y remota. ¿Cómo podía utilizar la gente un material tan primitivo y tan de poca confianza? En su casa tenía una unidad portátil que podía facilitarle los datos del tiempo atmosférico en París, informarlo del resultado de un partido de béisbol, darle un informe del tráfico en Marte y servirle una taza de café... simultáneamente, todo a la vez. En cambio, de aquella antigualla solo estaba sacando lo que parecía una melodía de banjo ejecutada a centenas de metros bajo tierra.

— Déjame intentarlo a mí — haciendo a un lado los sándwiches, Sunny le quitó la radio. Al cabo de unos segundos se oyó un verdadero chorro atronador de música— . Este aparatito es muy caprichoso.

— Es una máquina — le recordó él, algo molesto por su triunfo.

— Una máquina caprichosa, entonces — satisfecha, la dejó sobre el mostrador y se llevó luego a la mesa su sándwich y su cerveza— . De todas formas, un parte meteorológico no nos serviría de mucho. Ya sabemos que está nevando.

Jacob picó una patata frita de la bolsa que había dejado sobre la mesa.

— Lo más interesante sería saber cuándo va a dejar de nevar.

— Bah, especulaciones — se encogió de hombros cuando él se sentó a la mesa, frente a ella— . Por muchos satélites que coloquen en el espacio, siempre será un problema de adivinanzas.

Jacob abrió la boca para contradecirla, pero se lo pensó mejor y, en vez de ello, le dio un mordisco a su sándwich.

— ¿Te molesta?

— ¿El qué?

— Estar... — ¿qué palabra podría usar?— ... incomunicada por la nieve.

— En realidad, no. Al menos si es solamente por un día o dos. Después de eso comienzo a enloquecer — esbozó una mueca, consciente de que había utilizado una expresión muy poco afortunada— ¿Y tú?

— No me gusta sentirme encerrado — declaró sencillamente. Sonrió al oír que había empezado a dar golpecitos con el pie en el suelo. Otra vez la estaba poniendo nerviosa. Bebió un trago de cerveza— Está rica.

Segundos después una voz chillona interrumpió la música para informar del tiempo:

— ¡Chicas y chicos de Klamagh, vais a tener que arrimaros mucho! ¡Y datos un buen apretón para entrar en calor! Hasta mañana por la noche, no va a parar de nevar. Habrá cerca de medio metro de nieve, con vientos cercanos a los cincuenta kilómetros por hora. ¡Brrrr, qué frío! Las temperaturas bajarán todavía más esta noche. Vamos, nena, abrígate bien y deja que tu amooooor te mantenga bien calentita!

— No es muy científico — murmuró Jacob. Soltando un bufido, Sunny lanzó una ceñuda mirada a la radio.

— Lo digan como lo digan, el significado es el mismo. No estaría de más meter más leña.

— Yo iré.

— No necesito...

— Tú has preparado los sándwiches — señaló él, bebiendo otro trago de cerveza—Cuando terminemos, yo iré por la leña.

— De acuerdo — pronunció. No quería que le hiciera favores. Durante un rato, comieron en silencio— . Tendrías que haber esperado a la primavera.

— ¿Para qué?

— Para venir a ver a Cal.

Jacob dio otro mordisco a su sándwich. No sabía de qué era, pero estaba riquísimo.

— Tienes razón. De hecho, había pensado en venir aquí... antes — «casi un año antes», añadió para sí— . Pero no pude.

— Es una pena que tus padres no hayan venido contigo... ya sabes, a visitar a tu hermano.

Sunny vio entonces algo en sus ojos. ¿Era tristeza, frustración, furia? No estaba segura.

— No fue posible.

Pero Sunny se negaba en redondo a sentir lástima alguna por él.

— Mis padres no soportarían estar sin ver a Libby durante tanto tiempo.

Para Jacob, el tono de desaprobación de su voz fue como reabrir una vieja herida.

— No te puedes imaginar lo mucho que le ha afectado a mi familia el estar separados de Cal.

— Lo siento — mintió— Simplemente imaginaba que, si tantas ganas tenían de

verlo, habrían hecho el esfuerzo de visitarlo.

— La elección era de Cal, no de ellos — se levantó de la mesa— Voy por la leña.

«Tocada», se dijo Sunny cuando él ya se dirigía hacia la puerta.

— Hey.

Jacob se volvió hacia ella, a la defensiva.

— ¿Qué?

— No puedes salir sin abrigo. Está helando.

— No tengo abrigo.

— ¿Todos los científicos sois tan despistados?— musitó, levantándose para acercarse a un armario— No concibo nada tan estúpido como internarse en las montañas, en pleno enero, sin abrigo.

Jacob suspiró profundamente.

— Si no dejas de llamarme estúpido — repuso con tono tranquilo— Tendré que hacer algo al respecto.

— Oh, estoy temblando de miedo — se burló— Toma, ponte esto — le lanzó un abrigo— Solo me faltaría tener que curarte un resfriado — tras una breve vacilación, también le lanzó un gorro de lana oscura y un par de guantes— . En Filadelfia tendréis inviernos, ¿verdad?

Jacob apretó los dientes mientras se ponía el abrigo.

— No hacía frío cuando salí de casa — y se caló el gorro.

— Oh, eso lo explica todo — hizo un amago de carcajada cuando ya la puerta se cerraba a su espalda. Se dijo que aquel tipo no estaba realmente loco. Quizá un poquito corto de luces. Y fácil de desquiciar. Y, si lo desquiciaba lo suficiente, tal vez podría sacarle alguna información relevante.

Lo oyó maldecir y no se molestó en ahogar otra carcajada. Si no andaba muy equivocada, acababa de golpearse en un pie con un tronco. Quizá debió de haberle facilitado una linterna, pero... se lo merecía.

Minutos después fue a abrirle la puerta. Para entonces ya estaba cubierto casi enteramente de nieve. Se le había acumulado incluso en las cejas, dándole una expresión de cómico asombro. Mordiéndose la lengua para no espetarle algún cáustico comentario, se hizo a un lado para dejarlo pasar, cargado como iba de leña. Oyó el ruido que hizo al descargar los troncos, se aclaró la garganta, tomó tranquilamente un sorbo de cerveza y se reunió con él en el salón.

— Yo iré por más — le propuso, solícita.

— Ni hablar — le dolía el pie del golpe que se había dado, tenía los dedos entumecidos de frío y había perdido por completo la paciencia— . ¿Cómo puede alguien vivir así?

— ¿Así? ¿Cómo así? — le preguntó Sunny, fingiendo un tono de inocencia.

— Aquí — estaba harto. Extendió los brazos en un gesto que abarcaba no solo la cabaña, sino el mundo al que había ido a parar en toda su amplitud— . No tienes energía eléctrica, ni comodidades, ni un medio de transporte decente, ni nada. Si quieres calentarte, tienes que quemar madera. ¡Madera, por el amor de Dios! Si

quieres luz, dependes de la inestable electricidad. Y lo de las comunicaciones es una broma. ¡Una broma de mal gusto!

Sunny siempre se había considerado una chica de ciudad, pero no estaba dispuesta a consentir que insultaran así el hogar de su familia. Alzó la barbilla.

— Escucha, amigo, ni no te hubiera acogido aquí, ahora mismo estarías congelado en mitad del bosque y hasta la próxima primavera nadie encontraría tu cadáver. Así que cuidado con lo que dices.

— ¡No irás a decirme que te gusta vivir aquí!

— Pues sí, me gusta — apoyó los puños en las caderas— Y, si a ti no te gusta, ya sabes lo que tienes que hacer.

Su breve excursión a la leñera lo había convencido de la inconveniencia de desafiar a los elementos. Se quedó donde estaba durante un momento, reflexionando sobre las opciones que tenía. Sin decir una palabra, recogió su cerveza, se sentó y bebió un trago.

Dado que Sunny consideró aquello como una victoria, se reunió con él. Pero todavía no estaba dispuesta a darle un respiro.

— Eres especialmente melindroso tratándose de un tipo que va por ahí sin nada, ni siquiera un cepillo de dientes.

— ¿Perdón?

— He dicho que eres especialmente...

— ¿Cómo sabes que no tengo cepillo de dientes? — había leído acerca de esas cosas. En aquel instante, echando chispas por los ojos, se volvió hacia ella.

— Oh, era una frase hecha — mintió Sunny, eludiendo su pregunta— . Simplemente quería decir que un hombre que viaja con una única muda de ropa no tendría por qué resentirse de la falta de comodidades.

— ¿Cómo sabes que solo tengo una...? A no ser que hayas estado mirando en mis cosas...

— Tú no tienes cosas — musitó, consciente de que una vez más había abierto la boca antes de pensar lo que iba a decir. Quiso levantarse, pero Jacob se lo impidió poniéndole una mano en el brazo— Mira, solo eché un vistazo a tu bolsa para ver... simplemente para verla, eso es todo — se volvió hacia él, decidiendo que el ataque era la mejor defensa— ¿Cómo podía estar seguro de que eras lo que me dijiste que eras, y no algún maníaco suelto?

— ¿Y ahora ya estás segura? — no retiró la mano. Sorprendió un rápido parpadeo de vacilación en sus ojos y decidió aprovecharlo— No había nada en mi bolsa que pudiera corroborar ninguna de esas dos suposiciones, ¿verdad?

— Quizá no — intentó apartarle la mano. Como él se empeñaba en no soltarla, cerró un puño y esperó.

— Entonces muy bien puedo ser un maníaco, ¿no? — se inclinó lentamente hacia ella, hasta que su rostro quedó solamente a unos centímetros del suyo. Hasta que solo pudo ver sus ojos, abarcando todo su campo de visión. Hasta que empezaron a mezclarse sus alientos— . Y maníacos puede haberlos de todas clases, ¿verdad, Sunny?

— Sí — pronunció con dificultad. No era miedo. Habría preferido que lo fuera. Era algo mucho más complicado, mucho más peligroso que el miedo. Por un instante, con el fuego de la chimenea crepitando a su lado, con la parpadeante luz de las velas, con el viento azotando los cristales de la ventana, no le importaba quién era él. Lo único que le importaba era que iba a besarla. Y algo más que eso.

Aquel «algo más» podía leerse en sus ojos. La imagen de los dos rodando por el suelo asaltó la mente de Sunny. El salvaje y violento encuentro de dos cuerpos, en un libre y frenético estallido de pasión. Estaba segura de que, con él, sería así. Aquella primera vez, y otra, y otra. Haciendo temblar la tierra, desbordando ríos, explotando planetas. Así sería el amor con él.

Y después, de la primera vez ya no habría vuelta atrás. Estaba absolutamente convencida de que si llegaba a haber una primera vez, lo desearía, lo anhelaría con todas sus fuerzas. Lo necesitaría como necesitaba respirar.

Jacob le rozó los labios con los suyos. Apenas podía llamarse un beso, pero la potencia de aquel roce la hizo estremecerse por entero. Y también hizo sonar campanas de alarma en su cabeza. Así que optó por lo que habría hecho cualquier mujer sensata bajo aquellas circunstancias. Le hundió el puño en el estómago.

Jacob jadeó de sorpresa. Mientras se doblaba sobre sí mismo, a punto de caer encima de ella, Sunny se levantó como un resorte. Y se preparó para el siguiente movimiento.

— Eres tú la maníaca, no yo — se las arregló para pronunciar una vez recuperado el resuello—. Nunca en toda mi vida he conocido a nadie como tú.

— Gracias. Te lo merecías, J.T. Estabas intentando intimidarme.

Para sus adentros, Jacob tuvo que reconocer que esa había sido su primera intención. Pero al final, cuando se había inclinado hacia ella, aspirado el aroma de su pelo, saboreado la tersa textura de sus labios... aquello nada había tenido nada que ver con la intimidación y todo con la seducción. Y él había sido el seducido, por supuesto.

— ¿Sabes? No sería muy difícil... — replicó al cabo de un momento— ... aprender a detestarte.

— No, supongo que no — como vio que se lo estaba tomando con mejor humor de lo que había previsto, Sunny le sonrió—. Dado que al fin y al cabo somos familia... Que tú eres el hermano de Cal, quiero decir.

— Gracias — al fin logró incorporarse—. Muchas gracias.

— Como te iba diciendo, dado que somos como familiares, ¿por qué no acordamos una tregua? Porque, si el tiempo sigue así, vamos a continuar atrapados aquí durante varios días más.

— ¿Y ahora quién está intimidando a quién?

Sunny se echó a reír. Y decidió mostrarse amable con él.

— Solo estoy poniendo las cartas boca arriba. Si seguimos peleándonos, solo conseguiremos hacernos daño. Y supongo que no merece la pena.

Jacob tuvo que reflexionar sobre ello. Rápidamente.

— ¿Tú crees que no? — bromeó.

— Yo voto por la tregua, al menos hasta que deje de nevar. Yo no te pegaré más y tú no volverás a intentar besarme. ¿Trato hecho?

Le gustaba la parte de que ella no fuera a pegarle más. Y ya había decidido no intentar besarla más. La besaría y punto. Cuando escogiera hacerlo.

— Trato hecho — asintió.

— Excelente. Celebraremos la tregua con otra cerveza y palomitas. Tengo un viejo aparato para hacerlas en la cocina. Lo pondremos al fuego.

— Sunny.

Ella se detuvo, con la vela en la mano, a medio camino de la cocina. Jacob no pudo evitar admirar la belleza de sus rasgos, iluminados por su resplandor.

— Todavía no estoy muy seguro de que me caigas bien.

— No importa — sonrió—. Yo tampoco.

Sunny podría haberlo denominado rústico. Él lo habría considerado incluso primitivo. En cualquier caso, Jacob estaba descubriendo algo maravillosamente relajante y acogedor en hacer palomitas en el fuego de la chimenea.

Bastaba el aroma para que se le hiciera la boca agua mientras las palomitas comenzaban a saltar, golpeando la rejilla de la cazuela que manejaba hábilmente Sunny. Aunque habría podido explicar científicamente el proceso por el que la semilla se convertía en palomita, era muchísimo más divertido observarlo.

— Aquí siempre hacemos las palomitas así — murmuró ella, contemplando las llamas— Incluso en verano, cuando pasábamos un calor horrible, mamá o papá encendían un fuego y mi hermana y yo nos peleábamos por agarrar la cazuela y hacerlas — sonrió al recordarlo.

— Fuiste muy feliz aquí.

— Sí. Y probablemente lo habría seguido siendo de haberme quedado, pero descubrí el mundo. ¿Qué piensas del mundo, J.T.?

— ¿De cuál?

Sunny soltó una carcajada.

— No me acordaba de que eras un astro... astro- loquesea. Supongo que tu mente estará la mitad del tiempo en el espacio, en vez de en tierra.

— Más o menos.

Sunny se sentó con las piernas flexionadas en el suelo. El fuego de la chimenea arrancaba reflejos a su rostro y a su cabello. Aquella cara, pensó Jacob, con aquellos rasgos tan exquisitos y bien delineados, estaba absolutamente relajada. Evidentemente se había tomado muy en serio su tregua, ya que había comenzado a charlar con él como si fuera un viejo amigo.

Bebió otro trago de cerveza y escuchó, aunque no sabía prácticamente nada de las películas y la música de las que ella le estaba hablando. O de los libros. Algunos de los títulos que citaba le resultaban vagamente familiares, pero lo cierto era que había dedicado muy poco tiempo de su vida a leer obras de ficción.

— ¿A ti no te gustan las películas? — le preguntó Sunny al fin.

— Yo no he dicho eso.

— No has visto ninguna de las que te he mencionado, que son las más famosas de los dos últimos años.

Por un instante, Jacob se preguntó qué cara pondría ella si le dijera que el último vídeo que había visto había sido editado en el año 2250.

— Lo que pasa es que durante mucho tiempo he estado prácticamente encerrado en un laboratorio, trabajando.

Sunny sintió una repentina punzada de lástima por él. A ella no le importaba trabajar duro, pero siempre y cuando le quedara algún tiempo libre para divertirse.

— ¿Es que no te daban ningún descanso?

— ¿Quiénes?

— La gente para la que trabajabas — explicó, y siguió haciendo más palomitas.

Aquello lo hizo sonreír, dado que durante los cinco últimos años había sido él quien había contratado a sus investigadores.

— Más bien es un problema de obsesión personal con el proyecto que tenía entre manos.

— ¿Y cuál es ese proyecto?

Jacob reflexionó durante unos segundos, hasta que decidió decirle la verdad. Eso no le haría daño a nadie. Además, quería ver su reacción.

— Viajar en el tiempo.

Sunny se echó a reír, pero se puso serio al ver su expresión. Aclarándose la garganta, pronunció

— No estás bromeando, ¿verdad?

— No — miró la cazuela que todavía sostenía con una mano — . Creo que las estás quemando.

— Oh — la retiró rápidamente de la chimenea— ¿Te refieres a viajar realmente a través del tiempo, como en la novela de H.G. Wells?

— No exactamente — estiró las piernas para calentarse los pies— El tiempo y el espacio son nociones relativas, digámoslo así. Solo es un problema de encontrar las ecuaciones adecuadas y aplicarlas.

— ¿No puede ser tan sencillo! — sacudió la cabeza, asombrada— Según tú, podríamos de repente aparecer en tiempos pasados, como la Roma de Nerón o la Bretaña del rey Arturo...

— Sí. Lo cual sería fascinante.

— Bah. No me creo que estés hablando en serio, J.T.

Jacob esbozó una lenta y enigmática sonrisa.

— ¿Es que tú solo crees en lo que ves?

— No — Sunny frunció el ceño, sirviéndose de un trapo para retirar la tapa de rejilla de la cazuela— Supongo que no — de pronto se echó a reír y probó una palomita— . O quizá sí. Yo soy realista. En nuestra familia necesitamos que alguien desempeñe ese papel.

— Incluso una persona realista tiene que aceptar que existen ciertas posibilidades.

— Ya. De acuerdo, imaginemos que pudiera existir esa máquina fantástica, como la de la novela de Wells. ¿A dónde irías? O más bien debería decir cuándo. ¿A qué época te gustaría ir?

Jacob la miró, sentada frente a la chimenea. Un brillo de diversión ardía todavía en sus ojos.

— Las posibilidades son infinitas. ¿Y tú?

— No sé. Me imagino que a Libby se le ocurriría en seguida una docena de lugares y épocas. Los aztecas, los incas, los mayas. Papá probablemente querría ver Tombstone o Dodge City. Y mi madre... bueno, ella iría a donde fuera mi padre, para vigilarlo.

— La pregunta iba dirigida a ti — picó una palomita.

— Viajaría al futuro. Me gustaría saber lo que va a suceder.

Jacob se quedó contemplando el fuego, sin decir nada.

— Cien, quizá doscientos años en el futuro — añadió ella— Después de todo, en los libros de historia puedes hacerte una idea aproximada de lo que sucedió antes. Pero el futuro... Me parece que sería muchísimo más excitante ver cómo hemos acabado resolviendo nuestros problemas actuales — la idea la hizo reír— . Dime, ¿realmente te pagan por trabajar en asuntos como este de los viajes a través del tiempo? Quiero decir que... ¿no tendría más sentido descubrir cómo se puede atravesar una ciudad como, digamos Manhattan, solamente en media hora y en una hora punta?

— Tengo libertad para escoger mis proyectos

— Eso debe de ser estupendo — a esas alturas ya estaba completamente relajada, disfrutando incluso de su compañía— ¿Sabes? Tengo la sensación de haber pasado la mayor parte de mi vida intentando averiguar qué es lo que quiero realmente hacer. Soy una empleada terrible. No me gusta que me manden — admitió con un suspiro— Debo de tener un gen que reacciona negativamente a las reglas y a la autoridad. Soy discutidora.

— ¡No me digas!

— De verdad — sonrió— . Tengo tantas veces razón que, cuando no la tengo, me cuesta admitirlo. Algunas veces me gustaría ser más... flexible.

— ¿Por qué? El mundo está lleno de gente que cede y renuncia a cosas.

— Quizá sean más felices por ello — murmuró— . Es una pena que la palabra «compromiso» sea tan difícil de asumir. A ti tampoco te gusta equivocarte.

— Ya procuro yo que no me guste.

Sunny se echó a reír mientras se tumbaba en la alfombra.

— ¿Sabes? Creo que estás empezando a caerme bien. Bueno, vamos a tener que mantener encendido este fuego durante toda la noche, si no queremos helarnos. Hagamos turnos — bostezó, apoyando la cabeza sobre las manos entrelazadas— . Despiértame dentro de un par de horas, y luego te tocará a ti, ¿de acuerdo?

— De acuerdo.

Cuando estuvo seguro de que se hubo dormido, Jacob la arropó con la manta y la dejó allí, cerca del fuego. Una vez en el piso superior, tardó menos de diez minutos en hacer algunos ajustes en el ordenador portátil para conectarlo con su unidad de pulsera. La unidad no contenía todos los bancos de datos de su nave, pero podía elaborar informes y contestar a sus preguntas.

— Conéctate, ordenador.

Una fría y metálica voz le respondió:

— Conectado.

— Informando. Hornblower, Jacob. Fecha actual 1/20/90. Una tormenta de nieve me ha retenido en la cabaña. La estructura carece de energía eléctrica, muy inestable en esta era. Al parecer esta energía se transmite mediante tendidos de alta tensión que son especialmente vulnerables durante las tormentas. A las 18.00 horas aproximadamente, la energía se ha cortado. ¿Tiempo estimado de reparación?

— Procesando... Datos incompletos.

— Me lo temía — se interrumpió por un momento, pensando— . Sunbeam Stone es una mujer de múltiples recursos. Ha utilizado velas, velas de cera, para iluminar la cabaña. Aquí queman madera para calentarse. Eso es, por supuesto, insuficiente, y solo se pueden calentar áreas pequeñas. Es, sin embargo... — buscó la palabra— ... agradable. Crea cierta atmósfera relajante — disgustado, se detuvo de nuevo. No quería pensar en la seductora imagen de Sunny a la luz de la chimenea— . Como he informado previamente, Stone es una mujer difícil y agresiva, propensa a estallidos de furor. También es maravillosamente generosa, amable de vez en cuando y... — tenía la palabra «deseable» en la punta de la lengua—Intrigante. Hay que seguir investigando. Sin embargo, no creo que sea una mujer promedio de su tiempo. Ordenador, ¿cuáles son las típicas actitudes de las mujeres hacia el apareamiento en esta era?

— Procesando.

Tan pronto como hubo hecho la pregunta, Jacob abrió la boca para retirarla y anular la orden. Pero la máquina fue más rápida:

— Manifiestan una clásica atracción física, en ocasiones con reacción química. El compromiso emocional, en diversas escalas desde el afecto hasta el amor, está presente en el 97.6 por ciento de los casos. Los encuentros sencillos, generalmente denominados «aventuras de una sola noche» ya no se hallaban tan de moda en esa época del siglo XX Los sujetos esperaban cierto compromiso de sus parejas sexuales. El romance era algo ampliamente aceptado y deseado.

— Define «romance».

— Procesando... Dedicar una especial atención, en forma de mimos, halagos o regalos. Es también sinónimo de amor, aventura amorosa, intenso vínculo entre amantes. Tipificado por una atmósfera de luz tenue, música romántica, flores. Los gestos considerados generalmente como románticos incluyen...

— Ya es suficiente — mientras se pasaba las manos por la cara, Jacob se preguntó si no se habría vuelto loco. Tenía muy poco sentido malgastar el tiempo haciéndole al ordenador preguntas tan poco científicas. Y mucho menos contemplar una posible y absolutamente no científica relación con Sunny Stone.

Solo tenía dos objetivos que justificaran que estuviera allí en aquel momento. El primero y más importante era encontrar a su hermano. El segundo era reunir la mayor cantidad de datos posible acerca de aquella era. Sunny Stone era un dato más, y nunca podría ser otra cosa.

Pero la deseaba. No era nada científico, pero era muy real. Y también ilógico. ¿Cómo podía querer estar con una mujer que lo irritaba tanto? ¿Cómo podía preocuparse tanto por una mujer con la que tenía tan pocas cosas en común? Los separaban siglos enteros. El mundo de Sunny, por muy fascinante que fuera desde un punto de vista científico, lo frustraba de mil formas diferentes. Y ella también lo frustraba. Mucho más.

Lo mejor que podía hacer era regresar a su nave, programar sus computadores y volver a casa. Y, si no hubiera sido por Cal, no habría vacilado en hacerlo. Quería,

necesitaba pensar que solo era Cal quien lo detenía.

Meticulosamente desconectó el ordenador y guardó su unidad. Cuando volvió al salón, ella seguía durmiendo. Moviéndose con el máximo sigilo, echó otro leño al fuego y se sentó en el suelo, a su lado.

Pasaron las horas, pero no se molestó en despertarla. Estaba acostumbrado a dormir poco, o incluso nada. Durante más de un año, su jornada media de trabajo había rondado las dieciocho horas. Cuanto más cerca había estado de descubrir las claves del viaje a través del tiempo, más se había presionado a sí mismo. Y lo había conseguido, pensó, mientras contemplaba el fuego de la chimenea. Estaba allí. Por supuesto, a pesar de sus meticulosos cálculos, había llegado con varios meses de retraso.

Cal ya se había casado. Y si podía fiarse de lo que le había contado Sunny, vivía feliz y contento. Así que a Jacob le resultaría mucho más difícil hacerle entrar en razón. Pero lo lograría de todas formas. Tendría que darse cuenta. Era tan claro como el cristal. Una persona pertenecía a su propio tiempo. Tenía razones, propósitos en la vida. Más allá de lo que pudiera hacer la ciencia, habría un camino, un destino, una pauta que seguir. Si alguien escogía romper esa pauta, eso podría generar imprevisibles efectos en el resto del universo.

De modo que se llevaría a su hermano al tiempo al que ambos pertenecían. Y Cal no tardaría en olvidar a la mujer llamada Libby. Al igual que el propio Jacob estaba decidido a olvidar a Sunbeam Stone. De repente Sunny se movió, soltando un profundo suspiro que le provocó un delicioso escalofrío. A pesar de sí mismo, la observó mientras se despertaba.

Abrió y cerró los ojos, batiendo aquellas maravillosas pestañas. Sus ojos, adormilados de sueño, eran enormes y oscuros. Todavía no lo había visto. Con la mirada fija en el fuego de la chimenea, se fue estirando lentamente, músculo a músculo. El suéter se desplazó unos centímetros, revelando su fina y esbelta cintura.

Jacob sintió que se le secaba la boca. El corazón se le aceleró. En aquel momento estaba tan indignantemente hermosa que solo podía quedarse allí sentado, tenso, y rezar para no perder la cordura.

Sunny gimió débilmente y se quedó tumbada de espaldas, extendiendo los brazos por encima de la cabeza y estirándolos hacia el techo. Jacob esbozó una mueca. Por primera vez en su vida, necesitó urgentemente una copa.

Al fin ladeó la cabeza y lo vio.

— ¿Por qué no me has despertado? — Su voz era lenta, ronca, erótica.

— Yo... — era ridículo, pero apenas podía hablar— . Yo no estaba cansado.

— No se trata de eso — se sentó en la alfombra— . Estamos juntos en esto, así que...

No pensó. No fue algo deliberado. Ni sensato tampoco. De repente, hundió una mano en su cabello para atraerla hacia sí y la besó en los labios. Sunny se resistió, tan furiosa como sorprendida, pero él se negó a soltarla. Para entonces lo que sentía era ya auténtica desesperación, algo que jamás recordaba haber experimentado antes por

ninguna mujer. O saboreaba su boca o moría en el empeño. Sunny se esforzó por aferrarse a su furia mientras docenas de sentimientos distintos luchaban por apoderarse de ella: deseo, deleite, delirio. Intentó maldecirlo, pero de sus labios solo escapó un gemido de placer. Luego enterró las manos en su cabello, casi sin darse cuenta, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

Con un rápido movimiento, Jacob la sentó sobre su regazo. Respiraba tan aceleradamente como ella. Sin poder evitarlo, Sunny tomó conciencia de que estaba reaccionando y respondiendo con la misma insistencia y avidez que él. ¿Era eso lo que había estado buscando? ¿La excitación, el desafío, la maravilla de aquellas sensaciones? Irresponsablemente se dejó arrastrar por aquella emoción, por aquel poder abrumador.

Jacob, por su parte, había perdido todo control. Cuanto más tomaba, más necesitaba. Una vez saboreada su boca, deslizó los labios todo a lo largo de la fina columna de su cuello, lamiéndoselo. Y aun así seguía sin ser suficiente. Con el resplandor de la chimenea iluminando su rostro, comenzó a alzarle el suéter. Su piel desnuda le evocó imágenes de pétalos de rosa, de cálido satén. Le temblaba la mano cuando la cerró sobre un seno. Clavados los ojos en los suyos, la besó una vez más. Era como sumergirse en un sueño. Cuando él profundizó el beso, Sunny lo abrazó con todas sus fuerzas. Y sus manos buscaron su cuerpo con idéntica urgencia, explorando bajo su suéter, encontrando los firmes planos de sus músculos.

Deleitada con la inefable caricia de sus labios en su rostro, cerró una vez más los ojos. De repente, como una fantástica revelación, el corazón se le inundó de amor. De puro amor. Esa sorprendente reacción la dejó temblorosa, jadeante. Y sus manos, siempre tan hábiles y capaces, se deslizaron por sus brazos como si tuvieran voluntad propia, impotentes.

«Impotentes», pensó. Y eso fue lo que la hizo tensarse, la que la impulsó a resistir. Aquello no podía ser amor. Era absurdo, y peligroso, pensar que podía serlo.

— Jacob, para.

— ¿Qué pare? — inquirió mientras le mordisqueaba la barbilla, no demasiado suavemente. Podía sentir el cambio, la frustrante retirada— . ¿Por qué?

— Porque yo...

Con un calculado movimiento, le acarició lentamente la espalda. Vio que sus ojos volvían a oscurecerse de deseo.

— Te deseo, Sunny. Y tú me deseas a mí.

— Sí — ¿qué le estaba haciendo aquel hombre? Alzó una mano para protestar, pero al momento la dejó caer lánguidamente sobre su pecho— . No. No hagas eso.

— ¿Hacer qué?

— Lo que sea que estés haciendo.

Estaba temblando, estremeciéndose. Ofrecía una imagen absolutamente vulnerable. Jacob se maldijo a sí mismo. Fue una verdadera sorpresa darse cuenta de que cuanto más indefensa parecía ella, más acosado se sentía él por los remordimientos.

— Está bien — la agarró suavemente de las caderas y volvió a sentarla en el suelo.

Sunny se abrazó las rodillas. Se sentía como si acabaran de sacarla de una caldera para encerrarla en un témpano de hielo.

— Esto no debería estar sucediendo. Y, desde luego, no tan rápido.

— Pero está sucediendo — subrayó Jacob—. Y no tiene sentido pretender lo contrario.

Sunny alzó la mirada mientras él se levantaba para alimentar el fuego. Todavía ardían algunas velas. Afuera seguía oscuro, y el viento continuaba silbando. Se había olvidado de la tormenta. Se había olvidado de todo eso y más. En sus brazos no había habido más tormenta que la que había asolado su interior. No había habido más fuego que el de su propia pasión. La única promesa que se había hecho a sí misma, la de no perder nunca el control con ningún hombre, había sido rota.

— Para ti es fácil, ¿verdad? — le espetó con una amargura que a ella misma la sorprendió.

Jacob se volvió para mirarla. No, no era nada fácil para él. Debería serlo, pero no lo era. Sorprendentemente.

— ¿Y por qué debería ser complicado? — la pregunta estaba dirigida tanto a ella como a él mismo.

— Yo no hago el amor con desconocidos — se levantó, deseosa de tomarse un café y de estar durante un rato sola. Se dirigió a la cocina y sacó un refresco de la nevera. Tendría que conformarse con una dosis de cafeína fría.

Jacob, mientras tanto, se dedicó a repasar mentalmente los datos que le había proporcionado su ordenador. La atracción física de la que le había hablado estaba presente, sin lugar a dudas. Y, por mucho que le disgustara la idea, sus emociones estaban involucradas. Enfurecerse no serviría de nada. Evidentemente Sunny estaba reaccionando con normalidad, dada la situación. Era él quien se había visto desbordado, quien había perdido el paso. Eso era algo que tenía que reconocer, y afrontarlo.

Pero seguía deseándola. Y estaba decidido a insistir hasta conquistarla. Lógicamente, sus probabilidades de tener éxito se incrementarían si se conducía como habría sido de esperar en un típico hombre del siglo veinte.

Suspiró profundamente. Ignoraba las consecuencias que podría tener, pero creía comprender el primer paso que tendría dar. Era difícil que las cosas hubieran cambiado tanto en doscientos años.

Cuando entró en la cocina, ella estaba mirando por la ventana, viendo caer la nieve.

— Sunny — decidió ir directamente al grano— Te pido disculpas.

— No quiero tus disculpas.

Jacob alzó la mirada al techo, rezando por poder conservar la paciencia.

— ¿Qué quieres entonces?

— Nada — sorprendentemente, estaba a punto de llorar. Ella nunca lloraba.

Detestaba hacerlo, lo consideraba algo tan absurdo como vergonzoso. Sunny siempre prefería un grito de pura rabia a las lágrimas. Pero en aquel instante las lágrimas le estaban quemando los ojos y se esforzaba tercamente por contenerlas— . Olvídalo.

— ¿Olvidar lo que ha sucedido, u olvidar el hecho de que me siento atraído por ti?

— Las dos cosas — se volvió hacia él. Aunque los tenía secos, le brillaban los ojos. Lo cual le hizo sentirse terriblemente incómodo— . No importa.

— Claro que importa — muy a su pesar, estaba convencido de que no podía hacer absolutamente nada para evitarlo. Para luchar contra aquella atracción. Si Sunny seguía mirándolo de aquella forma, tendría que tocarla de nuevo. Como medida preventiva, hundió las manos en los bolsillos.

— Mira, J.T. los dos somos adultos. Y debemos comportarnos como tales.

— Yo creía que ya lo estábamos haciendo — intentó sonreír— . Siento haberte molestado.

— No fue culpa tuya — se obligó a corresponder a su sonrisa— . Fueron las circunstancias. Estamos completamente solos aquí, sin luz eléctrica. Con las velas, la chimenea... — se encogió de hombros, abatida— . A cualquiera le habría pasado lo mismo.

— Si tú lo dices... — dio un paso hacia ella. Sunny retrocedió. Para alcanzar su objetivo, reflexionó Jacob, necesitaría de una elaborada estrategia— Pero yo me siento atraído por ti, con o sin velas.

Sunny se dispuso a replicar algo, pero en seguida descubrió que no sabía lo que realmente quería decir, y se pasó las dos manos por el pelo.

— Creo que deberías dormir un poco. Voy por más leña.

— De acuerdo. ¿Sunbeam?

Ella se volvió, mirándolo entre divertida y exasperada de que la hubiera llamado por su nombre completo.

— Me ha encantado besarte — le confesó— . Muchísimo.

Rezongando, Sunny se puso rápidamente el abrigo y escapó fuera de la cabaña.

El día transcurrió lentamente. Sunny tal vez habría preferido que Jacob durmiera un poco más, pero eso apenas importaba. Dormido o despierto, estaba allí. Era una presencia constante. En varias ocasiones, a pesar de sus intentos por abismarse en la lectura de algún libro, había sido tan dolorosamente consciente de su presencia que había estado a punto de gruñir, de gemir, de quejarse.

Jacob, por su parte, leía vorazmente novela tras novela. Toda actividad en la cabaña estaba prácticamente confinada al salón y al calor del fuego de la chimenea, que alimentaban por riguroso turno.

A la hora de comer se prepararon unos sándwiches fríos, aunque ella consiguió hervir agua para el té en la chimenea. Solo se dirigían la palabra cuando no tenían más remedio que hacerlo.

Para cuando cayó la tarde ambos estaban terriblemente inquietos. Tanto que los

dos llegaron a preguntarse qué habría sucedido si hubieran pasado el día entero metidos debajo de una manta, juntos... en vez de separados, cada uno en un extremo de la misma habitación.

Jacob se acercó a la ventana. Sunny a la otra, antes de remover un poco el fuego. Él se puso a hojear el enésimo libro. Ella fue a la cocina por un paquete de galletas.

— ¿Has leído este?

Sunny alzó la mirada. Era la primera palabra que intercambiaban desde hacía una hora.

— ¿Cuál? Jane Eyre.

— Oh, claro — era un verdadero alivio volver a conversar. En son de paz, le tendió el paquete de galletas. — ¿Qué te parece?

— Siempre me han gustado las novelas realistas del siglo diecinueve. La gente era muy contenida y puritana en aquel entonces, pero con terribles pasiones hirviendo detrás de su aspecto pulcro y civilizado.

— ¿Eso crees? — no pudo menos que sonreír.

— Sí. Y por supuesto, se trata de una novela hermosamente escrita. Y maravillosamente romántica — se sentó con las piernas apoyadas en un brazo de la silla— La chica pobre y sencilla cautivando el corazón del galán inquietante y misterioso.

Jacob la miró estupefacto.

— ¿Eso es romántico?

— Por supuesto. Y luego está la tragedia, el sacrificio... Hace años, en la televisión, pusieron una serie muy buena basada en la novela. ¿La viste?

— No — apartó el libro a un lado, sin salir todavía de su asombro— Mi madre tiene un ejemplar de este título en casa. Le encanta leer novelas.

— Probablemente será porque necesita relajarse después de pasarse el día entero en los tribunales.

— Probablemente.

— ¿A qué se dedica tu padre?

— Oh, a esto y a aquello — tuvo de repente la sensación de que hacía siglos que no veía a su familia— . Le gusta la jardinería.

— Al mío también. Plantas curativas y dietéticas, claro — señaló su taza de té vacía— Pero también se ocupa de las flores. Cuando éramos pequeñas, cultivaba verduras en el huerto que hay al lado de la cocina. Eso era prácticamente todo lo que comíamos. Y por eso ahora las evito tanto.

Jacob intentó imaginárselo y simplemente no lo logró.

— ¿Cómo transcurrió tu infancia aquí?

— A mí me parecía algo natural — Sunny se levantó para remover un poco el fuego y se sentó en el sofá, a su lado, olvidándose por un momento de sus aprensiones anteriores— . Supongo que pensaría que todo el mundo vivía como nosotros, hasta que un día fuimos a la ciudad y vi las luces, la gente, los edificios. Para mí, fue como si alguien hubiera desarmado un caleidoscopio para enseñarme los colores. Volvimos aquí,

claro — se recostó en los cojines, ahogando un bostezo— pero yo siempre soñé con regresar a todo aquel ruido. En este lugar no cambian muchas cosas, y eso está bien, porque te da seguridad. Pero en la ciudad siempre hay algo nuevo. Supongo que me gusta progresar.

— Pero ahora estás aquí.

— En cierta manera, es una pena autoimpuesta.

— ¿Por qué?

— Es una larga historia — se encogió de hombros— . ¿Qué me dices de ti? ¿Eres un chico urbano que suspira por la tranquilidad de la vida en el campo? — Jacob desvió la mirada hacia la ventana.

— No.

Echándose a reír, Sunny le dio una palmadita en la mano.

— Sea como sea aquí estamos los dos, atrapados en los bosques del Noroeste. ¿Te apetece jugar a las cartas?

El humor de Jacob mejoró al instante.

— ¿Póquer?

— Póquer.

Se levantaron al mismo tiempo y tropezaron uno con otro. Jacob la sujetó de un brazo automáticamente. Se tensó, y ella también. No habría podido ser de otro modo. Alzó la otra mano hasta su rostro, cautivado por la visión de su boca fresca, de labios llenos, sin pintar.

— Eres muy bella, Sunbeam.

Le dolía hasta respirar. Estaba demasiado aterrorizada para moverse.

— Te he dicho que no me llames así.

— El nombre te sienta bien. Siempre pensé que la belleza era simplemente una casualidad genética, o algo que se consigue con afeites y artificios.

— Eres un hombre muy extraño, Hornblower.

— No te puedes imaginar cuánto — sonrió levemente— . Bueno, será mejor que juguemos a las cartas.

— Buena idea — comentó, suspirando, mientras sacaba la baraja de un cajón— . Póquer frente a la chimenea — se sentó en el suelo— Esto sí que es romántico.

— ¿De veras? — se sentó frente a ella.

— Prepárate a perder.

Pero ganó él, continuadamente, hasta que Sunny empezó a sospechar. A falta de cualquier otra cosa estaban jugando con galletas de chocolate, y el montón de Jacob no dejaba de crecer.

— Si te las comes todas te pondrás hecho un gordo.

— Oh, no — sonrió— . Tengo un metabolismo excelente.

— Ya, apuesto a que sí — con un cuerpo como el que tenía, no le extrañaba lo más mínimo— . Doble pareja, de damas y cuatros.

— Mmm — enseñó sus cartas— . Ful de dieces y cincos.

— ¡Caramba! — frunció el ceño— Mira, no quiero parecer una mala perdedora,

pero llevas ganadas diez manos de doce.

— Esta debe de ser mi noche de las cartas — y empezó a barajarlas.

— Ya. — Jacob arqueó una ceja.

— El póquer es una física o una química.

— Límitate a jugar, Hornblower — tomó una galleta. — ¿Vas a comerte la postura inicial?

— Oh, es verdad volvió a poner la galleta donde estaba— Es que, si no como varias veces al día, me pongo de mal humor.

— ¿Es ese tu problema?

— Básicamente yo soy una persona muy simpática y amable.

— No, no lo eres — sonrió mientras repartía las cartas— Pero me gustas de todas formas.

— Soy simpática y amable — insistió, simulando una expresión desinteresada al descubrir que tenía suerte, recogió la ceja al detectar su tono irónico — Pregúntale a cualquiera... excepto al supervisor de mi último trabajo. Abro con dos.

Jacob aceptó la apuesta y adelantó otras dos galletas de su montón. Le gustaba verla así: entretenida, competitiva, divertida. No podía evitar admirar el juego de sombras que proyectaba el fuego de la chimenea sobre sus fabulosos rasgos. Y aquella era una oportunidad tan buena como cualquier otra para saber algo más de ella.

— ¿Qué era lo que hacías antes de venirte aquí y tomar la decisión de estudiar Derecho?

Esbozando una mueca, Sunny se deshizo de tres cartas.

— Vendía ropa interior. Lencería femenina, para ser exactos — alzó la mirada esperando ver una expresión desdeñosa en su rostro, y se alegró de no verla— . Tengo un cajón lleno de toda la que pude conseguir.

— Oh, ¿de veras? — pensó en ello durante un momento, intentando vanamente imaginárselo.

— Sí — se entusiasmó al ver que había conseguido otro as, pero se esforzó para que no le se notara en la voz— . El problema fue que el supervisor quería que vendiera todo aquel material como fuera, engañando incluso a las clientes. Un día, por ejemplo, me presionó para que le vendiera a una señora obesa un body tres tallas más pequeño. Apuesto tres.

— Las veo, y subo otras dos. ¿Qué sucedió?

— Bueno, le dije a la señora lo que pensaba sinceramente, y el tipo me despidió. Así, sin más — sonrió— Subo tus dos. Lo siento, amigo. Trío de ases.

— Póquer — pronunció Jacob, y Sunny maldijo entre dientes mientras él se llevaba las galletas— Tengo la impresión de que no estás hecha para trabajar para otra persona.

— Ya me han dicho eso antes — musitó— Varias veces — miró las cinco galletas que le quedaban, y pensó que la suerte llevaba ya demasiado tiempo dándole la espalda— Si fuera posible aprender a vivir sin comer, sería la primera en hacerlo. Pero no es así. Y no me gusta ser pobre.

— ¿Sabes? Creo que, si te lo propusieras, podrías hacer todo lo que quisieras.

— Quizá — ese había sido su problema. No tenía ni idea de lo que quería hacer. Volvió a recibir buenas cartas e intentó reunir un póquer. No lo consiguió, y tuvo que renunciar a sus últimas galletas de chocolate— . Diablos, realmente esta es tu noche de suerte.

— Eso es lo que parece — a esas alturas, Jacob se sentía bastante animado. Y la propia Sunny le parecía mucho más apetitosa que las galletas— . Podemos jugar una mano más.

— ¿Y qué nos apostamos?

— Si ganas, me harás el amor.

Sorprendida, pero decidida a mantener impertérrita su cara de póquer, se tragó el pedazo de galleta que acababa de masticar.

— ¿Y si gano yo?

— Te haré el amor yo.

Llevándose el resto de la galleta a la boca, lo observó detenidamente. Casi merecería la pena ver la cara que pondría si ganaba ella. Casi, se recordó. De cualquier forma, ella ganaría. Y perdería después.

— Creo que voy a ignorar tu desafío — pronunció con tono ligero. Levantándose, fue hacia el sofá con la intención de dormir un poco.

Una música atronadora fue lo que sacó a Sunny de su profundo sueño. Cegada por la luz, soltó un gruñido y se llevó una mano a los ojos.

— ¿Qué es toda esta fiesta? — exclamó al oír a Tina Turner cantando a todo volumen.

Jacob, que había estado dormitando frente al fuego, se limitó a cubrirse la cabeza con la manta. Cuando dormía, prefería hacerlo como un tronco.

Maldiciendo entre dientes, Sunny se levantó del sofá, y fue tambaleándose hacia el estéreo antes de darse cuenta de lo que había sucedido.

— ¡La luz! ¡Ha vuelto la luz! — gritó, y corrió a sentarse encima de Jacob. El gruñido ahogado procedente de debajo de la manta no la disuadió de ponerse a saltar alegremente sobre ella— Tenemos energía eléctrica, J.T. ¡Luz, música, comida caliente! Vamos, despiértate, dormilón. ¿No sabes que pueden despedirte por haberte quedado dormido en tu turno de guardia?

— No estaba dormido, sino presa de un ataque catatónico.

— Arriba. Ya estamos otra vez en funcionamiento — le retiró la manta de la cara y sonrió al ver su ceño fruncido— . Necesitas un afeitado — observó. Luego, en su alegría, le plantó un sonoro beso entre los ojos— . ¿Te apetece una hamburguesa?

Jacob la contempló adormilado. Allí estaba, con el cabello despeinado y aquella expresión radiante. Para su disgusto, sintió que su cuerpo reaccionaba de inmediato.

— No creo que sean más de las seis de la mañana.

— ¿Y qué? Me muero de hambre.

— Pues yo no — volvió a ponerse la manta encima de la cabeza.

— Oh oh. Creo que necesitas ayuda. Arriba, soldado.

En esa ocasión Jacob se limitó a abrir solamente un ojo.

— ¿Arriba, soldado? ¿Qué expresión es esa?

— Me temo, Hornblower, que has pasado demasiado tiempo encerrado en un laboratorio.

— No lo suficiente — «o demasiado», añadió para sí, si todo lo que necesitaba para excitarse era una mujer delgaducha sentada encima— . No puedo levantarme contigo sentada encima de mí. Además, creo que me has roto las costillas.

— Absurdo. Peso cinco kilos menos de lo que debería pesar.

— Desde donde estoy yo, parece que pesas mucho más.

Sunny se incorporó rápidamente, lo agarró de un brazo y, no sin esfuerzo, consiguió levantarlo.

— Puedes encargarte de las patatas fritas.

— ¿Puedo?

— Seguro que sí — y para demostrarle la confianza que tenía en él, lo tomó de la mano y se lo llevó a la cocina— . Todo lo que necesitas está en la nevera. ¡Dios mío, sí que hace frío aquí! Toma — abrió el frigorífico y le lanzó una bolsa de patatas congeladas— Solo tienes que ponerlas en una sartén y calentarlas en el horno.

— Ah — aunque tenía algunas nociones sobre el funcionamiento de un antiguo

horno, ignoraba lo que era una sartén.

— Las sartenes están... allí abajo — señaló vagamente el armario antes de ponerse a revolver entre los cacharros de cocina. Cocinar no figuraba en la lista de sus aficiones favoritas, pero en aquel momento estaba dispuesta a esforzarse todo lo posible— Toma, usa esta misma — le tendió una pieza metálica, ennegrecida por el fuego.

«La sartén», dedujo Jacob. Y se puso manos a la obra.

— Supongo que existe la posibilidad de que tomemos café.

— Por supuesto. Siempre guardo una provisión de reserva — silbando, echó un mazacote de comida congelada en una cazuela y lo puso a calentar a fuego lento— Por fin comida caliente, de verdad... ¿Sabes? No aprecias el valor de las pequeñas cosas hasta que no las echas en falta. No entiendo cómo podía arreglárselas la gente antes de la invención de la electricidad. Imagínate tener que calentar agua o freír algo sobre un fuego de leña.

Pero Jacob estaba distraído contemplando asombrado la resistencia eléctrica de la cocina, que ya se había puesto al rojo vivo.

— Asombroso — pronunció.

— Me temo que esas patatas nunca se harán si no las frías antes.

— Ah, sí.

En aquel momento habría dado un año entero de su vida por poder disponer del centro nutritivo de su laboratorio. .

— ¿Pasas mucho tiempo cocinando? — le preguntó Sunny, a su espalda.

— No.

— No me extraña — al ver que se quedaba inmóvil, mirándolo todo sin hacer nada, encendió el horno y metió la sartén con las patatas— . Tardarán diez, quizá quince, en hacerse.

— ¿Segundos?

— Qué optimista. Minutos — le dio una palmadita en una mejilla— . ¿Por qué no te das una ducha? Te sentirás mejor. Esto estará casi terminado para cuando hayas salido.

— Gracias — mientras subía las escaleras, pensó que aquel era el gesto más amable que había tenido Sunny con él hasta el momento.

Dedicó una buena cantidad de tiempo a maldecir los ridículamente arcaicos artefactos de la ducha. Pero ella tenía razón. Se sentía muchísimo mejor cuando terminó de ducharse. Utilizó su ultrasonido para afeitarse. Tomó luego su dosis diaria de fluoratine para los dientes y, sin poder evitarlo, se dedicó a curiosear en el pequeño armario de baño.

Aquello era el sueño dorado de cualquier científico. Un verdadero tesoro. Lociones, ungüentos, cremas, polvos. Una mirada a las hojas de afeitar le provocó un estremecimiento. El cepillo de dientes le arrancó una sonrisa. Había una crema que tenía un nombre exótico. Cuando la abrió para olerla, reconoció de inmediato su aroma. Era el de Sunny. No perdió el tiempo en volver a colocar el frasco donde estaba.

También había píldoras: las había para el dolor de cabeza, los dolores musculares, los resfriados... Pensó en recoger una muestra de cada. Había una pequeña caja de plástico con un anillo de pastillas que no llevaban nombre ni indicación alguna. Dado que faltaban cerca de la mitad, supuso que Sunny las tomaría regularmente. Eso lo dejó preocupado. No le gustaba pensar que pudiera estar enferma. ¿Cómo podría preguntarle por esa medicación sin que ella se lo tomara a mal o despertara sus sospechas?, se preguntó mientras volvía a colocar la caja en su sitio.

Bajó las escaleras. Todavía no sabía lo que había hecho exactamente con aquel mazacote de comida congelada, pero olía deliciosamente bien. Y también olía a café. Nada más entrar en la cocina, Sunny le tendió una taza.

— Gracias.

— De nada.

Tomó un sorbo, observándola detenidamente por encima del borde de la taza. Su rostro tenía un saludable color. Parecía gozar de una estupenda salud. De hecho, no podía recordar haber visto a nadie con tan buena salud. Ni tan excitante.

— Cuando me miras así, me siento como un germen bajo la lente de un microscopio.

— Perdona. Solo me estaba preguntando cómo te sentías.

— Oh, un poquito entumecida, y hambrienta, pero bien en general — ladeó la cabeza—. ¿Y tú?

— Perfectamente. Bueno, como me dolía un poco la cabeza... — pronunció, súbitamente inspirado— ... tomé una de tus píldoras.

— Está bien.

— Tomé las de una pequeña caja azul, unas que no estaban marcadas...

Sunny abrió mucho los ojos y soltó una carcajada.

— Dudo que te sirvan de algo, la verdad.

— Pero tú sí que las tomas, ¿verdad?

En esa ocasión, Sunny cerró los ojos y sacudió la cabeza.

— Dios mío, y se considera un científico — murmuró— Sí, puede decirse que las tomo. Es mejor ser previsora que luego lamentar las consecuencias, ¿no te parece?

Perplejo y confundido, asintió con la cabeza.

— Claro.

— Sentémonos.

Sirvió generosamente dos platos y colocó al lado un cuenco con las patatas fritas. Durante un buen rato no volvió a decir nada.

Jacob vio que espolvoreaba su comida con unos extraños granos, blancos y cristalizados, y la imitó, para experimentar. Sal. Aunque el sabor era maravilloso, resistió la tentación de ponerse más. Se preguntó si Sunny tendría la presión alta.

— Supongo que, después de todo, sobreviviremos — comentó ella.

Jacob no estaba muy seguro de lo que estaba comiendo, pero a pesar de todo también esperaba salir con vida de aquella tesitura. Y no podía negar que la comida estaba deliciosa.

— Ha dejado de nevar.

— Sí, ya me he dado cuenta. Escucha, detesto decirte esto, pero me alegro de que estés aquí. No me habría gustado pasar sola estos dos días de tormenta.

— Bueno, tú eres una mujer muy autosuficiente.

— Pero es mejor tener cerca alguien con quien discutir. Oh, por cierto, antes no te lo he preguntado... ¿piensas quedarte hasta que vuelvan Cal y Libby? Quizá tarden semanas en regresar.

— He venido a verlo. Esperaré lo que haga falta.

Sunny asintió, arrepintiéndose de lo mucho que le había gustado su respuesta. Se estaba acostumbrando demasiado a su compañía.

— Supongo que estarás en condición de tomarte todo el tiempo libre que quieras.

— Podría decirse que tiempo es precisamente lo que me sobra. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte tú aquí?

— No estoy segura. Ya es demasiado tarde para que me matricule este semestre en la facultad. He pensado en escribir a varias universidades. Quizá lo intente en la Costa Este. Sería un saludable cambio — le lanzó una rápida y algo vacilante sonrisa—. ¿Tú crees que me gustaría Filadelfia?

— Creo que sí — se preguntó cómo podría describírsela, para que lo pudiera comprender—. Es muy bonita. El casco histórico está muy bien conservado.

— La Campana de la Libertad, la casa de Ben Franklin, todo eso, ¿verdad?

— Sí. Algunas cosas duran para siempre, a pesar de los cambios que se operan a su alrededor — pronunció, aunque no podía decirse que eso le hubiera importado gran cosa antes—. Las parques son magníficos y en verano se llenan de niños y estudiantes. El tráfico es terrible, pero eso es algo a lo que hay que habituarse. Desde lo alto de los grandes edificios puedes ver la ciudad entera, el movimiento, lo viejo y lo nuevo.

— La echas de menos.

— Sí. Más de lo que creía — pero la estaba mirando a ella, solamente a ella—. Me gustaría enseñártela.

— A mí también me gustaría. Quizá podrías convencer a Cal y a Libby de que fueran allí. Así podríamos tener una gran reunión familiar — vio que su expresión cambiaba de inmediato, e instintivamente le puso una mano sobre la suya—. ¿Qué sucede? ¿He dicho algo malo?

— No.

— Estás furioso con él — murmuró Sunny. — Es algo personal.

Pero ella no estaba dispuesta a renunciar. Jacob no era el idiota gruñón que al principio había pensado que era. Simplemente se sentía confundido, trastornado por algo.

— J.T. estoy segura de que comprendes que es absolutamente injusto culpar a Cal de haberse enamorado y casado. Y de haber decidido empezar una nueva vida aquí.

— No es tan sencillo.

— Por supuesto que lo es — se prometió que, en esa ocasión, no perdería la paciencia— Ambos son adultos, con capacidad para tomar sus propias decisiones.

Además, se llevan maravillosamente bien. De verdad. Yo los he visto juntos. Tú no.

— En eso tienes razón.

— Eso no es culpa de nadie pero... — se contuvo, apretó los dientes y continuó, ya más tranquila— Lo que estoy intentando decirte es que yo no conocía a Cal antes de que formara parte de nuestra familia, pero sé cuándo una persona es feliz y cuándo no lo es. El lo es. Y en cuanto a Libby... Cal la ha hecho cambiar. Siempre había sido tan tímida, tan retraída... Pero con Cal es como si hubiera florecido. Quizá no sea nada fácil asumir que la persona a la que quieres tiene un amor que está por encima de todo... pero, cuando es cierto, hay que resignarse.

— Yo no tengo nada en contra de tu hermana — o, si lo tenía, por el momento prefería guardárselo para sí mismo— Pero tengo intención de hablar con Cal acerca del cambio tan grande que ha impreso a su vida.

— Mira que eres cabezota.

— Sí — le sonrió, contemplando deleitado su gesto de desafío— Yo diría que los dos los somos.

— Al menos yo no voy por ahí husmeando en los asuntos de otras personas.

— ¿Ni siquiera en los de las señoras entradas en carnes que se empeñan en torturarse con bodys varias tallas menores que la suya?

— Eso es algo completamente distinto — resoplando de irritación, retiró a un lado su plato— Puede que sea un poco cínica, pero creo en el amor.

— Yo no he dicho que no crea.

— ¿Ah, sí? — sonrió, porque estaba segura de haberlo acorralado— . Entonces supongo que no te seguirías entrometiendo si te convencieras de que Cal y Libby están enamorados.

— Si ese fuera el caso, difícilmente podría hacerlo. Pero si no estuvieran enamorados... bueno, ya veríamos lo que pasaba.

— ¿Sabes? Podría echarte de aquí y enviarte ahora mismo de regreso al bosque, y dejar que te congelases en tu saco de dormir.

— Pero no lo harás — alzó hacia ella su taza de café, a modo de brindis— . Porque, debajo de esa apariencia tan dura y quisquillosa, se oculta un gran corazón.

— Podría cambiar.

— No, no podrías. La gente no cambia de buenas a primeras — de pronto, en un impulso, se inclinó para tomarle una mano. Era un gesto que no hacía a menudo, pero no pudo evitarlo— . Sunny, yo no quiero hacerle daño a tu hermana. Ni a ti tampoco.

— Pero nos lo harás. Si nos interponemos en tu camino.

— Si — pensativo, le volvió la mano. Era pequeña y sorprendentemente fina y delicada para alguien que sabía golpear tan bien— Tú quieres muchísimo a tu familia. Yo también a la mía. Mis padres... han intentado entender la decisión de Cal, pero para ellos es difícil. Muy difícil.

— Pero si lo único que tienen que hacer es verlo por sí mismos para entenderlo...

— No puedo explicártelo — la miró a los ojos— . Ojalá pudiera. Ojalá pudiera decirte más de lo que puedo decirte.

— ¿Estás metido en algún problema?

— ¿Qué?

— Que si estás metido en algún problema — repitió, apretándole a su vez la mano—. Con la ley, o algo parecido.

Impresionado, Jacob no retiró la mano. Una expresión preocupada se reflejaba en sus enormes ojos... por él. No podía recordar haberse sentido nunca más conmovido.

— ¿Por qué has pensado eso?

— La forma en que viniste aquí, tan extraña... Y tu comportamiento. No sé cómo explicarlo. Es como si... como si aquí estuvieras fuera de lugar...

— Quizá lo esté — en otras circunstancias esa situación le habría parecido divertida, pero no sonrió ni por un momento. Si no hubiera estado tan seguro de que al final se arrepentiría de ello, en aquel instante la habría estrechado entre sus brazos. La habría abrazado. Así, sin más— No estoy metido en ningún problema, Sunny. Al menos no en el sentido al que te has referido tú.

— ¿Y no has estado por casualidad... — procuró encontrar la palabra más suave para abordar un asunto tan delicado— ... enfermo?

— ¿Enfermo? — la miró, perplejo, hasta que de repente comprendió— Creías que yo estaba... — en esa ocasión sí que sonrió, y la sorprendió a ella, y a sí mismo, al llevarse su mano a los labios—. No, no he estado enfermo, ni física ni psíquicamente. Simplemente he estado muy ocupado — cuando ella intentó retirar la mano, se la retuvo—. ¿Tienes miedo de mí?

— ¿Por qué debería tenerlo? — replicó Sunny. El orgullo siempre había sido su punto fuerte

— Buena pregunta. Sospechabas que yo estaba... — hizo un gesto vago— ... desequilibrado. Y sin embargo dejaste que me quedara en la cabaña. Incluso me diste de comer.

La desacostumbrada ternura de su tono la hizo sentirse algo incómoda.

— Probablemente habría hecho lo mismo por un perro enfermo. No es para tanto.

— Yo creo que sí — cuando Sunny se apartó de la mesa, Jacob se levantó con ella—. Sunbeam.

— Te dije que no...

— Hay veces en que resulta irresistible. Gracias.

En ese momento se sentía ya más que incómoda.

— De acuerdo. Olvídalo.

— No creo que pueda — con el pulgar le acarició suavemente los nudillos—. Dime una cosa. Si yo te hubiera dicho que me encontraba en problemas, ¿me habrías ayudado?

— No lo sé. Depende.

— Creo que lo habrías hecho — le tomó las dos manos— La bondad, especialmente para alguien que se encuentra lejos de casa, es algo precioso y muy escaso. No lo olvidaré.

Sunny no quería acercarse tanto a él. Ni sentirse tan atraída. Pero cuando la

miraba como lo estaba haciendo en aquel preciso instante, con aquella serena ternura, flaqueaba en su decisión. Se volvía débil. Y nada le resultaba más aterrador que la debilidad.

— Bien — luchando contra el pánico, liberó las manos— Entonces podrás devolverme el favor lavando los platos. Voy a salir a dar un paseo.

— Iré contigo.

— No...

— Dijiste que no me tenías miedo.

— Y no te lo tengo — suspiró— . De acuerdo, vamos.

Nada más abrir la puerta, el frío le cortó el aliento. El viento había cesado y el sol asomaba entre las nubes, pero el aire era como hielo vaporizado. Le serviría para despejarse la cabeza, pensó Sunny. Por un instante, en la cocina, cuando la había mirado tan intensamente a los ojos, sintió como si... No sabía lo que había sentido. Y tampoco quería saberlo.

Lo que quería era caminar, aunque fuera con la nieve hasta las rodillas. Otra hora de confinamiento y se habría vuelto loca. Quizá fuera eso lo que acababa de sucederle allí, con él. Un momento de locura.

— Es precioso, ¿verdad?

Sunny se detuvo en lo que era el jardín trasero, contemplando la inmensa planicie helada, salpicada de árboles.

— Siempre he preferido este paisaje en invierno. Oh, vaya, me olvidé de la comida de los pájaros. Espera.

Se volvió y empezó a abrirse paso por la nieve. Jacob pensó que se movía más como una bailarina que como una atleta. Con una fluida gracia. Le preocupaba darse cuenta de que habría sido capaz de pasar horas y horas contemplándola. Poco después volvió arrastrando un enorme saco.

— ¿Qué vas a hacer con eso?

— Dar de comer a los pájaros — jadeaba por el esfuerzo, pero seguía caminando— En esta época del año necesitan de toda la ayuda que puedan conseguir.

— Déjame hacerlo a mí.

— Soy fuerte.

— Ya lo sé. Pero déjame hacerlo a mí.

Jacob se cargó el saco a la espalda y la siguió.

— Yo creía que no eras una amante de la naturaleza.

— Eso no significa que vaya a dejarlos morir de hambre — respondió. — Además, se lo había prometido a Libby.

Finalmente Sunny se detuvo al lado de un árbol y se dedicó a llenar un gran comedero de madera y cristal con parte de las semillas del saco.

— Ya está — se sacudió los guantes— . ¿Quieres que lo cargue yo de vuelta?

— No, yo lo haré. Lo que no entiendo es por qué un pájaro que se preciara mínimamente de serlo habría de venir aquí, a este lugar en medio de ninguna parte...

— Bueno, nosotros también estamos aquí, ¿no? — replicó mientras él volvía a

levantar el saco.

— Eso tampoco lo entiendo.

Detrás de él, Sunny se sonrió. Y, aprovechando la oportunidad que se le presentaba, empezó a hacer bolas de nieve. Cuando ya llevaba acumulada una buena cantidad de munición, y Jacob acababa de descargar el saco, le lanzó una bola a la cabeza.

— ¡Toma!

Jacob se limpió la nieve de los ojos.

— Antes jugamos, y perdiste.

— Eso era el póquer — blandió otra bola— . Esto es la guerra. Y en la guerra no sirve la suerte, sino la habilidad.

Jacob esquivó otro proyectil, maldiciendo entre dientes cuando estuvo a punto de perder el equilibrio. La siguiente bola hizo impacto en su pecho.

— Creo que debo advertirte de que llegué a ser la mejor lanzadora de béisbol de la universidad.

Una nueva bola lo alcanzó en el hombro, pero para entonces Jacob ya estaba preparado. En un movimiento que ella no pudo menos que admirar, replicó con un lanzamiento rápido y preciso. Tampoco se sintió en la obligación de confesarle que, durante tres años, había capitaneado el equipo intergaláctico de béisbol.

— No está mal, Hornblower — Sunny le lanzó otras dos bolas, y la segunda lo sorprendió mientras esquivaba la primera. Le llenó el abrigo de nieve. Otra bola particularmente bien lanzada estuvo a punto de estrellarse contra su gorro.

Antes de que su montón empezara a menguar, ya iba ganando por ocho aciertos contra dos y se estaba confiando. Por eso no se dio cuenta de que Jacob había acortado la distancia que los separaba.

Cuando Jacob recibió un bolazo en la cara, Sunny se dobló sobre sí misma, desternillándose de risa. Soltó un chillido cuando él la agarró de las axilas y la levantó en vilo.

— Mala estrategia la tuya — comentó antes de dejarla caer de cara al suelo.

Sunny rodó por el suelo, escupiendo nieve.

— De todas formas he ganado yo.

— A mí no me lo parece.

Sunny le tendió la mano. Jacob vaciló por un segundo. Ella sonrió. En el preciso instante en que él le ofreció su mano, Sunny se sirvió de todo su peso para derribarlo.

— ¿Y ahora qué te parece?

— Empatados.

Jacob la agarró por los hombros y los dos empezaron a forcejear, riendo. Sin aliento, Sunny intentó hacerle una llave, pero él se la adelantó y la volteó contra el suelo.

— Muy hábil — jadeó. Luego, sin previo aviso, se abalanzó hacia él y fue ella quien terminó derribándolo. Sentada encima, le aplastó la cara contra la nieve.

— Di «me rindo».

Jacob dijo algo bastante más grosero que eso, y a Sunny le entró un ataque de risa tan fuerte que a punto estuvo de soltarlo.

— Vamos, J.T., un hombre de verdad sabe admitir su derrota.

— Tienes que darme la revancha — rezongó.

— Si te doy la revancha, los dos nos moriremos de frío — interpretando su gruñido como asentimiento, lo ayudó a volverse. Pero seguía sentada encima—. No te defiendes mal, para ser un científico.

— En un espacio cerrado, no tendrías la menor oportunidad.

— El caso es que yo he quedado arriba.

— Ojalá pudieras verte la cara — sonrió—. Hasta las pestañas las tienes blancas.

— Y las tuyas también — alzó una mano, con el guante lleno de nieve, y se la pasó por la cara—. ¿No ves?

— Maldito.... Bueno, creo que ya está bien. Será mejor que vayamos a buscar más leña — apoyó una mano en el suelo para levantarse, pero resbaló y aterrizó sobre su pecho—. ¡Uy! Perdona.

— No pasa nada. Todavía me quedan algunas costillas.

La había abrazado. Su rostro estaba muy cerca del suyo. Sunny sabía que era un error quedarse así, en aquella postura, aunque solo fuera por un momento. Pero no se movió. Poco después dejó de pensar. Y besarlo en los labios le pareció de repente lo más natural del mundo.

Besarlo fue como zambullirse de cabeza en el lago helado de una montaña. Fue igual de excitante, de estimulante. Y de arriesgado. Se oyó a sí misma suspirar de placer, antes de renunciar a sus últimas precauciones y concentrarse en profundizar el beso.

Sunny le cortaba la respiración. Lo debilitaba. La pérdida de todo control no significaba nada. El control estaba destinado a desaparecer frente a la pasión. Pero aquello... aquello era diferente. Mientras los labios de Sunny le abrasaban la boca, sintió que la voluntad y la fuerza lo abandonaban. Y no pudo pensar en nada que no fuera ella.

Las mujeres con las que había estado antes que ella no eran nada. Sombras, fantasmas. De repente comprendió que nunca habría más mujeres después que ella. Sunny, en aquel preciso instante, se había apoderado de su vida. La había rendido, invadido. Consumido.

Estremeciéndose, subió las manos hasta sus hombros. Estaba preparado, decidido a apartarla. Pero sus dedos se tensaron aún más, y su necesidad no hizo sino incrementarse.

Había como una especie de ansia, de rabia en él. Sunny podía sentirla, porque también estaba creciendo en su interior. Una furia. Una avidez insaciable. Con su boca, solo con su boca, la estaba arrastrando hasta el límite entre el cielo y el infierno. Tan cerca, pensó, que podía sentir las llamas lamiéndole la piel, tentándola a dejarse consumir por aquel fuego. Y temía no poder quedarse nunca satisfecha con menos.

Alzó la cabeza lentamente. La sorprendió descubrir lo mareada que estaba, la

forma en que se le había acelerado la respiración. Solo había sido un beso, se recordó. Un beso, por muy apasionado que fuera, no podía cambiar una vida. Aun así, lo que ella quería era distancia, apartarse rápidamente de él, para que pudiera convencerse de que seguía siendo la misma persona que antes.

— Realmente tenemos que ir por esa leña — consiguió pronunciar. De pronto temió no poder mantenerse de pie. No le sentaría nada bien a su orgullo tener que arrastrarse hasta la cabaña. Cautelosa, se apartó de él rodando a un lado. Luego, aprovechando hasta la última gota de fuerza de voluntad que le quedaba, se incorporó. Mientras se sacudía la nieve del abrigo, ansió desesperadamente que él dijera algo. Cualquier cosa.

— Mira.

Sunny se volvió, recelosa. Pero él solo le estaba señalando el comedero de pájaros, donde unas pocas aves ya estaban disfrutando de su desayuno. Eso la ayudó a relajarse un tanto.

— Bueno, ya he cumplido mi deber para con ellos — estremeciéndose repentinamente de frío, añadió— Me vuelvo a la cabaña.

No volvieron a hablar mientras recogían leña para acarrearla a la leñera. Sunny ahogó el deseo de saborear una taza de té bien caliente. Quería estar sola. Quería pensar.

— Me voy a duchar.

— Bien — repuso Jacob sin volverse, inclinado sobre la chimenea.

Esperó a oírla subir las escaleras antes de incorporarse. Aquella mujer lo estaba volviendo loco. Era muy probable que aún estuviera seriamente desorientado por su viaje espacial. Lo único que necesitaba era un poco más de tiempo para adaptarse. Y lo mejor sería que se tomara ese tiempo a bordo de la nave, lejos de Sunny.

Lanzó una larga y pensativa mirada a su alrededor. Le había prometido que fregaría los platos. Sería interesante probar la experiencia.

En el piso superior, Sunny se quitó la ropa dejándola descuidadamente en el suelo. Desnuda, abrió el grifo de la ducha y esperó a que el agua saliera bien caliente. Luego se metió bajo el chorro, suspirando de placer.

«Mejor», se dijo. Esa era, ciertamente, una manera mejor de calentarse la sangre que besando a Jacob. ¿O no? No. Apoyó la frente contra la pared de azulejo y cerró los ojos mientras el agua resbalaba por su cuerpo. Quizá hubiera estado rematadamente loca cuando lo besó, pero nunca en toda su vida se había sentido tan viva. Y, al menos por esa ocasión, no podía echarle la culpa a él. Era ella quien había llevado la iniciativa. Lo había mirado a los ojos y había descubierto que era el hombre de su vida.

¿Pero cómo podía ser? Apenas lo conocía, y ni siquiera confiaba en él. Durante la mitad del tiempo que llevaba de conocerlo, Jacob la había irritado y disgustado. Pero... pero durante la otra mitad había tenido miedo de estar enamorándose de él. Aquello era absolutamente irracional.

Mientras se echaba champú en la palma de la mano, intentó pensar. Ella era una

mujer práctica. Hasta el momento, había sido perfectamente capaz de cuidar de sí misma. Los problemas, incluso los emocionales, siempre debían ser superados. Si se estaba enamorando, se resignaría a ello. El truco consistía en no hacer nada precipitado.

Precaución, sentido común y control: eso era lo que necesitaba. Guardaría una prudente distancia con Jacob hasta llegar a conocerlo mejor, hasta estar bien segura de sus sentimientos. Sí, eso era lo razonable. Ya más confiada, se aclaró el pelo.

Sí, profundizaría y analizaría sus propios sentimientos. No tenía sentido negar que Jacob era un tipo muy extraño. Interesante, ciertamente, pero distinto, diferente a los demás hombres. Cerró el grifo. Tendría que arreglárselas con él. Hasta el momento, se había relacionado más o menos satisfactoriamente con los hombres. Y con aquel no iba a hacer una excepción.

Después de secarse y de envolverse en una toalla, salió al pasillo.

Había disfrutado fregando. Era el tipo concreto de tarea que necesitaba para relajar la mente. Y el cuerpo. Además de que aquella distracción le había permitido contemplar el problema de Sunny con cierta perspectiva. El hecho de que se sintiera atraído por ella era algo natural, incluso primario. Pero él era lo suficientemente inteligente como para controlar sus necesidades más básicas. Sobre todo cuando le estaban creando semejantes complicaciones.

Sunny era hermosa, deseable, pero también era inalcanzable. La idea de conquistarla había sido un error desde el principio. En aquel momento se daba perfecta cuenta de que un encuentro físico con ella no sería nada sencillo. Solo sería problemático. Y Jacob podría resolver aquel problema por los dos recogiendo sus cosas y pasando la mayor parte del tiempo a bordo de la nave. Cuando Cal regresara, lo convencería de que había cometido un grave error. Luego regresarían a casa, a donde pertenecían. Y ese sería el final de la historia.

O debería haberlo sido. Pero no. Porque cuando subió las escaleras y se encontró con Sunny saliendo del baño, se quedó sin aliento. Se estaba sujetando una toalla encima de los senos, con las dos manos. Los dedos de Jacob se cerraron con tanta fuerza sobre la barandilla, que por un instante se sorprendió de que no se hubiera roto.

Un encuentro poco oportuno: los dos pensaron lo mismo. O quizá el más oportuno de todos. La ocasión perfecta.

Fue hacia ella lenta, sigilosamente. Inevitablemente. En sus ojos Sunny vio reflejadas sus propias necesidades. El reflejo de un deseo, crudo y violento, que hasta entonces ella se había negado a reconocer. Incluso ahora, enfrentada a ese deseo, ansiaba negar su existencia. Al menos, con tanta intensidad.

Podía haber alzado una mano, haber pronunciado una simple palabra. No. Quizá eso lo habría detenido. O quizá no. Pero no dijo nada. Se limitó a clavar los ojos en los suyos, en silencio.

Jacob no la tocó. Al menos al principio. Una parte de su ser ansiaba dar marcha atrás y continuar con los planes que se había trazado. Ella era un retraso, una peligrosa distracción que podía consumirlo. Pero, al mirarla, al ver aquellos ojos de oscura y penetrante mirada, sabía que eso era imposible. Que ya había quemado las naves a su espalda.

Le acarició el rostro. Lo acunó entre sus manos, lo moldeó, delineando todos sus ángulos y contornos, como si lo estuviera memorizando para siempre. Para recordarla durante toda la vida como era en aquel preciso instante, para recordarla por encima de todos los siglos que los separaban.

La oyó contener el aliento, y luego soltarlo. Sintió el leve y delicado temblor de su pasión contenida. Y durante todo el tiempo la estuvo observando, analizando la mirada que veía en sus ojos, en parte de miedo, en parte de desafío. Resistirse ante ella resultaba tan imposible como detener a voluntad los latidos de su propio corazón.

Sunny, por su parte, tampoco dejaba de mirarlo. No pudo evitar un jadeo de temor cuando Jacob le alzó la cabeza, echándosela hacia atrás. Entreabrió los labios invitadoramente mientras él se inclinaba hacia ella, cada vez más cerca.

Con su boca apenas a unos centímetros de la suya, Jacob se detuvo de pronto, esperando. Aquello nada tenía que ver con la vacilación. Había tanto desafío en su expresión como en la de ella. Hasta que Sunny imprimió un leve balanceo a su cuerpo, yendo a su encuentro y cubriendo la distancia que los separaba.

— Sí — pronunció.

Ninguna otra palabra habría podido inflamar más su deseo. Ningún elaborado ejercicio de seducción habría podido romper las últimas cadenas de su control. Y por fin pudo saborear la maravilla de sus labios. Su boca era como un oasis. Un oasis salvador entregándose a un hombre a punto de morir de sed bajo el sol del desierto. Satisfacía y provocaba a la vez, prometía al tiempo que demandaba. Era rica y sabrosa como la miel derretida, y aderezada con una pizca de riesgo. Un riesgo que endulzaba aún más la recompensa.

Las manos de Sunny habían quedado atrapadas entre sus cuerpos, sujetando todavía el borde de la toalla. Manos que flexionaban los dedos, impacientes, no tanto por liberarse sino por tomar lo que él le estaba ofreciendo. Por fin se deslizaron libres por su ancho pecho, acariciando, explorando.

Antes de que pudiera darse cuenta, Jacob la alzó en brazos. Con músculos duros como el acero, la estrechó contra sí y se dirigió al dormitorio. Sunny ya estaba

luchando por quitarle el suéter cuando ambos cayeron en la cama. Con un movimiento frenético, la despojó de la toalla y le tomó las manos entre las suyas, entrelazando los dedos. Un rayo de luz se derramó sobre su cuerpo desnudo. Allí estaba, esbelta, perfecta. Poderosa con una fuerza que radicaba en su propia feminidad. Y mientras Jacob la miraba extasiado, absorto, ella comenzó a temblar.

Tenía el cabello húmedo, peinado hacia atrás. En aquel instante, al igual que cuando se enfurecía, el color de sus ojos se había tornado oscuro, de un gris humo.

Sin soltarle todavía las manos, se inclinó para besarla. Sunny se arqueó hacia él, ávida de su contacto. Cuando aquel beso destiló el mismo efecto que una droga, forcejeó para liberarse. Pero Jacob se lo impidió, implacable, como temiendo perder todo poder sobre ella una vez que la soltara. No para dominarla, sino para complacerla e incrementar su placer, la retuvo cautiva.

Sunny gimió al sentir el leve roce de su suéter contra su piel desnuda. Quería sentir su piel contra la suya. Quería sentir sus manos en su cuerpo, y las suyas en el suyo. Pero Jacob parecía querer servirse solamente de su boca para desquiciarla de deseo. Rápida, casi salvajemente, comenzó a deslizar los labios por su cuerpo: su cara, su cuello, sus hombros. Gimió su nombre, retorciéndose frenéticamente, pero él seguía acariciándola sin cesar, implacable.

Beso a beso fue rodeando sus senos. Luego se llevó un pezón a los labios, lamiéndolo y succionándolo. Había estado antes con muchas mujeres, pero aquellos aromas y aquellos sabores eran tan nuevos, tan sugerentes, que estaba seguro de que jamás quedaría satisfecho. Era perfecta. Y quería saborearla por entero, todo su ser.

— Jacob — gimió de nuevo — . Déjame...

Pero aquellas palabras terminaron en un sofocado grito de asombro.. Creía estar volando, como si sus pensamientos y sensaciones se hubieran enredado en una confusa maraña. Todavía conservaba las manos entrelazadas con las suyas. Jadeando, cerró los ojos. Si aquello era placer, placer verdadero, entonces nunca antes lo había experimentado. Si aquello era pasión, ahora comprendía por qué una mujer podía morir por ella.

Aturdida, abrió los ojos. La expresión triunfal que vio en los suyos le aceleró el corazón.

— No puedo... yo no he....

— Puedes, y lo harás. Otra vez — y la observó, ávido, deleitándose con sus gemidos.

Sunny se estremeció violentamente. Cada convulsión de su cuerpo arrastraba más y más a Jacob al otro lado de la frontera de la razón, de la cordura. Hasta que al fin le soltó las manos.

— Tócame.

No sabía si Jacob había llegado a pronunciar esa palabra o si aquel deseo se había visto reflejado en su mente. Alzó los brazos para atraerlo hacia sí. Y su boca fue al encuentro de la suya.

Poco a poco fue sacando fuerzas de flaqueza, recuperándose de su anterior

debilidad. Una nueva clase de desesperación la impulsó a despojarlo de su suéter. Y comenzó a acariciarlo y a explorarlo con la misma meticulosidad que Jacob había exhibido con ella. Catapultada por un ansia insaciable, rodó con él por la cama, su boca fundida con la suya, manipulando sus vaqueros con dedos frenéticos hasta encontrar su piel cálida, ardiente.

Jacob nunca había experimentado nada parecido. Aquella mujer lo llenaba por completo, en cuerpo y alma. Era todo lo que había soñado encontrar en alguien sin haberse dado cuenta de que lo había soñado. Mientras Sunny deslizaba sus labios por su cuerpo, desgarrados gemidos escaparon de su garganta, incontenibles, con el deseo convertido en una pura rabia.

Una y otra vez rodaron por la cama, librando una guerra particular salpicada de besos, roces, caricias. Enloquecido de placer, la agarró firmemente de las caderas. Pero ella se dirigía a su encuentro, deseosa de recibirlo en su interior.

Su anhelo no tardó en verse satisfecho, y enredó las piernas en torno a su cintura. Jacob clavó los dedos en las sábanas. De repente se descubrió a sí mismo navegando a través del espacio y del tiempo. Y, a partir de entonces, solo pudo pensar en una cosa: que ella lo acompañaba en aquel viaje.

Yacía en la cama, lánguida y relajada, con la cabeza de Jacob reclinada entre sus senos. Le pesaba su cuerpo. Pero no le importaba. Le parecía perfectamente normal que pudiera pasar el resto de su vida así, en aquella posición, escuchando el rítmico rumor de su respiración acompañado del leve crujido de la nieve al derretirse bajo el sol.

Así que eso era el amor. Hasta ese momento no había tomado conciencia de que era precisamente eso lo que había estado esperando toda la vida: Lo había estado esperando sin saberlo, sin imaginarlo siquiera. Hasta entonces, la idea de compartir una vida, o de necesitar compartirla porque no pudiera imaginarse a sí misma viviendo sin una determinada persona, le había parecido simplemente una estupidez romántica, absurda.

Pero ya no.

Y Jacob era un hombre tan maravilloso... Fuerte e inteligente. Tenaz y testarudo. Exactamente el tipo de hombre que necesitaba. Sí. A su lado, sería enormemente feliz. Con una sonrisa, se sorprendió a sí misma acariciándole tiernamente el cabello. Y después de soltar un leve suspiro, se obligó a detenerse. ¿Qué hacía una mujer como ella experimentando una ternura semejante? Comprendía la pasión. O, al menos ahora, sí que la comprendía. ¿Pero qué significaba aquella aterradora e inefable sensación, aquella dependencia, aquella necesidad de venerar, atesorar y simplemente amar a aquel ser? ¿Cómo reaccionaría un hombre como Jacob Hornblower ante aquel torrente de emociones?

Antes la había despreciado, desdeñado. Cerrando los ojos, admitió que ella misma lo había despreciado apenas unas cuantas horas antes. Pero todo había cambiado. «Para ella», precisó Sunny. Si era sincera, tendría que aceptar el hecho de que había empezado a enamorarse de Jacob desde el primer momento en que se enfrentó con él,

dispuesta a luchar, en aquella misma habitación.

Pero Jacob... Sabía que tenía un caparazón muy duro. Romperlo, descubrir el ser tierno, sensible y generoso que se escondía debajo constituiría una tarea muy difícil. Requeriría esfuerzo, pero eso no era ningún problema. La paciencia, por el contrario, sí.

Ajeno al rumbo de los pensamientos de Sunny, Jacob volvió la cabeza y le besó la curva de un seno.

— Tu sabor — murmuró. — ¿Mmmm?

— Tu sabor me da hambre — sonrió—. Así es como más me gustas — se incorporó sobre un codo, contemplando deleitado su rostro—. Desnuda y en la cama.

— Una típica actitud machista — deliberadamente deslizó los dedos por su cadera desnuda, y vio aparecer un oscuro brillo de deseo en sus ojos— Aunque creo que yo también te prefiero a ti en el mismo estado.

— Menos mal que al final nos hemos puesto de acuerdo en algo — se apartó levemente para poder delinear el contorno de sus labios con la punta de la lengua—. Me gusta tu boca, Sunbeam. Es obstinada y sexy a la vez.

— Yo podría decir lo mismo de la tuya.

— Otra cosa en la que estamos de acuerdo.

— Un nuevo récord — capturó su labio inferior entre los dientes— Podemos seguir tentando a la suerte. ¿Qué más te gusta de mí?

— Tu... — su sonrisa se amplió— ... energía.

— Otro éxito.

Jacob se echó a reír y profundizó el beso.

— Tu cuerpo — añadió—. Definitivamente me gusta tu cuerpo.

— Esto es insólito, J.T. No te detengas.

Jacob desplazó su atención al lóbulo de su oreja.

— Bueno, supongo que, dadas las circunstancias, puedo confesarte que encuentro tu mente bastante... fascinante.

— Fascinante — repitió, estremeciéndose deliciosamente bajo sus caricias— Una interesante elección de palabras.

— En este preciso momento, me parece particularmente adecuada. Y... — se interrumpió al descubrir un rastro de pequeñas huellas rojizas en su hombro— Vaya, te he marcado la piel — pronunció, sorprendido e incluso algo consternado. Si le hubiera hecho esas magulladuras durante la pelea, no les habría prestado demasiado atención. Pero en la cama, mientras hacían el amor... eso era distinto—. Lo lamento.

Sunny giró la cabeza para verse las huellas. No se había dado cuenta de que las tenía. Ni siquiera las había sentido.

— ¿Lo lamentas? — No vio que estaba sonriendo

— Supongo que no.

— Dadas las circunstancias — añadió ella.

— En efecto — quiso seguir hablando, hacer alguna broma, pero de repente se había quedado sin palabras. Era como si algo en aquella sonrisa, en la forma que tenía

de mirarlo, le hubiera derretido el cerebro.

«Ridículo», se dijo mientras continuaba mirándola. Absoluta y completamente ridículo. Fuera lo que fuera que estuviera sintiendo, no podía ser amor... al menos no el tipo de amor que enloquecía a los hombres y los impulsaba a tomar decisiones drásticas, de incalculables consecuencias. Era afecto. Atracción, deseo y pasión, aderezada quizá con una cierta dosis de cariño. Pero amor... no. No había espacio en su vida para el amor. Ni tiempo tampoco.

Tiempo. La realidad lo golpeó como si hubiera recibido un puñetazo. El tiempo era el obstáculo mayor de todos. Comenzó a retirarse, a poner cierta distancia entre ellos, hasta que volvió a pensar con cierta claridad. Sin dejar de sonreír, Sunny lo abrazó. Parecía que no quería dejarlo escapar.

— ¿Es que te vas a alguna parte?

— Me temo que debo de pesarte bastante.

— Pues sí — continuó sonriendo, antes de delinearle el contorno de los labios con la lengua. Y lo sintió excitarse, complacida— Albergaba la esperanza de realizar cierto experimento.

— ¿Un experimento?

— Un experimento de física — deslizó un dedo todo a lo largo de su espalda— Tú eres un experto en física, ¿verdad, J.T.?

Jacob pensó que solía serlo. Hasta ahora.

— Profesor Hornblower, para servirla en lo que guste — musitó, y enterró la cara en su cuello.

— Bueno, profesor... ¿no hay una teoría que dice que un objeto en movimiento se mantiene constantemente en movimiento?

— Efectivamente. Permítame demostrárselo...

Tenía dolorido todo el cuerpo. Pero nunca en toda su vida se había sentido tan bien. Entornó los párpados, cegada por la luz. Comenzaba otra mañana. De nuevo.

Jamás habría creído que fuera posible pasar casi un día entero en la cama, de día o de noche. Con un suspiro, se volvió para toparse con la sólida muralla del cuerpo de Jacob. Pensó que había estado muy ocupado desde el amanecer. Ocupado arrastrándola hasta las más altas cumbres del placer. Pero en aquel momento se hallaba profundamente dormido y lo que estaba ocupando era cerca del noventa por ciento del colchón, junto con sus correspondientes sábanas y mantas. Lo único que había evitado que cayera al suelo era el peso de la pierna que tenía apoyada sobre sus caderas. Y el brazo con que, descuidada y poco cariñosamente, le rodeaba el cuello.

Se movió otra vez, tropezó nuevamente con aquella muralla que se le oponía y entrecerró los ojos.

— Muy bien, amigo — musitó— Creo que ya es hora de establecer ciertas reglas. Te advierto que no tengo intención de rodar al suelo cada noche durante el resto de mi vida, ¿sabes?

Y le propinó un muy poco amoroso codazo en el estómago. Jacob maldijo entre dientes y la empujó un poco más fuera de la cama.

Sunny decidió entonces cambiar de táctica deslizando íntimamente una mano entre su muslo y la cadera de Jacob.

— J.T. — susurró, sembrando un sendero de besos por su mejilla— . Cariño.

— ¿Mmmm?

— ¿Jacob? — le mordisqueó suavemente el lóbulo de la oreja— . ¿Corazón?

Jacob emitió otro vago e indefinible sonido y le cubrió un seno con una mano. Sunny arqueó una ceja. El movimiento le había supuesto perder otros escasos pero preciados centímetros.

— Despiértate, cariño. Quiero hacer algo — suave, seductoramente, le rozó el hombro con los labios— . Algo que necesito realmente.

Finalmente ya no pudo más. Le mordió. Con fuerza.

— Oh — abrió mucho los ojos, entre irritado y perplejo— . ¿Qué diablos...?

— Si te refieres a por qué diablos te he mordido, ha sido para recuperar mi parte correspondiente de la cama — satisfecha, agarró la porción de almohada que él había dejado libre— ¿Nadie te había dicho nunca que duermes como un maldito tronco? Y además eres un ladrón de sábanas.

— Pues tú eres la primera que se queja.

Sunny se limitó a sonreír. Frunciendo el ceño, Jacob se frotó el hombro. Vio que tenía ojeras. Y eso le daba un aspecto vulnerable. Aunque el dolor que le había producido su mordisco le recordaba que no lo era en absoluto.

Dentro de aquel cuerpo fino y esbelto se ocultaba un verdadero torrente de energía. Verdaderos pozos de pasión que, estaba seguro de ello a pesar de la maratoniada jornada que habían pasado haciendo el amor, aún no estaban ni mucho menos colmados. Sunny le había hecho experimentar sensaciones que ni siquiera había sabido que existían. Sensaciones que ya estaba anhelando volver a vivir. En cierto momento de la noche se había mostrado verdaderamente insaciable e insoportablemente generosa. Solo había tenido que tocarla para provocarle una ardiente respuesta. Y ella solo había tenido que tocarlo a él para abrasarlo a su vez.

Y ahora, a plena luz del día, Sunny estaba tumbada a su lado en medio de un revoltijo de sábanas y mantas. Y la deseaba. ¿Qué diablos iba a hacer con ella? No tenía ni la menor idea.

Se preguntó cómo reaccionaría si se lo contaba todo. Volvería a pensar que estaba loco. Él, sin embargo, podría demostrárselo. Una vez que lo hiciera, ambos tendrían que enfrentarse con el hecho de que cualquier cosa que hubiera sucedido entre ellos durante las últimas veinticuatro horas era algo transitorio, que no estaba destinado a durar. Y todavía no estaba preparado para eso.

Por una vez en su vida deseaba engañarse a sí mismo. Fingir. Como mucho, solo disponían de unas pocas semanas para estar juntos. Más que muchos otros hombres, él sabía de primera mano lo muy inconstante y voluble que podía llegar a ser el tiempo. Así que lo mejor que podía hacer era disfrutar del poco que tenía.

Pero... ¿cómo podría hacerlo? Sentándose en la cama, se frotó la cara con las dos manos. No sería justo para Sunny. Sería terriblemente injusto, sobre todo si sus

impresiones no lo engañaban y ella ya se había involucrado sentimentalmente con él. Si no le revelaba la verdad, la heriría cuando todo terminara. Y si se lo revelaba ahora, la heriría antes incluso de empezar. Quizá eso fuera lo mejor.

— Estás muy callado. ¿En qué estás pensando? — le preguntó ella.

Jacob sabía que era una mujer inteligente. Él solo tenía que presentarle los hechos.

— Sunny.

— ¿Sí? — se incorporó lo suficiente para besarle el hombro que antes le había mordido.

— Quizá todo esto no debería haber sucedido — por la manera que había dejado de sonreír, comprendió que no había empezado nada bien.

— Entiendo.

— No, no lo entiendes — disgustado consigo mismo, la agarró de un brazo antes de que pudiera levantarse de la cama.

— No te preocupes por eso — le dijo, tensa—. Cuando te han despedido tan a menudo como a mí, te acostumbras a que te rechacen. Si lamentas lo que ha sucedido...

— No lo lamento — la interrumpió, tirándole del brazo.

— No vuelvas a hacer eso — un brillo de furia apareció de repente en sus ojos.

— No lo lamento — repitió Jacob, esforzándose por recuperar la calma—. Debería lamentarlo, pero me es imposible. No puedo, porque solo puedo pensar en una cosa: en volver a hacerte el amor.

— No sé qué es lo que estás intentando decirme.

— Ni yo tampoco — la soltó para enterrar los dedos en su cabello—. Lo que ha pasado entre nosotros... me ha importado mucho, muchísimo — le espetó. Eso no era lo que había querido decirle, pero también era un hecho incontestable—. Y no creía que fuera a importarme tanto.

El hielo que se había formado alrededor del corazón de Sunny empezó a derretirse.

— ¿Estás enfadado porque lo nuestro... ha sido algo más que sexo?

— Estoy enfadado porque ha sido muchísimo más que sexo — y él era un cobarde, se dijo, porque no podía decirle que lo que tenían en ese momento terminaría antes de que cualquiera de los dos pudiera estar preparado para aceptarlo—. Y porque no sé qué hacer con ello.

Por un momento Sunny se quedó callada. Parecía tan furioso consigo mismo... Y tan confundido como ella por lo que acababa de suceder, o más bien explotar, entre ellos.

— ¿Qué tal si te lo tomas con tranquilidad?

La miró. Quería creer que podía ser así de sencillo. Lo necesitaba.

— ¿Y que pasará cuando me vaya? — Definitivamente el hielo se había derretido.

— Ya afrontaremos eso cuando llegue el momento — Sunny procuró escoger con cuidado sus palabras—. Yo también sé que ninguno de nosotros quería involucrarse en esto. Pero lo cierto es que ha sucedido. Y no me arrepiento de nada.

— ¿Estás segura?

— Lo estoy — alzó una mano para acariciarle una mejilla. Luego, temerosa de hablar demasiado en tan poco tiempo, se arrebujo bajo las mantas—. Y ahora que ya hemos aclarado esto, te comunico que te toca a ti preparar el desayuno. Dame un grito por las escaleras cuando esté listo.

Jacob no dijo nada. Había una infinidad de cosas que ansiaba decirle. Pero si tenía que escoger entre hablar demasiado o demasiado poco, por fuerza tenía que decantarse por la última opción. Se levantó de la cama, recogió su ropa y salió de la habitación.

Una vez sola, Sunny enterró el rostro en la almohada, todavía impregnada de su aroma. Soltando un largo y profundo suspiro, intentó relajarse. Le había mentido. Los numerosos rechazos que había sufrido le habían dejado profundas heridas, una inmensa tristeza y la desagradable tendencia a la autocompasión. Y un rechazo de Jacob le haría mucho más daño que la simple pérdida de un empleo.

¿Qué haría si Jacob la abandonaba? Se recuperaría. Necesitaba convencerse de ello. Pero sabía que, si él se alejaba de ella, ese proceso de recuperación tal vez durase toda una vida. La suya.

Así que no podía dejarlo marchar.

Resultaba imperativo no presionarlo. Sunny era muy consciente de que exigía demasiado a la gente a la que quería. Demasiado amor, demasiada atención, demasiada paciencia, demasiada fe. Pero, en esa ocasión, sería diferente. Sería paciente. Tendría fe.

Sabía que sería más fácil porque Jacob se sentía tan inseguro como ella. ¿Y quién no se habría sentido así, dada la rapidez y la intensidad de su encuentro? Si podían progresar tanto en tan poco tiempo, ¿cuánto más podrían avanzar durante las semanas que tenían por delante?

Lo único que necesitaban era algo de tiempo para llegar a conocerse mejor, para acostumbrarse a lo que había sucedido entre ellos, para aceptar y confiar en que todo saldría bien. Se sonrió, ya más confiada. Por fin sabía exactamente lo que quería. Y eso era un principio. Quería a Jacob Hornblower. Y si, después de que Jacob hubiera visto a Cal y hablado con él, recogía sus escasas pertenencias y regresaba a Filadelfia, ella lo acompañaría. O saldría en su busca.

No se libraría de ella tan fácilmente. Sunny lucharía por él, y luchar era lo que mejor sabía hacer.

— ¡Sunny! El desayuno ya está servido, pero no consigo encontrar el maldito café.

Sonrió. Ah, la dulce voz de su amante resonando en el aire de la mañana. Como música, como los trinos de los pajarillos...

— ¿No me has oído? No consigo encontrar el maldito café.

O como el relincho de una mula vieja.

— Está en el armario, encima del horno, tonto. Ahora mismo bajo.

Otra semana disfrutando de la paz y tranquilidad de la naturaleza y Sunny acabaría volviéndose loca. Incluso el amor no bastaba para hacerla soportar aquellas eternas horas de silencio, apenas salpicado por el ocasional canto de un pájaro o el monótono goteo de la nieve derretida en el tejado. Una chica como ella podía haber nacido en el bosque, pero eso no significaba que tuviera que pasarse toda la vida allí.

Jacob representaba ciertamente una distracción, y muy excitante. Pero conforme transcurrían los días iba resultando cada vez más clara una cosa: que estar encerrada en una cabaña en medio de ninguna parte no se correspondía en absoluto con lo que ella entendía por «diversión».

Intentaban mantenerse ocupados. Generalmente discutiendo, tanto en la cama como fuera de la cama. Dos caracteres como los suyos, confinados en un espacio tan pequeño, tenían por fuerza que chocar. Como sus mentes eran tan inquietas como sus cuerpos, necesitaban de una estimulación constante.

Sunny procuraba compensar esa carencia hibernando. Su razonamiento era que nunca podría aburrirse estando dormida. Así que había desarrollado el hábito de dormir largas siestas a las horas más extrañas. Cuando estaba seguro de que se había dormido, Jacob aprovechaba aquellos momentos para utilizar el importante recurso que había encontrado en el cobertizo contiguo a la cabaña: el aerociclo de Cal. Con aquel aparato podía desplazarse rápidamente a su nave e introducir nuevos datos en su ordenador principal.

Procuraba decirse que no la estaba engañando, sino sencillamente ejecutando las tareas que se había impuesto. Y, si era engaño, nada podía hacer para evitarlo. Ya casi se había convencido de que lo que ella ignoraba nunca podría hacerle daño. Al menos por el momento.

Aunque se sentía tan inquieto e impaciente como ella, a menudo se descubría a sí mismo intentando memorizar recuerdos, imágenes, momentos. El rostro de Sunny cuando se despertaba, soñolienta e irritable como una chiquilla. La manera que tenía de reírse, los reflejos que el sol arrancaba a su cabello cuando paseaban por el bosque. O el ardor de su pasión cuando hacían el amor frente al fuego de la chimenea.

Necesitaría todos esos recuerdos. Cada vez que volvía a su nave, pensaba en lo mucho que iba a necesitarlos. Se decía que solamente se estaba preparando para seguir adelante con su propia vida. Y ella también.

Sunny había redactado solicitudes de ingreso para el puñado de universidades que había seleccionado. Pero el mal tiempo la había disuadido de acercarse a Medford, la población más cercana, para echarlas al correo. Había leído novelas, había perdido jugando al póquer con Jacob, incluso había rellenado páginas y páginas de su bloc de notas, en su desesperación. Cuando se cansaba de contemplar el paisaje de la nieve y los árboles por la ventana, se dedicaba a dibujar el interior de la cabaña, o incluso caricaturas de Jacob y de ella misma.

Jacob, por su parte, leía incesantemente, y se había animado incluso a escribir sus impresiones en un cuaderno que descubrió en un cajón. Cuando Sunny le preguntó

si estaba preparando un experimento, él no le facilitó ninguna explicación concreta. Y, cuando insistió, simplemente la sentó en su regazo y la obligó a olvidarse de cualquier pregunta que hubiera deseado hacerle.

En dos ocasiones volvió a estropearse la luz, y llegaron a hacer el amor con la misma frecuencia con que discutían. Esto es, muy a menudo.

En cierto momento, cuando se sorprendió a sí misma haciendo la cama a falta de otra cosa mejor en la que ocuparse, Sunny llegó por fin a una conclusión. Si no hacían algo, y pronto, ambos terminarían volviéndose locos. Estaba segura de ello. Dejando la cama a medio hacer, se asomó a lo alto de la escalera.

— ¡J.T.!

Tumbado en el suelo, Jacob se hallaba ocupado levantando un complejo castillo de naipes como terapia para conservar la cordura.

— ¿Qué?

— Vayamos a Portland.

Jacob estaba absolutamente concentrado en su tarea. La estructura que estaba levantando comenzaba a parecerse al horizonte de Omega 11.

— ¿Qué te parece la idea, J.T.?

— De acuerdo — respondió, distraído. Con pulso firme, colocó una nueva carta.

— Supongo que ya es demasiado tarde — murmuró Sunny sentándose frente a él, abatida—. Ya se ha vuelto loco del todo...

— ¿Tenemos más cartas?

— No — respondió, suspirando.

— Estaba pensando en jugar una partida de bridge.

— Una buena terapia para dejar de pensar.

— O quizá un skybelt.

— ¿Un qué?

Maldiciendo para sus adentros, Jacob colocó otra carta en el castillo de naipes.

— Oh, nada. Estaba divagando. ¿Qué era lo que habías dicho antes?

— Nada. ¿Sabes? A veces pienso que no perteneces al mismo planeta que los demás.

— Pues te equivocas. Respira hacia otra parte, ¿quieres? Puedes derribarme accidentalmente mi castillo de naipes.

— Jacob, ¿podrías compartir conmigo siquiera una mínima parte de tu preciado tiempo?

Al fin levantó la mirada, y no pudo menos que sonreír.

— Tienes el mohín más sexy que he visto nunca.

— Yo no hago mohínes — como él la sorprendió haciendo justamente eso, sopló y derribó su construcción de naipes.

— Era una ciudad en miniatura. Acabas de asesinar a miles de personas inocentes.

— Solo voy a asesinar a una persona — desesperada, lo agarró del suéter—. Dios mío, Portland. Gente, tráfico, restaurantes.

— ¿Cuándo quieres salir?
— Así que me estabas escuchando.
— Por supuesto que te estaba escuchando. Siempre escucho. ¿Cuándo quieres salir?

— Llevo una semana deseando salir. En diez minutos puedo estar lista.
— No ha nevado en los tres últimos días. Además, disponemos de un todoterreno. Si logramos encontrar la autopista número cinco, no tendremos ningún problema.

La perspectiva de salir de allí casi logró que Jacob se olvidara de sus prioridades.

— ¿Y si regresa Cal?
— No los esperamos hasta dentro de un par de semanas — explicó Sunny—. Y ellos viven aquí. J.T., piensa un poco. ¿Realmente deseas ver a una mujer adulta convertirse en una lunática furiosa?

— Quizá — tomándola de las caderas, la atrajo íntimamente hacia sí—. Me gustas cuando te enfadas.

— Entonces prepárate para disfrutar.
— Ya lo estoy — y la arrastró al suelo consigo. Sunny se resistió... brevemente.
— Yo me voy — le informó mientras comenzaba a desabrocharse los botones de su camisa de franela.

— Bien.
— Hablo en serio.
— Estupendo — y la ayudó a desvestirse sacándole la camiseta interior por encima de la cabeza. Sunny se esforzó por no sonreír. Hasta que ya no pudo más y empezó a despojarlo de su suéter. — Tú te vienes conmigo.

— Por supuesto. Tan pronto como tú hayas terminado de enfadarte — y la besó en los labios.

Sunny guardó una pequeña bolsa de viaje en la parte trasera del todoterreno. En ella había metido su cepillo de dientes, un cepillo para el cabello, su camiseta de dormir y un lápiz de labios.

— Es por si acaso tenemos que hacer una escala táctica en el camino — explicó.
— ¿Por qué habríamos de hacerla?
— No sé cuánto tardaremos en salir de las montañas — se sentó al volante—. Cuando lo consigamos, todavía nos quedarán unas cinco horas de viaje.

«Cinco horas», se repitió Jacob, sorprendido. Tardaban cinco horas en desplazarse de un extremo a otro del mismo Estado. Durante los últimos días casi se había olvidado de lo muy diferentes que eran allí las cosas.

— ¿Listo? — inquirió Sunny con los ojos brillantes, sonriendo.
— Adelante.

Disimuló una expresión de asombro al ver que giraba una pequeña llave para poner en marcha el motor de combustión. Podía sentir la vibración en el asiento, en el suelo. Pensó que bastarían simplemente algunos pequeños ajustes para que incluso un vehículo tan arcaico como aquel funcionara más fluidamente, y sin tanto ruido. Estaba

a punto de señalárselo cuando Sunny conectó la tracción a las cuatro ruedas y los neumáticos empezaron a salpicar nieve.

— ¡Magnífico! — exclamó ella.

— ¿Tú crees?

— Estoy segura. Este trasto es más sólido que un tanque — pronunció, feliz, mientras se alejaban de la cabaña.

— Apparently — sabía que era ridículo temer por su propia integridad a bordo de aquel vehículo... cuando había realizado tantos viajes por el espacio sideral—. Supongo que sabrás lo que estás haciendo.

— Claro que sí. Aprendí a conducir en un jeep — explicó mientras comenzaba a subir por una cuesta recubierta de hielo—. Estás un poquito pálido — se echó a reír—. ¿Es que tú nunca has conducido ninguno de estos?

Jacob pensó en su vehículo TMA, capaz de desplazarse por tierra, mar y aire.

— No, lo cierto es que no.

Las rocas ocultas por la nieve no conseguían entorpecer la marcha del todoterreno.

— No me extraña.

Poco a poco Jacob comenzó a relajarse. Según todos los indicios, Sunny sabía manejar bien aquel vehículo.

— ¿Qué tal algo de música?

Jacob frunció el ceño, sin comprenderla, y repuso cautelosamente:

— Bien.

— La radio — pronunció, concentrada en bajar con extremo cuidado una resbaladiza cuesta.

— No la hemos traído.

— La radio del coche, J.T. Que sintonices una emisora.

Por un instante había retirado una mano del volante para señalarle el tablero de mandos. Entrecerrando los ojos, Jacob lo estudió. Hasta que al fin se atrevió a girar una pequeña rueda, parecida a la del aparato portátil que había en la cabaña.

— Sería deseable que primero la encendieras antes de intentar sintonizar.

Maldiciendo para sus adentros, pulsó el botón de encendido. Después de regular el volumen, se dedicó a encontrar alguna emisora. Primero encontró una melodía instrumental, terriblemente desafinada, y miró a Sunny.

— Si esa es tu elección, tendremos que replantearnos nuestra relación inmediatamente—declaró ella

Desapareció aquel sonido y Jacob siguió dando vueltas a la rueda hasta que encontró una melodía de rock.

— Hey, eso está bien — le sonrió—. Dime, ¿cuál es tu músico favorito?

— Mozart — contestó, en parte porque era verdad y en parte porque era una repuesta cómoda, poco comprometedora.

— Le gustarás a mi madre. Cuando era pequeña, solía arrullarnos con su Concierto para clarinete en La menor. «Por la pureza de su música», solía decir. Es una

apasionada de todo lo puro: sin conservantes ni colorantes.

— ¿Cómo se puede conservar fresca la comida sin conservantes?

— Eso mismo es lo que yo les decía. ¿Qué es la vida sin un poco de adulteración, de impureza? Pero en momentos como esos mi padre reaccionaba poniéndome a Bob Dylan — se echó a reír—. En uno de los primeros recuerdos que conservo de él, yo lo observaba mientras trabajaba en el jardín, en pantalones cortos, con el pelo largo hasta los hombros y los temas de Dylan sonando en su pequeña grabadora.

Una incómoda imagen asaltó en aquel instante la mente de Jacob. La de su propio padre vestido con su pulcra ropa de jardinero, todo de azul, con el cabello cuidadosamente recogido bajo la gorra... trabajando con expresión seria mientras escuchaba a Brahms en su unidad de divertimento personal.

Y otra de su madre, sentada a la sombra de un árbol un domingo por la tarde, leyendo una novela mientras Cal y él jugaban al béisbol.

— Creo que te gustará.

— ¿Qué? — le preguntó Cal, distraído.

— Mi padre — repitió—. Estoy segura de que te caerá bien.

Tuvo que luchar contra la irritación que de pronto se había apoderado de él. Evidentemente, Sunny estaba decidida a que conociera a sus padres.

— ¿Tus padres viven en Portland?

— Sí. A unos veinte minutos de mi casa — suspiró satisfecha cuando tomó la autopista número cinco y enfiló hacia el norte—. Les encantará conocerte, sobre todo teniendo en cuenta el misterio que hasta ahora ha rodeado a la familia de Cal...

La simpática sonrisa que le lanzó se borró de inmediato al ver su expresión. Desesperada, más que furiosa, apretó con fuerza el volante.

— No es para tanto. Que conozcas a mis padres no entraña un compromiso para toda la vida.

Su voz era ya tensa y fría. Si no hubiera estado tan ensimismado en sus propias desgracias, Jacob habría podido detectar el dolor que intentaba esconder.

— No me hablaste de visitar a tus padres — el hecho era que no deseaba conocerlos. Ni siquiera pensar que existían.

— No creí que fuera necesario. Me doy cuenta de que tu concepto de familia difiere del mío, pero jamás podría regresar a Portland y no verlos. Simplemente no lo concibo.

Jacob sintió un sabor amargo en la boca al escuchar aquellas palabras.

— Tú no sabes lo que significa la familia para mí.

— ¿No? Pues, por lo que parece, no te importa demasiado cortar el contacto con un miembro de la misma durante largos períodos de tiempo. Oh, de acuerdo, ya sé que eso solo es asunto tuyo — se apresuró a decir antes de que él pudiera replicar algo—. Ah, por cierto, te recuerdo que no estás obligado a acompañarme cuando vaya a visitar a mi familia. De hecho, me encantará no mencionarles siquiera tu nombre.

Jacob fue lo bastante prudente como para no volver a decir nada. Para ella todo era tan fácil, tan simple... Sunny sí que podía ver a su familia. Cuando quisiera. Nada

sabía de separaciones, de perder una parte fundamental de sí misma y no saber siquiera por qué. ¿Cómo reaccionaría si se viera enfrentada a la posibilidad de no volver a ver jamás a su hermana? Seguro que entonces no se mostraría tan satisfecha de sí misma.

Durante la siguiente hora, Jacob se dedicó a observar a los demás vehículos de la carretera. Todos eran ridículamente lentos e ineficaces. Y contaminaban la atmósfera de anhídrido carbónico. Alegrementemente se envenenaban su propio aire. No tenían ningún respeto: ni por ellos mismos, ni por sus recursos, ni por sus descendientes.

Y ella que pensaba que él era un hombre insensible, sin sentimientos... Se preguntó por lo que sucedería si un día entraba en uno de sus arcaicos laboratorios y les mostraba los rudimentos del proceso de fusión. Probablemente sacrificarían un cordero en su honor y lo adorarían como si fuera un dios.

Frunció el ceño al ver que se desviaba de la autopista. No había puesto mucha atención, pero estaba seguro de que aún no habían transcurrido las cinco horas que ella había calculado.

— ¿Qué estás haciendo?

— Voy a comer un poco y a echar gasolina — respondió sin mirarlo.

Tragándose su resentimiento, entró en una gasolinera, bajó del todoterreno y cerró de un portazo. Mientras llenaba el depósito se dedicó a maldecir entre dientes.

Se había olvidado del patético funcionamiento de la mente de Jacob. Evidentemente temía que ella le estuviera tendiendo alguna especie de trampa. Era insultante.

Quizá estuviera enamorada de él, pero ella no había hecho lo más mínimo para presionarlo. O para hacerle creer que estaba esperando a que le hiciera una petición de matrimonio en toda regla, con una rodilla clavada en el suelo. Si pensaba que tenía intención de presumir de novio delante de sus padres, estaba muy, pero que muy equivocado. El muy canalla...

Jacob se quedó sentado durante un momento, hasta que decidió salir a estirar las piernas. Y a echar un vistazo por los alrededores.

Así que aquello era una gasolinera. Por su expresión, Sunny no parecía muy satisfecha allí de pie, a un lado del todoterreno, introduciendo la manguera en el depósito mientras pasaba frío. Detrás de ella, el surtidor tintineaba conforme iban cambiando los números. Había un fuerte olor a gasolina por todas partes.

Otros vehículos se habían detenido al lado de otros tantos surtidores. Algunos esperaban dentro a que un empleado tocado con una gorra hiciera lo mismo que Sunny estaba haciendo sola. Otros se resignaban a pasar frío y hacían lo que ella. Vio a una mujer con un trío de niños, al otro lado de la carretera. Los críos gritaban y se quejaban, suplicándole que les comprara algo. Jacob sonrió. Al fin y al cabo, entre su época y aquella, no habían cambiado tantas cosas.

Cerca de la gasolinera había numerosos edificios. Unos altos, otros aplastados, y todos muy juntos, como si temieran caerse si se distanciaban demasiado entre sí. De

repente, a unos cincuenta metros calle abajo, vio algo que le produjo una punzada de nostalgia... de su época. Un par de altos arcos dorados. Pensó que aquella gente no debía de estar tan poco civilizada como había creído en un principio. Sonriendo, se volvió hacia Sunny.

Pero Sunny no correspondió a su sonrisa. Ignorándolo, sacó la manguera del depósito y la colocó en su lugar. Jacob se dijo que no se disculparía por algo de lo que tan claramente ella tenía la culpa, tanto si lo castigaba con su silencio como si no. De todas formas la siguió al interior del edificio, y allí su atención se vio atraída por los estantes llenos de chocolatinas y bebidas, todo ello en medio de aquel penetrante olor a gasolina.

Cuando vio que Sunny sacaba unos billetes de papel moneda, tuvo que hundir las manos en los bolsillos para resistir la tentación de tocarlos. El empleado de la gorra deslizaba los grasientos dedos por el teclado de una máquina. Sunny entregó los papeles y recibió a cambio unas piezas metálicas, redondas.

Eso también era dinero, se recordó Jacob, y se quedó frustrado cuando Sunny se las guardó en el bolso, antes de que pudiera verlas más de cerca. De repente, la mujer con los tres niños que antes había visto Jacob entró en el edificio. Todo se llenó de ruido. Los tres críos se abalanzaron ávidamente sobre los estantes de las chocolatinas.

— Solo uno — les advirtió la mujer con tono severo— Hablo en serio — y empezó a buscar algo en su bolso.

Los niños, provistos de gorros y abrigos, entablaron entre sí una acalorada discusión por una chocolatina que terminó en abierta pelea. La niña más pequeña se cayó de espaldas, aterrizando con el trasero en el suelo, y empezó a llorar. Jacob se arrodilló automáticamente frente a ella y le ofreció la ya medio aplastada chocolatina. A la pobrecilla le temblaba el labio inferior, y en sus enormes ojos azules se reflejaba una honda pena.

— Siempre me hacen eso — se quejó.

— Oh, pronto serás tan grande como ellos — le aseguró Jacob— No te preocupes.

— Perdona — suspirando, la mujer alzó a su hija en brazos— Ha sido un viaje muy largo. Scotty, te vas a enterar de esta...

Cuando Jacob se volvió para marcharse, descubrió que la niña le estaba sonriendo. Y Sunny también.

— ¿Vas a volver a dirigirme la palabra? — le preguntó cuando se acercaban al todoterreno.

— No — se sentó al volante y se puso los guantes. Le habría resultado mucho más fácil seguirlo odiando si no se hubiera mostrado tan tierno con aquella niña— . Yo soy bastante más difícil de encandilar que una niña de tres años.

— Podríamos elegir un tema inofensivo de conversación.

— Entre nosotros no hay temas neutros — arrancó el motor.

Jacob volvió a guardar silencio mientras Sunny se incorporaba al tráfico. Y

estuvo a punto de besarla en los labios, de pura felicidad, cuando se desvió para entrar bajo los arcos dorados que había visto antes. Siguió luego una indicación que rezaba Comida en ruta, y se detuvo ante un cartel en el que figuraba una larga lista de nombres.

— ¿Qué te apetece?

Jacob se dispuso a pedir una hamburguesa McGalaxy y una buena cantidad de anillos láser, pero no vio nada de eso en el menú. Así que una vez más volvió a poner su destino en sus manos.

— Dos de lo que quieras — y, sin poder resistirlo, se puso a jugar con un mechón de su cabello. Disgustada, Sunny lo apartó de un manotazo. Dijo algo por el intercomunicador y se alineó detrás de la fila de coches que esperaban a ser atendidos. Ahorraremos tiempo si comemos en el camino. — ¿Es que tenemos prisa?

— No me gusta malgastar el tiempo.

A Jacob tampoco, y además no sabía cuánto les quedaría de estar juntos.

— ¿Sunny? — Ninguna respuesta. — Te amo.

Sunny pisó a fondo el freno. El todoterreno todavía estaba tambaleándose cuando se volvió para mirarlo.

— ¿Qué?

— He dicho que te amo — no le dolía tanto como había temido. De hecho, la sensación era placentera. Muy placentera— He pensado que sería mejor que pusiéramos las cartas boca arriba.

— Oh — no sabía qué decir. Se había quedado mirando fijamente el coche que tenía delante. El coche que tenía detrás le recordó con un fuerte bocinazo que se había quedado parada, obligándola a encender de nuevo el motor. Nerviosa, unos metros más adelante volvió a detenerse al lado de la ventanilla de servicio.

— ¿Es eso lo único que se te ocurre? — le preguntó Jacob, disgustado, cuando ella se volvió para mirarlo con la misma expresión anonadada—. ¿Simplemente «oh»?

— Yo... no sé qué es lo que...

— Son doce setenta y cinco — gritó un joven empleado por la ventanilla al tiempo que le tendía un par de bolsas de papel.

— ¿Qué?

— Son doce setenta y cinco — alzó los ojos al cielo—. Vamos, señora, por favor...

— Perdón — tomó las bolsas y las lanzó descuidadamente sobre el regazo de Jacob. Mientras él rezongaba entre dientes, entregó un billete de veinte al chico y, sin esperar a que le devolviera el cambio, se dirigió al primer espacio libre disponible para aparcar.

— Creo que me has ...

— Lo siento — le espetó, interrumpiéndolo—. Pero es culpa tuya, Señor Romance, por haberme soltado esa bomba mientras yo aguardaba mi turno tranquilamente en un restaurante de comida rápida. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Qué me lanzara a tus brazos?

— Contigo nunca sé qué esperar — sacó una hamburguesa de una de las bolsas y

se la entregó de mal humor.

— ¿Conmigo? — desenvolvió la hamburguesa y le dio un enorme bocado, que no consiguió calmar sus nervios—. ¿Conmigo? Tú eres el único que empezó esto, Hornblower. Tan pronto me rompes la cabeza como me dices que me amas...

— Come y calla — le puso en la mano un vaso de papel.

Jacob pensó que antes se dejaría cortar la lengua que decírselo otra vez. Debía de haberse vuelto loco. Ningún hombre en su sano juicio se habría enamorado de una mujer tan obstinada.

— Hace unos minutos me suplicabas que te dirigiera la palabra — le recordó ella.

— Yo jamás suplico.

Sunny se volvió hacia él, furiosa.

— Lo habrías hecho si yo hubiese querido.

Jacob sabía que tenía razón, pero no lo habría reconocido por nada del mundo.

— Yo creía que íbamos a comer en marcha.

— Pues he cambiado de idea — replicó, tensa. Tan estremecida estaba por dentro que dudaba que fuera capaz de conducir. Pero moriría antes que reconocerlo. Continuó comiendo mecánicamente y lo maldijo por haberle estropeado el apetito.

¡Confesarle que la amaba mientras estaban esperando a que les sirvieran unas hamburguesas! ¡Qué estilo, qué delicadeza! Tamborileando con los dedos en el volante, reprimió un suspiro. Qué increíblemente dulce...

Recelosa, lo miró de reojo. Estaba mirando al frente, con expresión pétrea. Algo en aquel frustrado silencio la hizo ponerse, contra todo pronóstico... terriblemente sentimental. Estaba segura de que, veinte años después, evocaría aquel recuerdo con humor. El recuerdo de la primera vez que había pronunciado aquellas mágicas palabras.

En un impulso, se puso de rodillas en el asiento y extendió los brazos hacia él. Y como no soltó el vaso de cartón, le derramó la mitad del refresco encima.

— Maldita sea, Sunny, me has puesto perdido... — Se dispuso a apartarse, pero se quedó inmóvil cuando ella lo besó en los labios. La atrajo con fuerza hacia sí.

— ¿Hablabas en serio? — le preguntó ella, echando a un lado los restos de comida.

Pero Jacob no estaba dispuesto a ponérselo fácil.

— ¿A qué te refieres?

— A lo que me dijiste antes.

La sentó en su regazo, asegurándose de que su trasero entraba en contacto directo con sus pantalones empapados de refresco.

— ¿Cuándo?

Suspirando, le rodeó el cuello con los brazos.

— Me dijiste que me amabas. ¿Hablabas en serio?

— Tal vez sí — deslizó las manos debajo de su abrigo— O tal vez simplemente estaba intentando entablar conversación.

Sunny se mordió el labio inferior, irritada.

— Esta es tu última oportunidad, Hornblower. ¿Hablabas o no en serio?

— Sí — afirmó— . ¿Quieres que nos volvamos a pelear por eso?

— No — apretó la mejilla contra la suya— No, no quiero pelear. Ahora mismo no. ¿Sabes? Me asustaste.

— Ya somos dos.

Después de besarlo en el cuello, se apartó.

— Yo también te amo.

Jacob lo había sabido, pero aun así, el hecho de oírsele decir, de ver sus ojos mientras se lo decía, de contemplar cómo sus labios articulaban las palabras... Nada lo había preparado para la abrumadora emoción que lo asaltó. Una verdadera catarata de emociones. Abrazándola, la besó en los labios.

Era como si no pudiera acercarse lo bastante a ella. No le resultaba extraño que estuvieran besándose en medio de un aparcamiento, al lado de una bulliciosa calle, a plena luz del día. Porque mucho más extraño era que estuviera allí, en aquella época, y que hubiera encontrado a Sunny, a pesar de los siglos que los separaban. Ella no podía viajar a su tiempo. Y él no podía quedarse en el tiempo de Sunny. Y sin embargo, durante aquel breve lapso, estaban juntos.

Pero el tiempo no detenía su marcha.

— No sé lo que vamos a hacer — murmuró. Tenía que haber algún medio, alguna fórmula, alguna teoría. Pero... ¿qué ordenador habría podido procesar unos datos que eran tan puramente emocionales?

— Poco a poco, ¿recuerdas? — Sunny se apartó, sonriendo— . Tenemos mucho tiempo — y volvió a abrazarlo, de modo que no pudo ver la expresión de preocupación que se dibujó en sus ojos— . Por cierto, hablando de tiempo... todavía nos quedan casi dos horas para llegar a Portland.

— Demasiado.

— Yo estaba pensando lo mismo — repuso, riendo. Segundos después salía del aparcamiento. Y, con una enorme sonrisa de satisfacción, se detuvo en el primer motel que encontró.

— Creo que podríamos descansar un poco — después de recoger su bolsa, entró en la oficina para registrarse.

Jacob advirtió que en esa ocasión Sunny se sirvió de una tarjeta de plástico, un medio de pago que no le resultaba tan extraño como los billetes o las monedas. Tras una breve conversación, el empleado le entregó una llave.

— ¿De cuánto tiempo disponemos? — le preguntó Jacob, pasándole un brazo por los hombros.

— Oye, puede que esto sea un motel... — replicó mientras se dirigía hacia la puerta marcada con el número nueve— ... pero aquí no alquilan las habitaciones por horas. Así que disponemos del resto del día, y de toda la noche, si nos apetece — introdujo la llave en la cerradura

— Nos apetece — la detuvo en el preciso instante en que entró. Luego la obligó a volverse hacia él y cerró la puerta con el pie.

— Espera, J.T.

— ¿Por qué?

— Preferiría que antes corriéramos las cortinas.

Jacob deslizó la palma de la mano por la pared buscando un botón, sin soltarla.

— ¿Qué estás haciendo? — Buscando el interruptor.

— Me temo que, por treinta y cinco dólares por noche, las cortinas solo se pueden abrir y cerrar a mano — se echó a reír—. Me encantaría ver el tipo de moteles a los que estás acostumbrado.

Cerró por fin las cortinas y todo quedó sumido en la penumbra, con una fina grieta de luz en el medio, allí donde se encontraban. Y Sunny quedó de pie justamente allí, en el centro, iluminada por aquel rayo de luz. Como una mágica visión.

— Conozco un hotel, en una isla cerca de Maine — después de despojarse del abrigo, se sentó para quitarse las botas— Donde las habitaciones están edificadas sobre un promontorio, frente al mar. Las olas rompen abajo, al lado, delante, por todas partes... Las ventanas son... — se preguntó cómo podía explicárselo— ... están hechas de un material especial a través del cual tú puedes ver el mar y el horizonte, pero nadie puede verte a ti... así que detrás solo ves las rocas, y el océano. Y las habitaciones disponen de enormes bañeras, con agua perfumada — se levantó lentamente, imaginándoselo. E imaginándosela a ella allí, con él— Puedes escuchar música, la que quieras, a tu capricho. Si quieres luz de luna, o el rumor de la lluvia, solo tienes que tocar un sensor. Las camas son grandes y cómodas. Tumbarse en ellas es como flotar. — Excitada, Sunny soltó un tembloroso suspiro.

— Te lo estás inventando.

— No — sacudió la cabeza—. Me encantaría llevarte allí, si pudiera.

— Oh, no te preocupes. Tengo una buena imaginación — repuso Sunny mientras él le quitaba el abrigo. Se estremeció de placer al sentir sus manos en su cuerpo—. Finjamos que estamos allí. Pero no elegiría la luz de la luna. Ni el rumor de la lluvia.

— ¿Qué elegirías entonces? — sonriendo, se arrodilló para descalzarla.

— El sonido del trueno. Y los relámpagos. Porque eso es lo que siento cuando me tocas.

Jacob sintió entonces que una tormenta estallaba en su interior, y vio su poder reflejado en los ojos de Sunny. Antes de que pudiera apoderarse de sus labios, ella ya los estaba deslizando por su cuello. El pulso acelerado que allí descubrió la excitó todavía más. El sabor de su piel la inflamaba de deseo. Apresuradamente le quitó el suéter, dejándolo caer al suelo.

Con un leve gemido de placer comenzó a sembrar un sendero de besos por su pecho, explorando y saboreando la íntima textura de su piel. Su aroma, tan viril y penetrante, la enloquecía.

Resonó un trueno. Sí, pudo sentirlo mientras dejaba vagar los labios por su torso, justo encima de su corazón, que latía por ella. Fulguró un relámpago. Vio el resplandor de su poder cuando lo miró a los ojos.

Jacob estaba sorprendido de poder mantenerse aún de pie. Lo que ella le estaba haciendo lo estaba desquiciando, desesperando. Aquellos largos y finos dedos ya

conocían su cuerpo tan bien... Pero cada vez que lo exploraban descubrían nuevos secretos.

Y su boca... La agarró de los hombros cuando los labios de Sunny iniciaron un camino descendente pecho abajo, por los tensos músculos de su abdomen. Su lengua iba dejando un húmedo rastro. Sintió luego sus dedos en los botones de sus vaqueros, y la prenda resbaló por su cintura, hasta la cadera. El placer lo atravesó como si fuera un dardo ardiente.

Lejos de detenerse, el tiempo empezó a retroceder vertiginosamente hasta convertirlo en un ser salvaje, primitivo. Gimiendo, la obligó a incorporarse y la besó en la boca como si quisiera marcarla a fuego.

Al instante Sunny se descubrió tumbada sobre la cama, debajo de él. El aire se le escapaba de los pulmones mientras Jacob deslizaba las manos por todo su cuerpo, amasándolo, poseyéndolo. Podía oírlo hablar, pero el atronador latido de su propio corazón ahogaba sus palabras. Desesperado, le rasgó la camisa por delante, haciendo saltar los botones, y lo mismo hizo con la prenda que llevaba debajo.

Sunny gritó entonces su nombre, eufórica, jubilosa y a la vez aterrada por la violencia con que se veía atraída, arrastrada hacia él. Poco después solo pudo jadear, luchando por recuperar el aliento, la cordura, atravesada por el primer clímax. Pero en esa ocasión no sintió ya debilidad alguna.

Estimulada, llena de renovadas energías, se incorporó y lo hizo incorporarse de manera que los dos quedaran arrodillados sobre la cama. Torso contra torso, cadera contra cadera. Y echando la cabeza hacia atrás, disfrutó de la caricia de sus labios en su cuerpo, entregándose por completo.

Como un poseso, Jacob la despojó de los vaqueros hasta dejarla tan desnuda como lo estaba él. Cuando volvió a atraerlo hacia sí, Sunny descubrió que estaba temblando, vibrando con una necesidad que le resultaba desconocida, insólita. Se dispuso a pronunciar su nombre, pero para entonces Jacob ya estaba dentro de ella, llenándola, inflamándola, dejando que su delirante orgasmo los anegara a ambos.

Cada vez más rápida, más profundamente, se fueron sucediendo las olas de placer. La pasión se convirtió en puro abandono cuando Sunny arqueó el cuerpo hacia atrás, tentándolo. Las sensaciones se iban acumulando una tras otra, a cuál más intensa, hasta que sus cuerpos se fundieron en una ardiente masa de luces, colores, sonidos.

Sunny abrió la puerta de su apartamento ignorando el leve chirrido que resonó a su espalda, señal de que la señora Morgenstern había abierto la suya para espiar las entradas y salidas en el tercer piso.

Había escogido el tercer piso, a pesar de los caprichos del ascensor y de los ruidos de los vecinos, porque el minúsculo apartamento disponía de lo que pasaba por ser una terraza. Una terraza con apenas espacio suficiente para una silla. Y con vistas al aparcamiento del edificio. Pero a ella le bastaba.

— Por fin. Otra vez en casa — exclamó, algo sorprendida por la punzada de nostalgia que sintió nada más trasponer el umbral.

Jacob entró detrás de ella. A su derecha, la luz del sol entraba a través de las puertas de la terraza. Unos cuantos cuadros decoraban las paredes: fotografías, bocetos, óleos y carteles. Montones de coloridos cojines se apelotonaban sobre un viejo y desteñido sofá, delante de una mesa cubierta con revistas, libros y cartas abiertas y sin abrir.

Al otro lado de la habitación había otra mesa que Jacob reconoció como un producto típico de un hábil artesano de la madera. Su superficie estaba cubierta por una fina capa de polvo, además de por un par de zapatillas de ballet, un montón de cintas azules y una desportillada tetera. En un cajón había una colección de álbumes de discos. Encaramado en un alto taburete, un loro de brillante porcelana parecía contemplar todo aquel desorden.

— Interesante.

— Bueno, es mi hogar. Al menos durante la mayor parte del tiempo — le tendió la bolsa de papel que llevaba en las manos. Contenía una nueva ración de galletas y refrescos, que habían comprado en el camino—. Deja esto en la cocina, ¿quieres? Quiero revisar mi contestador telefónico.

— Bien. ¿Dónde está la cocina?

— Por allí — señaló a su izquierda, y desapareció detrás de otra puerta.

Una vez en la cocina, percibió algo extraño. Las teteras. Estaban por todas partes, ocupando cualquier superficie libre. De todas las formas y todos los colores. Nunca se le había ocurrido pensar que Sunny pudiera coleccionar algo. Siempre le había parecido demasiado inquieta y desarraigada para dedicar su tiempo a coleccionar cosas. Curioso, se fijó en una tetera en particular. Era baja y ventruda, de porcelana china de baja calidad, con un pájaro sobre la tapa y las paredes decoradas con grandes margaritas.

Siguió explorando. Los lazos azules que antes había visto eran premios, trofeos: de natación, hípica, ajedrez... Era como si Sunny hubiera dedicado toda su vida a diversificar sus talentos y habilidades. Algunos de los cuadros de las paredes estaban firmados con su nombre. Eran dibujos de ciudades, paisajes de playas. Imaginó que muchas de las fotografías también serían suyas.

Había tanto talento en aquellas obras... Si alguna vez Sunny se concentraba en

una única cosa, en una sola actividad, no tenía ninguna duda de que alcanzaría rápidamente la cumbre. Era extraño, pero Jacob la prefería así, diversificando sus habilidades, experimentando, buscando nuevos conocimientos. No quería que cambiara.

Pero ella lo había cambiado a él. No resultaba fácil aceptarlo, pero el hecho de estar con ella, de quererla, había cambiado algunas de sus convicciones más básicas. Ya sabía, por ejemplo, que podía estar conforme y satisfecho con una mujer, quizá para siempre. Que los compromisos no siempre entrañaban una rendición. Que el amor no tenía por qué significar la cesión de una parte del ser de una persona: más bien significaba ganar mucho más.

Y además, Sunny le había hecho preguntarse cómo iba a poder soportar vivir el resto de su vida sin ella. Volviéndose hacia el dormitorio, fue en su busca.

Se hallaba de pie al lado de la cama, en una habitación minúscula. Minúscula no tanto por su tamaño original sino porque estaba casi enteramente llena de cosas: más libros, un gran oso de peluche color naranja, patines de hielo, esquís. La cómoda estaba abarrotada de frascos, con al menos veinte marcas diferentes de perfumes y cremas. También había una fotografía enmarcada de su familia.

Pero le resultaba difícil concentrarse en todo eso con ella al lado de la cama, desnuda de cintura para arriba. Se había quitado el suéter que le había prestado Jacob durante el resto del viaje, un gesto obligado ya que había sido él quien le había roto la camisa en el motel. Después de conectar la máquina que le servía de radio, despertador y contestador telefónico, se hallaba ocupada buscando una camiseta en un cajón del armario.

— Hey, cariño — resonó una voz masculina y seductora, procedente del aparato— Soy Pete. Supongo que no seguirás enfadada, ¿eh, nena? Vamos, Sunny, perdóname y olvídale ya, ¿quieres? Llámame y saldremos a bailar. Echo de menos esa preciosa carita tuya.

Haciendo una mueca, Sunny encontró por fin una sudadera.

— ¿Quién es Pete?

— ¡Oh! — se llevó una mano al pecho— ¡Me has asustado!

— ¿Quién es Pete? — repitió.

— Solo un tipo — respondió mientras se vestía. Se sentó en la cama para quitarse las botas.

— Sunny — en esa ocasión, la voz que escapó de la máquina era suave y femenina— . Recibimos una postal de Libby y de Cal. Llámanos cuando vuelvas a la ciudad.

— Es mi madre — explicó. Sonriendo, le devolvió el suéter— . Gracias por prestármelo.

No muy seguro de lo que estaba sintiendo en aquellos momentos, Jacob se quitó el abrigo. Debajo llevaba el torso desnudo. Mientras se ponía el suéter, el contestador telefónico anunció el siguiente mensaje.

— Hola, Sunny, soy Marco. ¿Dónde diablos te has metido, ricura? Llevo una semana entera llamándote. Avísame cuando vuelvas — y siguió el sonido de un fuerte

beso antes de colgar.

— ¿Quién es Marco? — inquirió Jacob con una calma mortal.

— Otro tipo — respondió, y arqueó las cejas cuando él la tomó de un brazo y la hizo levantarse.

— ¿Cuántos hay?

— ¿Mensajes?

— Hombres.

— Sunny... soy Bob — resonó de nuevo otra voz masculina— . Pensé que tal vez te gustaría...

Deliberadamente, Sunny apagó la máquina.

— ¿Es que quieres que comparemos nuestros respectivos pasados, J.T.?

Jacob no respondió, porque descubrió que no podía. La soltó y salió de la habitación. Celos. Eran celos lo que sentía. Cómo le fastidiaba. No se tenía por un hombre muy razonable, pero inteligente sí. Sabía que Sunny no había empezado a vivir desde el momento en que entró en su vida. Una mujer como ella, hermosa, radiante, fascinante, atraía a los hombres. A numerosos hombres. Si hubiera sido posible, habría sido capaz de asesinar a todos y cada uno de esos tipos por haber tocado lo que era suyo. Y no era suyo.

Maldijo entre dientes y se volvió para descubrirla observándolo desde el umbral.

— ¿Vamos a pelearnos?

Le dolía. El simple hecho de mirarla le dolía. Por lo que era y por lo que nunca podría ser.

— No.

— Bien.

— No los quiero cerca de ti — le espetó.

— No seas tonto.

Se colocó frente a ella en dos zancadas.

— Hablo en serio.

— Y yo también. Maldita sea, ¿crees que alguno de ellos puede significar algo para mí después de haber estado contigo?

— Si tú no... — se interrumpió en el instante en que asimiló sus palabras. Alzando las manos, retrocedió un paso. Y ella avanzó otro.

— Si yo no... ¿qué? Si crees que puedes, dame órdenes, amiguito, será mejor que te lo pienses mejor. No tengo por qué...

— No, no tienes por qué — de nuevo se recordó que no era suya. Iba a tener que empezar a acostumbrarse a eso— No lo estoy haciendo nada bien, y lo siento. Nunca antes había estado enamorado.

El brillo de furor desapareció de los ojos de Sunny.

— Yo tampoco. Al menos, no así.

— No, no así — le tomó una mano y se la llevó a los labios— . Puedes revisar el resto de tus mensajes más tarde. ¿Lo harás?

— Claro — sonrió— Mira, sítete lo que quieras en la cocina. La televisión está en

el dormitorio, el equipo de música en el salón.

— ¿A dónde vas?

Recogió del suelo un par de zapatillas y se las puso.

— A ver a mis padres. Si quieres, cuando vuelva podemos salir a cenar fuera, o a bailar.

— Sunny — le tomó una mano cuando ella ya se estaba poniendo el abrigo— . Me gustaría ir contigo.

— No tienes por qué hacerlo, Jacob — repuso, mirándolo muy serio— De verdad.

— Lo sé. Pero me gustaría. — Le dio un beso en la mejilla. — Recoge tu abrigo.

Descalzo, William Stone se dirigió a abrir la puerta de su elegante casa de estilo Tudor. Vestía una sudadera que le quedaba demasiado grande y unos vaqueros viejos y rotos. En una mano llevaba un teléfono móvil, y en la otra un plátano.

— Mira, Preston, quiero que la nueva campaña publicitaria sea sutil. Nada de bolsitas de té danzantes, ni de heavy-metal, ni de ositos habladores — rezongando de frustración, abrió bruscamente la puerta— . Sí, y eso incluye conejos bailando vales, por el amor de Dios. Quiero... — sonrió de oreja a oreja al ver a su hija— . Apáñatelas, Preston — le ordenó, y cortó la comunicación— . Hola, mocosa — y abrió los brazos para darle una cariñosa bienvenida.

Sunny le plantó un par de sonoros besos en las mejillas antes de robarle el plátano.

— Hola, magnate.

William miró con una mueca el teléfono móvil, como si estuviera arrepentido.

— Solo estaba... — se interrumpió al descubrir a Jacob en el umbral.

— Este es J.T. — le informó Sunny entre mordisco y mordisco de plátano, agarrando a su padre de la cintura.

«Son como dos gotas de agua», pensaba Jacob, mirándolos. El mismo color, la misma complexión, la misma expresión sincera e inteligente... Avanzó un paso y le tendió la mano.

— Señor Stone...

— Hornblower — añadió Sunny— . Jacob Hornblower. El hermano de Cal.

— ¿Estás de broma? — el saludó de William se tornó todavía más afectuoso, al igual que su sonrisa— Bueno, me alegro muchísimo de conocerte. Estábamos empezando a pensar que la familia de Cal era de mentira. Adelante. Caro debe de andar por alguna parte.

Soltó la mano de Jacob pero no se separó de Sunny mientras los llevaba al salón. Era una habitación amplia y elegante, decorada con tonos pastel. Jacob no pudo menos que admirar la sencilla y austera elegancia de aquella casa: exquisitas piezas de cristal tallado, muebles antiguos y, por supuesto, lo que ahora se le revelaba como el impresionante arte textil de Caroline Stone. Si se había quedado sorprendido al admirar sus tejidos adornando las paredes, perdió literalmente el habla al contemplar la alfombra.

— Toma asiento — le estaba diciendo William mientras pisaba distraído lo que Jacob consideraba una obra artística de inestimable valor— . ¿Te apetece una copa, algo de beber?

— No, gracias — estaba contemplando un joven y hermoso ejemplar de limonero. Su padre tenía ese mismo tipo de árbol en su jardín.

— Tendrás que tomar té — le dijo Sunny, palmeándole una mano mientras se sentaba en el sofá, a su lado— . Si no lo haces, conseguirás herir los sentimientos de papá.

— Por supuesto — levantó nuevamente la mirada hacia William y lo sorprendió mirándolo con expresión especulativa.

En aquel instante sonó el teléfono móvil de William, que llevaba en un bolsillo trasero de los pantalones. Lo ignoró.

— Yo también quiero té, papá — intervino Sunny, deseosa de retrasar el interrogatorio al que, estaba segura de ello, no tardaría en someter a Jacob— Éxtasis Oriental.

— Estupendo. Voy ahora mismo a prepararlo.

Y desapareció detrás de una puerta, con el móvil todavía sonando en su bolsillo. Sunny se echó a reír, y volvió a poner la mano sobre la de Jacob.

— Supongo que debía habértelo advertido... — ladeó la cabeza, curiosa. Jacob estaba contemplando embobado uno de los tejidos de su madre— . ¿J.T.?

— ¿Sí? ¿Qué pasa?

— Que supongo que debía habértelo dicho antes: mi padre es muy curioso. Un entrometido, vamos. Te hará todo tipo de preguntas, en su mayoría personales. Y yo no podré hacer nada para evitarlo.

— De acuerdo — no podía resistirse. Levantándose, se acercó al pequeño rectángulo de tejido y tocó el suave y colorido material.

— Hermoso, ¿verdad?

— Sí, es precioso. — Sunny se levantó para reunirse con él.

— Se ha convertido en una artista muy respetada.

«Respetada» era una palabra que hacía escasa justicia a Caroline Stone, pensó Jacob. En su época, sus obras podían admirarse en los mejores museos. Era estudiada y reverenciada por los estudiantes de arte de todo el universo conocido. Y él estaba allí, tocando una de sus exquisitas piezas.

— Antes solía vender mantas y adornos para conseguir algo de dinero y comprar comida.

— Eso es un mito.

— ¿Perdón?

— Nada — dejó caer la mano, y la metió en un bolsillo. Por vez primera desde que salió de su nave espacial, se sentía completamente desorientado. Estaba entre gente a la que había conocido a través de sus estudios. Personajes históricos. Y allí estaba él, en su casa. Estaba enamorado de su hija. ¿Y cómo podía estar enamorado de una mujer que había vivido, y muerto, siglos antes de que él hubiera nacido?

Pánico. Sintió en los labios el sabor del pánico. Volviéndose, tomó a Sunny de los hombros. Era realidad, sólida, cálida.

— Sunny.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó, preocupada al verlo tan pálido.

Jacob simplemente sacudió la cabeza. No había nada que pudiera decir. No podía explicárselo. En lugar de ello, la besó en los labios.

— Te quiero.

— Lo sé — conmovida por la desesperación que traslucía su voz, le acarició una mejilla. Aquella abrumadora urgencia de consolarlo seguía siendo una novedad para ella—. Ya nos iremos acostumbrando.

— Hola.

Se separaron al ver a Caroline en el umbral. Tenía el cabello oscuro y liso, largo hasta los hombros. Su rostro era simpático y encantador, iluminado por unos ojos enormes. Sonreía. Iba vestida con una camisa de hombre que le quedaba demasiado grande, unos viejos tejanos y mocasines tejidos. Y en los brazos sostenía a un bebé.

— Mamá — Sunny se dirigió rápidamente a ellos. Era más alta que Caroline, y tuvo que inclinarse para darle el mismo beso entusiasta que le había dado a su padre. Luego, riendo, tomó al bebé—. ¡Hola, Sam! ¿Qué tal? ¿Cuánto estás creciendo!

— Tiene el mismo apetito que su hermana — señaló Caroline.

Sosteniendo al bebé contra su cadera. Sunny se volvió sonriente hacia Jacob.

— J.T., te presento a mi madre, Caroline. Y a mi hermano, King Samuel.

— J.T. — la mirada de artista de Caroline ya había reconocido el parecido y hecho la conexión— Tú debes de ser el hermano de Cal.

— Sí — volvió a experimentar una sensación de irrealidad mientras cruzaba la habitación. Más que estrecharle la mano, se la besó.

— Teníamos muchas ganas de conocer por fin a alguien de la familia de Cal. Tu hermano está muy orgulloso de ti.

— ¿Ah, sí? — inquirió con un dejo de resentimiento.

Caroline lo advirtió, pero no reparó en ello.

— Sí. ¿Tus padres hicieron el viaje contigo?

— No. No han podido venir.

— Oh — exclamó, sinceramente decepcionada— Bueno, espero que podamos reunirnos algún día. ¿Dónde está Will? — le preguntó a Sunny.

— Preparando un té.

— Claro. Por favor, siéntate. ¿Eres astrofísico?

— Sí — se sentó en el sofá, frente a Caroline. Sunny se había tumbado en el suelo, con el bebé.

— Actualmente J.T. está haciendo investigaciones sobre viajes a través del tiempo.

— ¿Viajes a través del tiempo? — Caroline cruzó las piernas, divertida— A Will le encantará. Aunque creo que últimamente está obsesionado con los universos paralelos.

— ¿Qué pasó con las reencarnaciones?

— Sigue siendo un creyente incondicional. Está convencido de que en una vida anterior llegó a ser miembro del primer Congreso de los Estados Unidos.

— Siempre tan revolucionario — comentó Sunny mientras le hacía cosquillas en la tripita a Sam, y añadió dirigiéndose a Jacob— A mi padre le gusta sacar a colación temas controvertidos para poder discutir sobre ellos. ¡Oh, miral! ¡Sam está gateando!

— Una habilidad recién adquirida — con una expresión mezclada de orgullo y felicidad, Caroline observó cómo su hijo gateaba y se arrastraba por la alfombra— Will ya la habrá registrado en una docena de vídeos, por lo menos.

— Tengo derecho a ello — repuso William cuando entró empujando un carrito con el servicio de té— Si no recuerdo mal, Sunny pasó tan rápidamente de gatear a andar que apenas tuve tiempo de observar su evolución.

— Y lo grabaste todo con aquella cámara de segunda mano que tenías — Caroline se levantó y le dio un beso a su marido antes de ayudarlo a servir el té.

— Entonces... — en la cocina, William ya había preparado una lista mental de preguntas que hacerle a Jacob— ... ¿cuándo llegaste a Portland?

— Esta misma tarde — contestó Jacob, tomando la taza que le tendía.

— Supongo que estabas buscando a Cal cuando te encontraste con Sunny.

— Así es — tomó un sorbo de té, intentando acostumbrarse al maravilloso y sorprendente hecho de que estaba tomando Herbal Delight con el hombre que lo había inventado— . Él me dio las... — estuvo a punto de decir «coordenadas»— ... la dirección de la cabaña.

— ¿La cabaña? — William se quedó paralizado, con la taza a medio camino de sus labios— . ¿Has estado en la cabaña... con Sunny?

— La semana pasada nos sorprendió una tormenta de nieve tremenda — explicó Sunny, poniéndole una mano en la rodilla con gesto tranquilizador— . Estuvimos sin energía eléctrica durante un par de días.

— ¿Juntos?

— Bueno, es difícil no estar juntos en un espacio tan pequeño como el de la cabaña.

Divertida, Caroline observó cómo su hijo llegaba gateando hasta los pies de Jacob.

— Es una pena que no pudieras coincidir con Cal y Libby. Supongo que pensarás quedarte hasta que vuelvan.

Después de dejar la taza a un lado, Jacob se agachó para levantar a Sam y sentarlo en su regazo.

— Sí. Los esperaré.

— ¿Dónde? — quiso saber William.

A manera de advertencia, Sunny clavó los dedos en la rodilla de su padre.

— ¿Sabes? J.T. se dedica a investigar los viajes a través del tiempo.

— ¿Los viajes a través del tiempo? — la fascinación por aquel tema luchó por un instante contra su responsabilidad paternal... que fue la que al fin se impuso— .

¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos en las montañas?

— Un par de semanas — respondió Jacob mientras jugaba con Sam.

— ¿De verdad? — con los ojos entrecerrados, apoyó una mano sobre el hombro de su hija—. Supongo que la nieve os impediría disfrutar de... unas mínimas comodidades.

Sunny alzó los ojos al cielo. Caroline suspiró. Y Jacob acarició distraído la cabecita de Sam.

— A mi me parecieron suficientes.

— Apuesto a que sí — replicó William, y soltó un grito de dolor cuando su hija le clavó las uñas en la rodilla, aprovechándose del roto que llevaba en los pantalones.

— ¿Sabías, J.T., que mi padre se fugó con mi madre cuando ella solo tenía dieciséis años?

— Diecisiete — la corrigió William.

— No tantos— replicó a su vez Caroline mientras bebía un sorbo de té.

— Eso fue algo completamente distinto. No tenía nada que ver.

— Claro, por supuesto — pronunció Sunny, irónica.

— Eran otros tiempos — insistió William— Los años sesenta.

— Ya, eso lo explica todo.

— Además, no nos habríamos visto obligados a escaparnos si el padre de Caro no se hubiera mostrado tan entrometido, quisquilloso y poco razonable.

— En eso tienes razón — repuso Sunny, simulando una candorosa e inocente expresión— No hay nada peor que un padre que mete las narices donde no le importa.

William reaccionó agarrándole la nariz con dos dedos y haciendo el amago de retorcérsela.

— Vigila tú la tuya.

Sunny se limitó a sonreír.

— Dime una cosa, ¿el abuelo te sigue dirigiendo la palabra?

— Apenas.

— Excepto cuando se deshace en elogios de Sam. Y lo mismo con la abuela — terció Caroline—. Casi han logrado superar que no pudieran malcriaros a tu hermana y a ti cuando erais pequeñas. Si quieres que tome a Sam, dímelo, J.T.

— Oh, no, no hace falta — el bebé estaba jugando con los dedos de Jacob, muy entretenido—. Se parece a ti — murmuró, volviéndose hacia Sunny.

Sonrió. Nunca habría podido explicarle con palabras lo que estaba sintiendo en aquel instante al verlo mecer a un niño en su regazo.

— Me alegro.

William tamborileaba con los dedos sobre el brazo de su silla. Los hombres de la familia Hornblower parecían ejercer algún tipo de encanto especial sobre sus hijas. Y aunque ya había aceptado que Cal sí era lo suficientemente bueno para Libby, todavía se reservaba su opinión respecto a su hermano.

— Así que eres científico... — William guardaba un inmenso respeto a los científicos, pero eso no significaba que tuviera que aceptar la imagen de su hija

acostándose con uno. En su cabaña. Y sin luz eléctrica.

— Sí.

— ¿Astrofísico?

— Así es.

— ¿Dónde has estudiado?

— Quizá te gustaría que te enseñara el diploma y las notas — musitó Sunny, molesta.

— Cállate — William le dio una palmadita en la cabeza— ¿Sabes? Siempre me he sentido fascinado por el espacio — y esbozó una sonrisa afable, aunque todavía algo recelosa— Por eso te hago estas preguntas que tal vez te puedan parecer un tanto... indiscretas. Porque me interesa.

Si ese era el juego, pensó Jacob, él también podía jugar. Con mucho gusto.

— Me gradué en Derecho en Princeton.

— ¿Derecho? — exclamó Sunny— No me lo habías dicho.

— No me lo preguntaste — explicó, antes de volver a concentrarse en su padre— Y empecé Ciencias Físicas como hobby.

— Un hobby un poco raro — comentó William.

— Sí — reconoció Jacob, sonriendo— . Como el de cultivar hierbas medicinales y dietéticas.

William no pudo menos que echarse a reír...

— Y sobre esos viajes en el tiempo...

— Date un respiro, Will — lo interrumpió Caroline— Ya podrás acribillarlo a preguntas más tarde. Hay que cambiarle el pañal a tu hijo.

— Y me toca a mí .— William se incorporó para tomar al bebé en brazos— Ven con papá, pequeñajo. Sírrete más té — le dijo a Jacob— . Ya hablaremos después de esos experimentos tuyos.

— Voy contigo — pronunció Sunny, levantándose del suelo— Así podrás enseñarme todos los juguetes que le has comprado en lo que llevamos de mes.

— Espera a ver el tren que... — le decía cuando ya se marchaban.

— A Will le gusta fingir que los juguetes son para Sam — sonrió Caroline mientras se levantaba para rellenarle la taza a Jacob— . Espero que no te hayas enfadado.

— Por qué?

— Por el proceso inquisitorial al que te ha sometido — se sentó en el brazo de su silla, un gesto que le recordó a Sunny— De hecho, no ha sido gran cosa al lado del que le hizo padecer a Cal.

— Apparently Cal lo pasó con éxito.

— Lo queremos tanto... Nada le habría hecho más feliz a Will que meterlo en su negocio. Pero Cal tiene que volar, como estoy segura de que ya sabes.

— Nunca ha deseado otra cosa.

— Lo mismo le pasa a Libby. Siempre ha sabido lo que quería hacer en la vida. En cambio, con Sunny la cosa es más difícil. A veces me pregunto si el hecho de tener

tanta energía e inteligencia no habrá sido una desgracia, por las numerosas opciones que se le han abierto. Supongo que tú lo comprenderás — al ver su expresión interrogante, añadió— Pasaste del Derecho a la astrofísica, ¿no? Ese es un cambio importante.

«Con una breve incursión en el boxeo profesional entre medias», se dijo Jacob. Se encogió de hombros.

— Algunos tardamos más que los demás en descubrir lo que queremos realmente hacer.

— Y ese tipo de gente es especial. Como Sunny.

Jacob se dijo que Caroline era más sutil que su marido. Y más difícil enfrentarse a ella.

— Sunny es la mujer más fascinante que he conocido.

«Y él está enamorado de ella», pensó Caroline. Tal vez no estuviera muy satisfecho de ello, pero estaba enamorado.

— Sunny es como un tapiz tejido de muchos colores. Algunos de los hilos son increíblemente fuertes y resistentes. Otros son terriblemente finos y delicados. El resultado es admirable. Pero una obra de arte necesita amor tanto como admiración — alzó las manos— . Dios mío, me temo que no le gustaría nada que la describiera de esa manera...

— Al menos lo de «fina y delicada» — repuso mientras desviaba la mirada al colorido tapiz que colgaba en la pared.

— Tienes razón — Caroline sintió una punzada agridulce, de tristeza y alivio a la vez. Sí, aquel hombre conocía bien a su hija— . Ya sé que suena anticuado, pero lo único que Will y yo queremos es que sea feliz.

— Eso no es anticuado — Jacob recordó que su madre le había dicho lo mismo sobre Cal, poco antes de partir en la nave.

Con un suspiro, Caroline miró la obra que él seguía contemplando.

— Es una de mis obras más antiguas. La hice cuando estaba embarazada de Sunny. En aquel entonces vendía la mayor parte de mi trabajo, pero por alguna razón nunca me desprendí de ese tapiz.

— Es precioso.

En un impulso, Caroline se levantó para descolgarlo. Deslizó los dedos por la tela. Se recordaba sentada ante su telar, contemplando el reflejo de los rayos del sol sobre los hilos de colores mientras los iba escogiendo, tejiendo unos con otros. Con Will trabajando en el jardín, Libby durmiendo en una manta en el césped y una criatura moviéndose en su vientre. Una imagen tanto más dulce cuanto más lejana en el tiempo.

— Me gustaría regalártelo.

Si le hubiera ofrecido un Rembrandt, Jacob no se habría sentido más asombrado.

— No puedo aceptarlo.

— ¿Por qué?

— Tiene un valor incalculable. — Caroline se echó a reír.

— Oh, es mi agente quien tasa mis obras. Unos precios ridículos, la mayoría. No me gustaría que mis piezas terminaran un día en una galería, o en un museo — lo dobló cuidadosamente— Para mí sería mucho más importante saber que están en manos de mi familia — como él no decía nada, se lo entregó— . Mi hija ya ha tomado el apellido de tu hermano. Así que eso nos convierte en familiares.

Pero Jacob no quería sentirse un familiar. Necesitaba aferrarse a su resentimiento, seguir pensando en Caroline y en William Stone como los personajes históricos que serían en un futuro. Y sin embargo, se sorprendió a sí mismo aceptando aquella hermosa obra.

— Gracias.

La habitación del bebé estaba pintada en verde pastel. En una esquina había una antigua cuna de hierro, de color blanco, con una manta de colores que había tejido la propia Caroline. Estaba llena de juguetes, muchos de los cuales no suscitarían el interés de Sam durante años, hasta que fuera mucho mayor. Y había docenas de animales de peluche, desde grandes elefantes hasta el tradicional osito. Sunny tomó uno y esperó a que su padre tumbara en la mesa a Sam, para cambiarle el pañal.

— Eres patético.

— Quizá te hayas olvidado del castigo que reciben las niñas descaradas — repuso Will mientras le quitaba los pantaloncitos a su hijo.

— Soy un poco mayor para que me obligues a quedarme sentada en una silla hasta que te pida disculpas.

— No te creas.

— Papá — suspirando, dejó a un lado el oso de peluche— Desde que cumplí los trece años, has interrogado a todos y cada uno de los hombres que he traído a esta casa.

— Me gusta saber con quién se relaciona socialmente mi hija. Eso no es ningún crimen.

— No, lo malo es la manera que tienes de hacerlo.

Sam reía y pateaba mientras Will le quitaba el pañal y le echaba los polvos de talco.

— ¿Sabes? Me gustabas más cuando tenías este tamaño.

— Supongo que seguirás sometiendo a interrogatorio a las chicas que Sam traiga a esta casa cuando empiece a salir con ellas.

— Por supuesto. No soy sexista — «y estúpido tampoco», añadió para sí— . ¿Pretendes decirme que J.T. y tú habéis mantenido un relación estrictamente platónica durante los días que habéis pasado encerrados en la cabaña?

— No.

— Ya lo sabía yo — terminó de ajustar el pañal— Sunny, hace apenas un par de semanas que conoces a ese hombre.

— ¿Quiere eso decir que han cambiado tus puntos de vista acerca del amor libre?

— La revolución sexual ya terminó — replicó mientras vestía a Sam— Por varias y

buenas razones. Antes de que comiences a enumerarlas, me gustaría advertirte que en eso estoy de acuerdo contigo.

— Bien. Entonces empezamos a entendernos. Yo nunca he sido una mujer promiscua.

— Me alegro de oír eso — viendo que al bebé se le caían los ojos de sueño, lo acostó en la cuna e hizo girar el móvil de colores que colgaba del techo. — Pero tampoco he dicho que fuera virgen.

Will esbozó una mueca, debido a lo mucho que le disgustaba pasar por un padre puritano y anticuado.

— Supongo que eso ya lo sospechaba — repuso suspirando.

— Y ahora, ¿quieres que me quede sentada en una silla hasta que te pida disculpas?

— A estas alturas, no creo que eso tuviera mucho sentido. Mira, Sunbeam, no es que no confié en tu buen juicio...

Era sencillamente enternecedor. Sin poder evitarlo, Sunny le acunó el rostro entre las manos y lo besó.

— Pero tu buen juicio es mucho mejor que el mío, ¿verdad?

— Naturalmente — sonrió— Esa es una de las ventajas de haber pasado de los cuarenta.

— Tú nunca pasarás de los cuarenta — procuró disimular una sonrisa— Papá, quiero que me escuches. Ya antes había estado con hombres. Pero cuando lo he hecho, ha sido porque sentía afecto por esa persona, porque existía un respeto y una responsabilidad mutua. Eso es lo que mamá y tú siempre me habéis enseñado.

— Y ahora me vas a decir que no tengo por qué preocuparme de tu relación con J.T.

— No, no voy a decirte eso. Sino que estoy enamorada de él.

Will la miró a los ojos. Cuando un hombre había estado enamorado de una misma mujer durante toda su vida, sabía reconocer los síntomas. Y había llegado el momento de aceptar que había visto esos mismos síntomas en el rostro de su hija desde que traspuso el umbral de su casa.

— ¿Y?

— ¿Y qué? — la desafió ella.

— ¿Qué vas a hacer al respecto?

— Casarme con él — aquella confesión la sorprendió tanto que se echó a reír— Él todavía no lo sabe, porque acabo de decidirlo ahora mismo. Cuando regrese al Este, me iré con él.

— ¿Y si él se opone? — Sunny alzó la barbilla.

— Tendrá que aprender a resignarse.

— Supongo que el problema es que te pareces demasiado a mí.

Le echó los brazos al cuello, emocionada.

— Sé que lo quiero. Quiero vivir con él.

— Si te hace feliz... — William la apartó para mirarla— Será mejor que te haga

feliz... por su propio bien.

— ¿Sabes una cosa? No pretendo darle a elegir.

— Será divertido — Sunny logró aparcar bajo un gran letrero de neón con las palabras Club Rendezvous. Al ver que Jacob miraba las intermitentes luces de colores con dudosa expresión, le dio una tranquilizadora palmadita en la mano—. Créeme, esto es justo lo que necesitamos.

— Si tú lo dices...

— Lo digo. Además, si descubro que no sabes bailar, antes me desharé de ti y ahorraré tiempo — se echó a reír cuando él hizo un intento de retorcerle la oreja— Y me lo debes.

— ¿Cómo que te lo debo? ¿Por qué?

En un impulso, sacó el carmín del bolso y se pintó los labios.

— Porque si no hubiera esgrimido tan rápido una excusa, ahora mismo estarías cenando con mis padres.

— Me gustan tus padres.

Conmovida, se inclinó para besarlo en la mejilla. Y al ver que le había dejado huella, se apresuró a limpiársela con el pulgar.

— Maldita sea...

— Te lo mereces. Ya sé que te gustan mis padres. A mí también. Pero tú nunca has comido nachos y margaritas en casa de Will y Caro — bajando la voz, añadió con tono conspiratorio— Mi madre cocina.

— ¿Eso es un crimen en este Estado?

— Es que cocina cosas como fondue de alfalfa.

— Ah. Entonces supongo que sí te debo una.

— Me debes la vida — salió del todoterreno— Bueno, después de haber pasado un par de semanas disfrutando de la naturaleza más salvaje y virgen del mundo, creo que nos merecemos un poco de música en vivo, cuanto más alta mejor, mucha gente y el aire viciado del humo del tabaco.

— Suena a escenario paradisiaco — bromeó— Pero Sunny, no me parece correcto que tú lo pagues todo. Y yo... yo no tengo dinero.

Sunny pensó que era una pena que un hombre tan evidentemente inteligente y preparado ganara un salario tan pequeño.

— No te preocupes por eso. Ya me invitarás tú cuando vaya a Filadelfia.

Jacob necesitaba cambiar de tema a toda costa.

— Por cierto, quería preguntarte una cosa. ¿Cómo has llamado antes a ese vestido que llevas?

— ¿A este? — bajó la mirada al vestido corto de cuero rojo, sin tirantes, que llevaba debajo del abrigo— Sexy — respondió, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua

— ¿Cómo lo llamas tú?

— Oh, no importa.

Lo tomó del brazo y entraron en el local. Se olvidaron del frío de la calle cuando

abrieron la puerta y se sumergieron en una ola de música y calor.

— Ah... la civilización.

Jacob solo pudo ver una oscura sala iluminada por intermitentes haces de luz. La música sonaba tan alta como le había garantizado Sunny. Olía a humo, a alcohol, a sudor, a perfume. Y, como fondo, un rumor constante de voces y risas.

Sunny entregó sus abrigo en la entrada y se guardó una pequeña chapa en el bolso. En su fuero interno, Jacob le dio la razón. Él también necesitaba eso: no solo la estimulación sensorial, ni la anónima multitud, sino también una experiencia directa de los hábitos de socialización de finales del siglo veinte.

En general, era escasa la diferencia con la época de la que procedía. La gente, en todo tiempo y lugar, tendía a reunirse para divertirse. Deseaban música y compañía, comida y bebida. Los tiempos podían cambiar, pero las necesidades humanas eran básicamente las mismas.

— Vamos — Sunny tiró de él y se abrió paso entre la multitud hacia el espacio donde estaban las mesas, repartidas en dos pisos.

En el primero había una larga barra, detrás de la cual un camarero servía bebidas y platos de comida. La gente se arremolinaba frente a él. En un segundo nivel se encontraba el escenario donde estaban tocando los músicos. Jacob contó hasta ocho, todos vestidos de manera diferente y tocando arcaicos instrumentos cuyo sonido se proyectaba desde unas altas cajas negras, situadas a cada lado.

Frente a ellos, en un pequeño espacio, la gente se movía, retorció y convulsionaba al son de aquella música. La ropa que llevaban no podía ser más variada. Pantalones ajustados o sueltos, faldas largas o cortas, vestimentas de riguroso negro o de vívidos colores. De inmediato le gustó aquella heterogeneidad, aquella libre y saludable expresión de gustos personales.

Mientras lo observaba todo con una mezcla de asombro y maravilla, unas cuantas camareras iban de un lado a otro sosteniendo bandejas con bebidas o gritándose unas a otras. Ineficiente, pensó, pero al mismo tiempo interesante. Era mucho más sencillo pulsar un botón y recibir el pedido en cuestión de manos de un veloz androide. Pero de esa manera era mucho más simpático.

Sunny le hizo subir por una corta escalera curva y continuó abriéndose paso lentamente hasta una mesa vacía, que había divisado al fondo.

— Me había olvidado de que estábamos a sábado — le gritó, porque no había otra manera de hacerse oír—. Este local, los sábados, es como una casa de locos.

— ¿Por qué?

— La gente sale por la noche — le explicó, y se echó a reír—. Bueno, ¿qué te parece? Los Marauder están bien — al ver su gesto de extrañeza, añadió— Me refiero a la banda. Son muy calientes.

— Supongo que tendrán calor. Hace mucho calor aquí.

— Oh, no me refería a eso, sino a... No importa — de repente alguien la empujó por detrás, y se agarró a Jacob para sujetarse—. Mmmm. Te recuerdo que esta es nuestra primera cita. Nuestra primera salida juntos.

La besó. Y su satisfecho suspiro de placer desencadenó una especie de reacción en cadena en su interior.

— Bueno, si no logramos avanzar, siempre podemos quedarnos aquí — la atrajo todavía más íntimamente hacia sí— No creo que nadie se diera cuenta.

— Creo que antes tenías razón... con lo del calor— repuso Sunny, suspirando de nuevo— Quizá deberíamos...

— ¡Sunny! — sin previo aviso alguien la tomó de la cintura, la hizo girar y le plantó un sonoro beso en la boca— ¡Cariño, has vuelto!

— Hola, Marco.

— ¿Dónde te habías metido? — le preguntó mientras le pasaba un brazo por los hombros.

— En las montañas — sonrió, contenta de verlo. Era un hombre sencillo, nada pretencioso y del todo inofensivo. A pesar de aquel teatral beso, hacía años que ambos habían decidido no complicar su amistad con una relación sexual— . ¿Qué tal en el mundo real?

— Esto es una selva, cariño — miró por encima de su hombro y se resintió del impacto de un par de ojos verdes que lo miraban fijamente— . Ah... ¿quién es tu amigo?

— J.T. — Sunny apoyó una reconfortante mano sobre el brazo de Jacob— Te presento a Marco, un viejo amigo y compañero de timbas de póquer. No creo que te guste jugar con él, Marco. Es criminal.

Marco no tenía ninguna duda de ello.

— ¿Qué tal? — le preguntó, sin atreverse a darle la mano.

— Muy bien — Jacob lo miró de arriba abajo, decidido a romperle el cuello si se atrevía a volver a besar a Sunny.

— J.T. es el hermano del marido de mi hermana.

— Ajá — si Marco hubiera llevado corbata, se la habría aflojado de inmediato— Er... ¿necesitáis una mesa?

— Absolutamente.

— Nos hemos reunido unos cuantos allá al fondo, si queréis acompañarnos.

— De acuerdo — repuso Sunny, y miró a Jacob— ¿De acuerdo?

— Sí, claro — ya estaba disgustado consigo mismo. Para él, los celos siempre habían sido una reacción emocional, más que intelectual. Contempló sus largas piernas mientras se abría paso entre las mesas. Una reacción enteramente justificada. En aquel instante, no había nada que le pareciera más lógico y razonable.

Media docena de personas saludaron a Sunny por su nombre cuando se acercó a la mesa. Como la mayor parte de las presentaciones resultó inaudible con el estruendo de la música, Jacob simplemente asintió con la cabeza mientras se sentaba.

— Esta ronda la pago yo — anunció Marco cuando consiguió llamar la atención de una camarera— Lo mismo — le pidió— Más una copa de chardonnay para la dama y... — arqueando las cejas, miró a Jacob.

— Una cerveza. Gracias.

— De nada. Hoy he vendido tres coches.

— Me alegro — comentó Sunny, y le explicó a Jacob— Marco es vendedor de coches.

— Enhorabuena.

— Me las arreglo bien. Avísame cuando quieras comprar algo. Esta semana he recibido un lote fantástico.

Jacob advirtió que la joven morena que estaba sentada al lado de Marco se acercaba significativamente a él, rozándole el brazo.

— Lo haré

Aliviado de que el nuevo amigo de Sunny no mostrara ya una apariencia tan fiera como antes, Marco se atrevió a preguntarle con tono interesado

— Así que... ¿qué coche tienes tú, J. T.?

Un general rumor de desaprobación se alzó por toda la mesa. Marco lo encajó, resignado, mientras se llevaba un puñado de almendras a la boca.

— ¿Qué queréis que haga? Es mi trabajo.

— Ya. Como el de llevar a pobres viejecitas a hacer pruebas de conducción para convencerlas de que adquieran un coche — bromeó alguien.

— Es un medio de vida — sonrió Marco— Ninguno de nosotros es científico espacial.

— J.T. sí lo es.

— ¿De veras? — la morenita acercó su silla a la de Jacob. Tenía unos enormes ojos castaños... brillantes de promesas.

— Es una manera de decirlo.

— Oh, me encantan los hombres inteligentes.

Divertido, Jacob tomó la cerveza que le ofrecía la camarera y sorprendió, al mismo tiempo, la mirada que le lanzó Sunny desde el otro lado de la mesa. La reconoció. Eran celos. Nada podía haberlo complacido más. Bebió un buen trago y toleró resignado la bocanada de humo que la morena lanzó en su dirección.

— ¿En serio?

La joven no dejó de mirarlo a los ojos mientras aplastaba lentamente su cigarrillo.

— Oh, sí. La inteligencia me atrae muchísimo.

— Vamos a bailar — al instante Sunny se colocó detrás de Jacob y lo obligó a levantarse— Un buen intento, Sheila — musitó antes de llevárselo a la pista de baile.

— ¿Así se llama? ¿Sheila?

Sunny se volvió hacia él, alzando la barbilla.

— ¿A quién le importa cómo se llame?

— ¿No quieres que sea amable con tus amigos? — le puso las manos en las caderas. Con los tacones que llevaba ella, ambos quedaban al mismo nivel.

— No — hizo un puchero mientras le echaba los brazos al cuello— Al menos no con los que no juegan limpio.

Curioso, Jacob desvió la mirada hacia la mesa.

- ¿Te refieres a Sheila?
- Como si no lo hubieras notado. Por desgracia, su coeficiente intelectual está en proporción inversa a la medida de su busto.
- Yo prefiero tu... coeficiente.
- Me alegro — repuso, sonriendo— Aunque no puedo culparla por haberlo intentado. Eres guapísimo. Y sexy — le mordisqueó el labio inferior— E inteligente — «y eres mío. Todo mío», añadió para sí— . Dime, ¿qué significa la inicial «T»?
- ¿Qué «T»?
- La de J.T.
- Nada.
- Algún sentido tendrá. Mmmm. Bailas muy bien.

El saxo de la banda estaba tocando un blues. Apenas se movían, encerrados en la multitud de cuerpos que los rodeaba. Disfrutando de la caricia de su mano en la espalda y la de sus labios en el cuello, a Sunny no le habría importado quedarse así para siempre. Para toda la eternidad.

Jacob podía sentir el roce de sus muslos contra los suyos. El vestido de cuero se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, y no tardó en imaginarse a sí mismo quitándoselo lentamente. Bajó la cabeza para besarle un hombro desnudo.

- Hueles maravillosamente bien. Como un manantial verde en medio del desierto. Incapaz de resistirse, lo besó en los labios. Hasta perder casi el sentido.
- ¿J. T.?
- ¿Sí?
- No estoy muy segura, pero creo que podrían arrestarnos por esto.
- Merecería la pena.
- Vamos a casa. Creo que las multitudes ya no me gustan tanto como antes.

Se quedaron en Portland durante una semana, y Sunny pudo llevarlo a más locales nocturnos, a centros comerciales, al cine. Atribuía la constante fascinación que demostraba al hecho de que nunca antes hubiera estado en el Noroeste. Cada vez que salían a alguna parte, era como si él lo estuviese viendo todo por primera vez. Y era por eso por lo que Sunny disfrutaba de aquellas salidas como nunca antes lo había hecho.

Cuando estaban solos, cuando se estremecía de placer en sus brazos, se daba cuenta de que no le importaba dónde pudieran estar... mientras estuvieran juntos. A cada momento se sentía más y más profundamente enamorada, lo cual la llenaba de felicidad. Por primera vez en su vida comenzaba a pensar en un futuro con un hombre. Uno solo, el único. Se imaginaba pasando el resto de su existencia con él. Se imaginaba un hogar, y niños. Podía visualizar y escuchar las discusiones, el alboroto, las risas.

Decidió que, antes de que pasara mucho tiempo, hablarían sobre ello. Y empezarían a planificar. Jacob se había dado el plazo de una semana. Un puñado de días era algo minúsculo frente a la inmensidad de tiempo y, sin embargo, significaba tanto para él... Grababa y registraba todo lo que podía, y atesoraba el resto en su memoria. No quería olvidar ni un solo instante.

Pero, cuando se marchara, ¿cómo podría revelarle la verdad causándole al mismo tiempo el menor daño posible? Lo ignoraba. Y lo peor era que ya no creía tener el coraje y la fuerza necesarios para vivir sin Sunny.

Cuando emprendieron el regreso a la cabaña, se dijo que aquello era el principio del fin. Si aquello tenía que terminar, y él no veía alternativa alguna, terminaría honestamente. Se lo contaría todo.

— Estás muy callado — observó Sunny cuando enfilaron la larga y accidentada carretera que llevaba a la cabaña.

— Estaba pensando.

— Bueno, eso está bien, pero llevamos cinco horas sin discutir. Eso me tenía preocupada.

— Yo no quiero discutir contigo.

— Ahora sí que tengo motivos para preocuparme — sabía que estaba cavilando algo. Algo que le inspiraba un hondo temor. Deliberadamente procuró adoptar un tono de voz alegre, desenfadado— No tardaremos en llegar. Una vez que te encuentres atrapado en la cabaña, acarreando leña y todo eso, volverás a ser el gruñón de siempre.

— Sunny, tenemos que hablar.

— De acuerdo — tenía los nervios a punto de estallar cuando aparcó delante de la cabaña— ¿Antes o después de que descarguemos las cosas?

— Ahora — tenía que ser entonces. Le tomó una mano y pronunció las primeras palabras que le vinieron a la cabeza— . Te quiero tanto...

El nudo de terror que Sunny sentía en la boca del estómago se aflojó un tanto.

— Creo que nunca volveremos a discutir si sigues diciéndome estas cosas — se acercó para besarle en la mejilla. Fue entonces cuando advirtió que salía humo de la chimenea— Jacob, hay gente en la cabaña.

— ¿Qué?

— En la cabaña — vio que se abría la puerta— . ¡Libby! — soltando una carcajada de gozo, bajó a toda prisa del todoterreno— ¿Libby, me has dado un susto de muerte! — la abrazó emocionada— ¡Hey! ¡Qué morena estás!

— En Bora-Bora caliente mucho el sol — Libby besó a su hermana en las mejillas— Cuando regresamos anoche, al principio pensamos que te habías escapado para no vernos.

— Oh, solo fue un breve viaje al mundo real para recargar las baterías.

La risa de Libby era limpia y clara. Se notaba que conocía muy bien a su hermana pequeña.

— Eso mismo fue lo que le dije yo a Cal. Todos tus libros seguían aquí — de repente le tomó las dos manos con fuerza, conmovida— Oh, Sunny, me alegro tantísimo de verte. No puedo esperar más para decírtelo. Yo... — de repente un movimiento captó su atención, y vio a Jacob bajando del todoterreno. Cuando sus miradas se encontraron, la sonrisa se borró rápidamente de sus labios.

— ¿Qué pasa? Oh — sonriendo, Sunny se volvió— Adivina quién se ha dejado caer

por aquí. Jacob, el hermano de Cal.

— Lo sé — de pronto, Libby tuvo la sensación de que el suelo había cedido bajo sus pies. Había visto aquel rostro antes, en el retrato que Cal había conservado en su nave. Se miraron el uno al otro durante unos segundos, en silencio. «Ha venido a llevarse a Cal», pensó mientras ahogaba el grito de protesta que le subió por la garganta.

Jacob comprendió que estaba aterrada. Y en su interior se removió algo que procuró ignorar, tozudo. No sentiría piedad por ella. No pensaría en aquella mujer más que como un obstáculo que impedía el regreso de su hermano a casa.

— ¿Cómo que lo sabes? — instintivamente, Sunny rodeó los hombros de su hermana con gesto protector. Detectaba algo extraño entre ellos. Y ella era la única que no estaba en el secreto— Libb, estás temblando. No deberías quedarte parada aquí afuera, sin abrigo. Vamos dentro. Y tu también, J.T.

— Estoy bien — estremecida, Libby entró en la cabaña y acercó sus manos heladas al fuego de la chimenea. Ninguna fuente de calor físico podría abrigar su tembloroso corazón. No volvería a mirarlo, no hasta que hubiera recuperado mínimamente el control. Durante todo el tiempo, el germen del miedo había estado habitando en un remoto rincón de su mente. Durante todo el tiempo había sabido que algún día irían por él. Pero no había imaginado que fuera a ser tan pronto. Disponían de tan poco tiempo...

«El tiempo», reflexionó con amargura. Una palabra que había aprendido a odiar.

Sunny permanecía de pie entre uno y otro, perpleja. La tensión en la minúscula sala era tan densa que habría podido cortarse con un cuchillo.

— Muy bien — miró la rígida espalda de Libby y luego la pétrea expresión de Jacob, no sabiendo a quién dirigirse primero— . ¿Le importaría a alguien decirme qué es lo que está pasando?

— Hey, Libby, si ha sido esa hermana tan sexy que tienes, me gustaría decirle que...

Descalzo, y con la sudadera rota, Cal salió de la cocina. Todo el mundo se volvió para mirarlo. La sonrisa se le heló en la cara. Todo el mundo quedó paralizado donde estaba, como si el tiempo se hubiera detenido de pronto.

— J.T. — pronunció con una voz que era poco más que un susurro, mientras la alegría y la incredulidad batallaban en su interior— . J.T. — repitió. Luego, soltando una exclamación de júbilo, corrió a abrazarlo— ¿Oh, Dios mío, Jacob! ¿Eres tú de verdad!

Libby se quedó mirándolos hasta que las lágrimas le nublaron la vista y tuvo que volverse. Sunny, en cambio, estaba radiante de alegría. El reencuentro de los dos hermanos. Era maravilloso ver tanta ternura y emoción en el rostro de Jacob.

— No puedo creerlo — murmuró Jacob, escrutando, devorando su rostro

— ¿Cómo has llegado? — Jacob seguía agarrándolo de los brazos, necesitado de su contacto, de sentir que era real y que estaba allí, con él.

— De la misma manera que tú, pero con algo más de delicadeza. Tienes buen

aspecto — de alguna forma, había esperado encontrar a Cal pálido, delgado y cansado de andar bregando con el siglo veinte. Pero, en lugar de ello, tenía una apariencia absolutamente saludable. Y feliz.

— Tú también — dejó de sonreír— . ¿Y mamá y papá? ¿Cómo están?

— Bien.

Cal asintió. Aquel era un dolor con el que había tenido que aprender a vivir.

— Recibiste mi mensaje. No podía estar seguro.

— Lo recibimos — afirmó Jacob.

— Entonces ya conoces a Libby — el arrepentimiento se evaporó de repente. Volviéndose, tendió la mano a su mujer. Ella no se movió.

— Sí, nos conocemos — Jacob asintió con la cabeza y esperó a que ella diera el primer paso.

— Supongo que los dos tendréis muchas cosas que hablar — pronunció Libby, recurriendo a toda su fuerza de voluntad para mantener un tono de voz firme, sereno.

— Libby — murmuró Cal mientras se acercaba a ella, y le acarició la mejilla hasta que levantó la mirada hacia él. En sus ojos vio tanto amor como miedo— . No.

— Estoy bien — repuso— Tengo algunas cosas que hacer arriba. Así podréis hablar los dos tranquilamente — miró a Jacob— Sé lo mucho que os habéis echado de menos.

Y, volviéndose, subió apresurada las escaleras. Después de ver desaparecer a su hermana, Sunny miró el rostro serio de Cal y el malhumorado de Jacob.

— Insisto: ¿qué diablos está pasando aquí?

— Ve con ella, ¿quieres? — le puso una mano en el hombro— . No quiero que se quede sola.

— De acuerdo — ya podía darse cuenta, con solo mirarlos, de que por el momento no iba a conseguir ninguna explicación satisfactoria. Así que intentaría sacársela a Libby.

Cal esperó hasta que Sunny terminara de subir las escaleras. Enfrentándose de nuevo a su hermano, leyó la furia, la pasión y el dolor en sus ojos.

— Tenemos que hablar.

— Sí.

— Aquí no — declaró. Pensaba en su mujer.

— No, aquí no — Jacob, a su vez, pensó en Sunny— Iremos a mi nave.

Sunny se detuvo en la puerta del dormitorio. Suspirando profundamente, la abrió. Libby estaba sentada en el borde de la cama, las manos entrelazadas en el regazo. No lloraba. Las lágrimas no habrían sido tan desgarradoras como la desesperación que traslucía su rostro.

— Cariño, ¿qué sucede?

Libby creía estar viviendo un sueño. Una pesadilla. Alzó la mirada.

— ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

— Unas tres semanas — Sunny se sentó en la cama y le tomó las manos entre las

suyas— Háblame. Yo creía que ibas a ponerte muy contenta de conocer al hermano de Cal.

— Y lo estoy... por él — esperando que eso fuera verdad, se llevó una mano al estómago— ¿Te explicó por qué está aquí? ¿Te contó de dónde viene?

— Claro — asombrada, la sacudió suavemente de los hombros— Vamos, Libby, vuelve en ti. Puede que J.T. tenga una apariencia un tanto hosca, pero no es ningún monstruo. Simplemente ha estado muy preocupado por Cal, y quizá un tanto dolido de que su hermano te escogiera y se estableciera aquí.

— Oh, Dios — incapaz de permanecer sentada, Libby se levantó para acercarse a la ventana. Oyó el ruido de un motor y vio el todoterreno desaparecer en el bosque— Yo lo habría dejado ir — pronunció en voz baja, y cerró los ojos— . En aquel entonces estaba preparada para hacerlo. No podía pedirle que renunciara a su familia, a su vida. Pero ahora no puedo dejarlo marchar. No lo permitiré.

— ¿A dónde se marcharía?

Libby apoyó la frente en el frío cristal de la ventana.

— Jacob tiene que haberte contado lo terriblemente complicado que es todo esto.

Levantándose, Sunny se reunió con su hermana y le puso las manos sobre los hombros. Los tenía tensos, como cables de acero. Comenzó a darle una masaje para relajarlos.

— Cal es una persona adulta, Libby, y lo de quedarse aquí fue elección suya. J.T. simplemente tiene que aceptarlo.

— ¿Pero lo aceptará?

— La primera vez que llegó aquí, J.T. estaba furioso y resentido. Sencillamente no era capaz de entender los sentimientos de Cal. Pero las cosas han cambiado. Para él y para mí.

Lentamente, Sunny se volvió hacia ella. Lo que había en el corazón de su hermana estaba claramente escrito en sus ojos. Sintió una punzada de pánico.

— Oh, Sunny...

— Hey, no me mires así — sonrió— . Estoy enamorada, no enferma terminal.

— ¿Qué vas a hacer?

— Voy a volver con él.

Soltando un inarticulado gemido, Libby la abrazó. Desesperada.

— Por el amor de Dios, Libby, te estás poniendo tan dramática como Jacob. Solo se trata de Filadelfia. Te estás comportando como si fuera a instalarme en Plutón.

— No hay colonias humanas en Plutón. — Reprimiendo una carcajada, Sunny se apartó.

— Bueno, entonces supongo que habrá que descartar esa posibilidad. Tendremos que conformarnos con alquilar un apartamento en Filadelfia.

Libby miró fijamente a Sunny, y su expresión fue cambiando poco a poco. Las lágrimas que antes habían brillado en sus ojos se habían secado.

— No lo entiendes, ¿verdad?

— Entiendo que amo a J.T. y que él me ama a mí. Todavía no hemos hablado en serio de un compromiso duradero, pero solo es cuestión de tiempo — se interrumpió, recelosa— Libby, ¿por qué me estás mirando ahora como si quisieras retorcerme el cuello?

— El tuyo no — la voz de Libby había recuperado su firmeza. Tal vez fuera la de carácter más apacible de las dos, pero cuando la gente a la que amaba se veía amenazada, hasta la reina de las Amazonas habría palidecido a su lado— . El muy canalla...

— ¿Perdón?

— He dicho que es un canalla.

— Escucha, Libby...

Negó con la cabeza. No estaba dispuesta a que la interrumpieran ahora.

— ¿Te dijo que te amaba?

Sunny suspiró, a punto de perder la paciencia.

— Sí.

— Y te acostaste con él.

— ¿Has estado tomando lecciones con papá? — le preguntó, entrecerrando los ojos.

— Claro que te has acostado con él — musitó Libby, caminando de un lado a otro de la habitación— . Te enamoró, se acostó contigo, y ni siquiera ha tenido la decencia de decírtelo.

— ¿Decirme qué?

— Que Cal y él proceden del siglo veintitrés.

En medio del súbito silencio que siguió a aquellas palabras, Sunny la miró de hito en hito. «Demasiado sol», pensó de inmediato. Su pobre hermana se había chamuscado el cerebro en Bora-Bora. Lentamente se acercó a ella.

— Lib, quiero que te tumbes ahora mismo mientras yo te traigo un trapo frío para la cabeza.

— No — todavía furiosa, negó con la cabeza— Siéntate tú mientras yo te traigo un brandy. Créeme, vas a necesitarlo.

Cuando Cal entró en el puente de la nave, se vio invadido por una oleada de nostalgia. Las aeronaves de carga que solía pilotar siempre habían satisfecho su pasión por el vuelo, pero aquella era especial. Incapaz de resistirse, deslizó los dedos por la mesa de controles.

— Es una belleza, J.T. ¿Un nuevo modelo?

— Sí. Pensé que era preferible diseñarla específicamente para este viaje. Tuvimos que hacer algunos ajustes para mejorar su capacidad de maniobra y de resistencia al calor.

— Me encantaría pilotarla, para ver lo que es capaz de hacer.

— Adelante — Cal se echó a reír.

— No tendríamos más que volar algunos cientos de kilómetros para salir en la

portada del National Enquirer.

— ¿Qué es eso?

— Tendrás que verlo por ti mismo — reacio, se apartó de la mesa de controles y de la tentación que entrañaba. De nuevo contempló a Jacob, deteniéndose en cada rasgo— Dios mío, me alegro tanto de verte...

— ¿Cómo pudiste hacerlo, Cal?

— Es una larga historia — suspirando, se sentó en el asiento del piloto.

— Leí el informe.

— Hay cosas que no pueden registrarse en un informe. Tú la has visto.

— Sí, la he visto.

— La amo, J.T. No sabes cuánto la amo.

Jacob sintió una punzada de compasión, que de inmediato se esforzó por ignorar. En aquel momento no quería pensar en Sunny.

— Creíamos que estabas muerto. Seis meses.

— Lo siento.

— ¿Lo sientes? — Jacob se volvió para contemplar el paisaje nevado por la pantalla— Cinco meses y veintitrés días después de que te diéramos por perdido, tu nave aterrizó a unos sesenta kilómetros de la base McDowell, en el Bajá. Vacía. Recuperamos tus informes — miró a su hermano—Y tuve que ver sufrir otra vez a mamá y a papá, desgarrados por el dolor.

— Quería que supierais dónde estaba. Y por qué. J.T., yo no planifiqué esto. Tú viste el diario de a bordo.

— Sí, lo vi — tensó la mandíbula— Calculé las probabilidades que habrías tenido de salir de aquel agujero negro de una pieza. No había ninguna — por primera vez, sonrió— Siempre has sido un piloto condenadamente bueno, Cal.

— Ya, pero no puedes introducir la mano del destino en el banco de datos de un ordenador — durante los últimos meses, había reflexionado mucho sobre aquel episodio— Lo de Libby estaba escrito, J.T. Puedes calcular lo que pasará en el próximo milenio, y eso no cambiará. Por mucho que te quiera, no puedo regresar y abandonarla.

J.T. lo miró en silencio. Más que comprender lo que había pasado, lo odiaba. Semanas antes, tan solo unas semanas antes, habría discutido con Cal, le habría gritado, le habría incluso obligado a regresar con él. No le habría dado elección.

— ¿Tanto te ama?

La sombra de una sonrisa asomó a los labios de Cal.

— Ella nunca me pidió que me quedara. De hecho, hizo todo lo posible para ayudarme a preparar el viaje de regreso. Incluso me pidió que la dejara acompañarme. Habría sido capaz de renunciar a todo.

— Pero, en vez de eso, te quedaste aquí. Fuiste tú quien terminó renunciando a todo.

— ¿Crees que me resultó fácil tomar esa decisión? — le preguntó Cal. Se levantó como un resorte de la silla, furioso y frustrado a la vez— Es lo más difícil que he hecho en toda mi vida. Maldita sea, no tenía elección. No sabía si la nave aguantaría, y

no podía arriesgar su vida. Estaba preparado para arriesgar la mía, pero no la suya. Y no podía dejarla. Era imposible.

Jacob no quería comprenderlo. Pero lo comprendía.

— Me he pasado dos años enteros perfeccionando el mecanismo del viaje temporal, diseñando la nave, preparándolo todo. No voy a afirmar que más trabajo, más estudios, no hayan sido necesarios, pero lo conseguí sin mayores problemas. El factor de éxito ha sido del noventa por ciento. Vuelve a casa conmigo, Cal. Y con ella.

Cal contemplaba en silencio el paisaje nevado. Durante el último año había aprendido muchas cosas. Y la lección más importante era que la vida no era tan sencilla. Las decisiones como aquella no podían tomarse a la ligera.

— Hay otro dato que no has considerado, J.T. Libby está embarazada.

Sunny no decía nada. Durante la última media hora, había pasado de creer que su hermana padecía un caso no demasiado grave de insolación a preguntarse si no se habría vuelto rematadamente loca.

El siglo veintitrés. Agujeros negros. Naves espaciales. Finalmente se había sumido en un asombrado silencio mientras Libby le relataba la historia de una misión a Marte y del tropezón de Cal con un agujero negro que, por medio de una curiosa combinación de suerte, habilidad y la misteriosa mano del destino, lo había disparado a través del tiempo hacia las postrimerías del siglo veinte.

Y el aturdido y confundido Cal, un avezado piloto intergaláctico aficionado a la poesía, se habría convertido en un viajero del tiempo. Viajar a través del tiempo. «Oh, Dios mío», exclamó para sí. Recordaba claramente la leve sonrisa que había visto dibujarse en los labios de Cal cuando le habló de sus actuales experimentos. Pero eso no quería decir que... No. Aspiró profundamente, decidida a dominar su disparatada imaginación.

Tenía que tratarse de algún tipo de broma. La gente no viajaba, accidentalmente o no, a través del tiempo. Jacob era de Filadelfia, se recordó mientras tomaba otro trago de brandy. Era un científico algo excéntrico, eso era todo.

— No me crees — pronunció Libby con un suspiro. «Ten mucho cuidado y mucha paciencia», se ordenó Sunny, pasándose una mano por el pelo. Eso era lo que precisamente necesitaba su hermana en aquellos momentos.

— Cariño, vayamos más despacio...

— Crees que me lo estoy inventando.

— No sé muy bien lo que creo. De acuerdo, estás intentando decirme que Cal era un antiguo capitán de... ¿cómo era?

— Fuerza Internacional Espacial.

— Eso. Y que se estrelló con su nave en el bosque después de tener un encontronazo con un agujero negro.

Sunny había esperado que, al escuchar su propio relato de sus labios, su hermana pudiera darse cuenta de lo muy absurdo que sonaba. Pero Libby se limitó a asentir.

— Exactamente

— Exactamente — Sunny lo intentó de nuevo—. Y que, después, Jacob, a través de medios más perfeccionados, siguió su misma ruta a través del tiempo para poder visitar a su hermano.

— Quiere llevárselo de vuelta. Lo vi en sus ojos.

La tristeza que reflejaba la expresión de Libby la conmovió profundamente.

— Cal te ama — le tomó una mano—. Nada de lo que haga o no haga J.T. podrá cambiar eso.

— No, pero... Sunny, ¿es que no te das cuenta? Él no ha venido aquí movido por un simple impulso. Ha debido de haber trabajado durante meses, años incluso, para encontrar la manera de venir. Cuando un hombre se obsesiona con algo...

— De acuerdo — la interrumpió—. No vino aquí por un simple impulso. Por razones que todavía no he sido capaz de entender, le disgusta terriblemente que Cal se haya casado contigo y decidido vivir en Oregón.

— No es solo Oregón — le espetó Libby—. Es el Oregón del siglo veinte.

— Hey, tranquila, cariño. Sé que estás alterada, pero...

— ¿Alterada? Pues claro que estoy alterada. Ese hombre ha emprendido un viaje a través del tiempo y retrocedido más de doscientos años, de modo que no piensa volverse sin Cal.

Sunny se dejó caer en la cama, derrotada.

— Libby, tienes que volver en ti. Tú eres la más sensata de las dos, ¿recuerdas? Tienes que darte cuenta de que todo esto es un absurdo.

— Bien — decidió seguir una táctica distinta— ¿Puedes asegurarme, con toda sinceridad, que no has notado nada raro en J.T.? — alzó una mano antes de que Sunny pudiera responder— No estoy hablando de una excentricidad, sino de algo realmente extraño.

— Bueno, yo...

— Ah — tomando la vacilación de su hermana por una muestra de asentimiento, insistió aún más— ¿Cómo llegó hasta aquí?

— No sé lo que quieres decir.

— ¿Llegó en algún coche? Yo no he visto ninguno.

— No, no vino en un coche. Vino... — de pronto empezaron a sudarle las manos— Llegó caminando del bosque.

— Caminando del bosque — asintió Libby, sombría— En invierno.

— Lib, reconozco que J.T. es un poco raro.

— ¿Del tipo de los que se quedan deslumbrados o sorprendidos con las cosas más simples y ordinarias?

Sunny se acordó del grifo del fregadero.

— Bueno... sí.

— ¿Del tipo de los que no entienden la expresión coloquial más común?

— Eso también, pero... Libby, el hecho de que tenga esas rarezas no significa que sea forzosamente un extraterrestre.

— Un extraterrestre no — la corrigió Libby con tono paciente— Es tan humano como tú o como yo. Solo que procede del siglo veintitrés.

— ¿Solo eso?

— Tengo una manera mucho más sencilla de convencerte — se levantó y la tomó de la mano— Suceda lo que suceda en un futuro entre Cal y yo, lo solucionaremos juntos. Pero tú tienes que comprenderlo todo. Todo. Solamente estoy haciendo esto porque tienes derecho a saber en qué lío te has metido.

Sunny asintió en silencio. No se atrevía a hablar, porque una gran parte de lo que le había dicho Libby tenía horribles visos de sentido. Y tenía miedo, mucho miedo.

Del fondo de un cajón de su escritorio Libby sacó lo que parecía a todas luces un reloj. Bajo la atenta mirada de Sunny, le conectó un cable y empalmó el otro extremo

al ordenador.

— Ven a ver esto — le dijo después de encender el aparato. Recelosa, Sunny se acercó.

— ¿Qué diablos es?

— Es la unidad de pulsera de Cal. Un computador.

— Procesando.

Sunny dio un respingo al oír aquella voz metálica.

— ¿Cómo has hecho eso?

— Con una mezcla de tecnología del siglo veinte y del veintitrés.

— Pero... pero... pero...

— Todavía no has visto nada — le advirtió Libby, y se dirigió de nuevo a la pantalla—. Ordenador, quiero la información de archivo sobre Jacob Hornblower.

— Hornblower, Jacob, nacido en Filadelfia, 12 de junio de 2224. Astrofísico, actualmente responsable del departamento AP del Laboratorio Durnam, Filadelfia. Graduado en la Universidad de Princeton con sobresaliente cum laude en 2242, licenciado en Derecho en 2244. Status AAA. Doctorado en Astrofísicas en 2248. Ha participado en la Liga de Béisbol Intergaláctico MVP como lanzador. ERA 1.28.

Sunny reprimió una carcajada histérica.

— Para.

El ordenador se quedó en silencio. Temblándole las piernas, Sunny retrocedió hasta derrumbarse en la cama.

— Entonces es cierto.

— Sí. Respira profundo varias veces — le aconsejó Libby—. Se necesita tiempo para asimilarlo.

— Me dijo que estaba haciendo experimentos con viajes temporales — de puro nerviosismo, sintió unas incontenibles ganas de reír—. Esto sí que es bueno — cerró los ojos. Se dijo que aquello tenía que ser un sueño, un ridículo sueño. Pero cuando volvió a abrirlos, todo seguía igual. Oyó el ruido de la puerta principal al cerrarse, y se levantó como un resorte—. Voy a aclarar esto con él. Ahora mismo.

— ¿Por qué no ...? — Libby se interrumpió al ver que su hermana pasaba de largo a su lado—. No importa — y se sentó en la cama mientras ella bajaba las escaleras a toda prisa.

Pero era Cal quien había entrado en la cabaña, no Jacob.

— ¿Dónde está? — le preguntó Sunny.

— Está... er, fuera. ¿Está Libby arriba?

— Sí — con las piernas separadas y una expresión desafiante en los ojos, le bloqueó el paso a las escaleras—. Está muy alterada.

— No tiene por qué.

Como lo que vio en su mirada resolvía algunas de sus dudas, se relajó un tanto.

— Me alegro de que te hayas dado cuenta de que eres un tonto con suerte, Caleb.

— Yo también te quiero.

En un impulso, lo besó en una mejilla. «Después», decidió. Después pensaría sobre todo aquello. Y probablemente se volvería loca. Pero ahora tenía algo que hacer.

— Quiero saber dónde está ese gusano que tienes por hermano. Y no intentes detenerme. Libby me lo ha contado todo.

Pero Cal prefería mostrarse prudente.

— ¿Qué es lo que te ha contado? — Sunny lo miró, ladeando la cabeza:

— ¿Es demasiado tarde para darte la bienvenida al siglo veinte?

— No — sonrió— . J.T. está en su nave. A unos cinco kilómetros hacia el Nordeste. Solo tienes que seguir las huellas del todoterreno — la sujetó de un brazo antes de que pudiera marcharse— . Lo ha pasado muy mal, Sunny. Yo le he hecho mucho daño.

— No tanto como el que le voy a hacer yo.

Se dispuso a añadir algo, pero recordó que Jacob siempre había sido capaz de cuidar de sí mismo. Así que subió a ver a su mujer.

Libby seguía todavía sentada en la cama, mirando sin ver el paisaje que se divisaba por la ventana. Tenía una expresión tranquila, con las manos entrelazadas sobre el regazo como si quisiera proteger la vida que se estaba desarrollando en su interior. Mirándola, Caleb pensó que jamás amaría a nadie como a aquella mujer.

— Hola.

— Hola — dio un respingo, forzando una sonrisa— Hoy tengo un día muy ocupado — se levantó antes de que él pudiera decir algo— . Tengo docenas de cosas que hacer. Aún no he terminado de deshacer el equipaje y para esta noche quiero preparar una cena especial...

— Espera un momento — la tomó de los brazos, impidiéndole escapar, y la atrajo suavemente hacia sí— Te amo, Libby.

— Lo sé — apoyó la cabeza sobre su hombro.

— No, no creo que lo sepas — le alzó delicadamente el rostro para mirarla a los ojos— ¿Cómo has podido pensar que podría marcharme? No me marché entonces ni lo haré ahora.

Libby se limitó a sacudir la cabeza, en silencio.

— Siéntate — murmuró él.

— Caleb, no sé qué decirte — se sentó, retorciéndose las manos— Me imagino cómo debes de sentirte, teniendo a tu hermano aquí cuando ya te habías hecho a la idea de no volver a verlo. Recordándote con su presencia todo aquello a lo que has renunciado, la gente que has dejado atrás...

— ¿Has terminado?

Su única respuesta fue un triste encogimiento de hombros.

— J.T. me dio una copia de la carta que encontró cuando estuvo desenterrando nuestra cápsula del tiempo — se sentó a su lado— . No la leyó. Aún sigue en su sobre.

— ¿Cómo pudo conseguirla si todavía está en... — se interrumpió, riéndose de sí misma— Una estúpida pregunta.

— Tú la pusiste en la cápsula para que yo pudiera leerla cuando regresara.

Sacó la carta del bolsillo y Libby la miró asombrada. Tenía el mismo aspecto que cuando la metió en la caja, y aun así... el papel era diferente, advirtió nada más tocarla. Más grueso, más fuerte. Y, añadió para sí misma, probablemente no era papel. Al menos el tipo de papel en el que ella estaba pensando.

— Cuando volvía de la nave de J.T., me detuve para leerla — la sacó del sobre— Si hubiera estado lo suficientemente loco para dejarte, esto me habría hecho volver. Otra vez.

— Se suponía que no era esa la intención.

— Lo sé — le tomó una mano y se la llevó a los labios— Por eso significa tanto para mí. ¿Te acuerdas de lo que escribiste?

— Algo.

— Voy a leerte una parte — bajó la mirada a la carta— Quería que supieras que, en mi corazón, siempre quise que estuvieras en el lugar al que pertenecías. Allí donde te correspondiera estar. ¿Eras sincera cuando escribiste esto?

— Sí.

— Entonces supongo que te alegrarás de saber que estoy exactamente en el lugar al que pertenezco, en el que me corresponde estar — mientras le sembraba el rostro de besos, la hizo tumbarse suavemente en la cama— Contigo.

Sunny no tuvo mayor problema en encontrar las huellas del todoterreno. Unas llevaban a la cabaña y las otras en dirección contraria. Con expresión sombría agarró con fuerza el volante, con la mente en blanco.

No quería pensar. Todavía no. Una vez que empezara a hacerlo, sería como lanzarse por un abismo. Ciertamente siempre había tenido una gran afición por lo inusual, por lo insólito... pero aquello era ya demasiado.

Cuando divisó la nave, instalada cómodamente en un lecho de nieve, frenó de golpe. Parecía tan grande como una casa. Imaginó que todavía debía de ser la mitad de grande que el carguero que había pilotado Cal. Probablemente de líneas más elegantes, más llamativas. Su pulida superficie blanca reflejaba los rayos del sol. Distinguió lo que parecía ser una ventana que rodeaba la proa. Y, sin aliento, vio a Jacob asomándose a ella para mirarla.

El hecho de ver a Jacob dentro de aquel aparato, dentro de algo que ni siquiera debía existir, transformó su estupor en furia. Bajó del todoterreno y se dirigió decididamente hacia la nave.

Jacob activó un mecanismo y la puerta se abrió, adelantando al mismo tiempo una escalerilla de acceso. Sunny subió por ella, ya no tan decidida. Le tendió una mano para ayudarla a entrar.

— Sunny, yo... — pero lo que había pensado decirle quedó bruscamente interrumpido por el impacto de un puño en su mandíbula. Se tambaleó hacia atrás, aturdido, hasta caer en cubierta.

Sunny se irguió sobre él, colérica.

— Levántate, miserable cobarde, para que pueda volver a pegarte.

Jacob se quedó sentado en el suelo por un momento, frotándose la mandíbula. No

le importaba el golpe; de hecho, se lo había esperado. Pero no le gustaba que lo llamaran cobarde. Bajo esas circunstancias, sin embargo, sería mejor que la dejara desahogarse un poco.

— Estás enfadada.

— ¿Enfadada? — siseó entre dientes—. Voy a demostrarte si lo estoy o no... — y como evidentemente no parecía dispuesto a levantarse, se abalanzó hacia él.

Jacob encajó otro golpe antes de que pudiera agarrarle las dos manos.

— Maldita sea, Sunny, para ya. Voy a tener que hacerte daño.

— ¿Hacerme daño? — ciega de furia, forcejeó todo lo que pudo mientras Jacob lograba situarse encima de ella. Pero en esa ocasión su rodilla lo tomó desprevenido e hizo impacto en el punto más vulnerable de su cuerpo.

Sin aliento, se derrumbó sobre ella.

— Quítate de encima, canalla.

Si su vida hubiera dependido de ello, tampoco habría podido moverse. El dolor, merecido o no, se le disparaba desde la entrepierna hasta el cerebro. Su única defensa consistía en su peso.

— Sunny... — jadeó—. Tú ganas.

La lucha también había consumido las fuerzas de Sunny. No quería que él supiera lo muy débil e indefensa que se sentía. Tensa la mandíbula, rezó para que no le temblara la voz.

— He dicho que te quites de encima.

— Lo haré, tan pronto como me asegure de que no estoy muerto — levantó la cabeza.

Vio entonces que estaba llorando. Grandes y silenciosas lágrimas rodaban por sus mejillas. Más afectado por ellas que por el golpe recibido, sacudió la cabeza.

— No — se las enjugó, pero siguió llorando—. Maldita sea, Sunny, no llores.

— Apártate.

Rodó a un lado, decidido a dejarla sola hasta que se recuperara. Pero antes de que pudiera darse cuenta de ello ya la había estrechado entre sus brazos, acariciándole tiernamente el cabello.

— No me toques — estaba tensa y rígida. La furia y la humillación batallaban fieramente en su interior— No quiero que me toques.

— Lo sé. Pero no puedo evitarlo.

— Me mentiste.

— Sí — le besó el pelo—. Lo siento.

— Te aprovechaste de mí.

— No. Tú lo sabes tan bien como yo.

— No te conozco — intentó apartarse, pero él la abrazó con más fuerza. Bruscamente le echó los brazos al cuello, enterrando el rostro en su pecho— Te odio. Te odiaré mientras viva.

Las lágrimas no corrían ya en silencio, sino a golpe de sollozo. Jacob no hablaba, no tenía nada que decirle a aquella mujer que se le había metido en el alma.

Comprendía a la mujer fuerte que acababa de golpearlo, sabía enfrentarse a la mujer que luchaba, se resistía, atacaba. Pero aquella otra que sollozaba desesperadamente en sus brazos... era un misterio. Indefensa, frágil, desengañada. Y de esa Sunny también se había enamorado.

Se aferraba a él, odiándose a sí misma. Quería pegarle, castigarlo por haberle roto el corazón, pero solo podía abrazarlo y aceptar así el consuelo que le estaba ofreciendo.

Suavemente Jacob la levantó en brazos. Necesitaba consolarla, protegerla, amarla. Quería acariciarla hasta secarle las lágrimas, mecerla hasta que dejara de temblar y de sufrir. Y por encima de todo ansiaba demostrarle que, de todas las cosas que había hecho, enamorarse de ella había sido la más importante.

Sunny no podía evitarlo, aunque se despreciaba a sí misma por cada lágrima que estaba derramando. Era incapaz ya de luchar contra él. Jacob la llevó a su cabina, donde la luz era más tenue. La cama era de agua, cubierta con sábanas color azul pálido. Las paredes también eran azules. Con ella en brazos, se tumbó en la cama.

Cuando los sollozos comenzaron a menguar, le sembró el rostro de besos, desde la sien hasta la boca. Todavía le temblaban los labios. Rechazando su beso, Sunny se volvió y le dio la espalda.

— Sunny — le acarició un hombro— . Por favor, hálame.

No se molestó en retirarle la mano. Simplemente se quedó mirando la pared, ensimismada.

— Me siento como una estúpida. Llorando en tu hombro después de lo que me has hecho.

— Yo nunca quise hacerte daño.

— Mentir es hacer daño.

— Yo no te mentí. Solamente no te dije la verdad — podía ver la lógica de su comportamiento, necesitaba verla. Pero dudaba que ella pudiera— . Hoy mismo iba a contártelo todo.

Sunny estuvo a punto de soltar una sarcástica carcajada.

— Todavía siguen usando ese viejo truco en el siglo veintitrés? — lo había dicho en voz alta. En el siglo veintitrés. Y se encontraba en una aeronave espacial con un hombre que no habría nacido hasta mucho después de que ella hubiera muerto. Habría preferido creer que todo aquello era un sueño, pero el dolor era demasiado real.

— Vine a buscar a mi hermano — le confesó Jacob— Nunca creí que terminaría relacionándome contigo, enamorándome de ti. Todo sucedió tan rápido...

— Y yo estaba presente, ¿te acuerdas?

— Mírame.

Pero Sunny negó con la cabeza.

— Simplemente olvidémoslo, J.T. Un hombre como tú probablemente se crea con derecho a enredarse con una mujer no en cada puerto... sino en cada siglo.

— He dicho que me mires — agotada su paciencia, la hizo volverse— Yo te amo.

Aquellas palabras parecieron debilitar la resolución de Sunny. Su única defensa

era el furor.

— Parece que la definición de amor ha cambiado con el curso del tiempo. No pierdas el tiempo. Me las arreglaré perfectamente.

— ¿Querrás escucharme?

— No importa lo que quieras decirme.

— Entonces no te hará daño oírlo.

Sunny negó enérgicamente con la cabeza. Ahora que ya había dejado de llorar, estaba lista para enfrentarse nuevamente con él.

— Tú nunca pretendiste quedarte conmigo, construir una vida conmigo. Para ti lo nuestro solamente fue un arreglo temporal. Pero no puedo culparte por eso. Tú nunca me prometiste nada, solo te dejaste llevar, es cierto. En cualquier caso, yo soy la responsable de mis propios sentimientos y te detesto por no haber sido sincero desde el principio.

— Era demasiado complicado. No sabía cómo ibas a reaccionar...

— Se supone que los científicos hacen experimentos. Y tú lo eres, ¿no?

— Sí. De acuerdo. El hecho es que, cuando estaba contigo, no quería pensar en nada ni en nadie excepto en ti — cuando forcejeó para volverse, la mantuvo quieta donde estaba— Querías sinceridad, ¿no? Pues escúchame. Al principio hice lo que hice porque no tenía otro remedio. No podía detenerme. Y tampoco quería. Si me equivoqué, fue porque dejé de pensar con la cabeza. Si lo estropeé todo, fue porque no sabía cómo relacionarme contigo en este tiempo y en este lugar, en este siglo. Pensé que no podía contártelo todo, que eso habría sido un error. Luego, cuando me enamoré de ti, ya no supe qué hacer — frustrado, le acarició una mejilla— Sunny, no creía que fuera posible revelarte la verdad. Y no sabía cómo... — se interrumpió, maldiciendo entre dientes— Si hubiera sido posible, te habría dado más romance, pero no tenía ningún regalo para ti.

— ¿Romance? ¿Regalo? — había pensado que estaba demasiado agotada para volver a enfadarse. Pero estaba en un error— ¿De qué demonios estás hablando?

— De romanticismo — repitió, algo avergonzado— De una especial atención en forma de mimos, halagos y entrega de regalos... — repitió la definición que le había facilitado el banco de datos de su ordenador.

— Es la cosa más estúpida que he oído nunca. ¿Romance? ¿Es esa la manera que tu superior especie tiene de definir el romanticismo? — le apartó las manos— Imbécil. El romanticismo nada tiene que ver con el halago o los regalos. Tiene que ver con el cariño y la ternura, con el hecho de compartir sueños y esperanzas. Tiene que ver con la sinceridad.

— Esto es sincero...

Y la besó en los labios. Sunny se dispuso a resistirse, a rechazarlo con un helado desdén. Pero por primera vez la boca de Jacob no se mostró ávida, ni apasionada, ni desesperada. En lugar de todo eso, se mostró infinitamente tierna. La belleza de aquel beso la conmovió, y su defensiva actitud de desinterés se derritió como la nieve en primavera.

La miró. Sunny creyó leer la confusión en sus ojos. Se dijo que no importaba, que no debía importarle. No podía permitirse caer en aquella trampa por segunda vez. Pero él le acarició la mejilla y volvió a besarla.

Hasta ese momento, Jacob no había imaginado que el hecho de expresar ternura pudiera ser algo tan debilitador y satisfactorio a la vez. Hasta entonces, siempre había experimentado poder cuando la tocaba. Un poder enorme. Pero ahora solo sentía un delicioso y plácido calor derramándose por todo su ser. Y quería compartirlo con ella, demostrarle lo muy preciada que era y sería siempre para él.

— Te amo — murmuró. Cuando ella intentó negar con la cabeza, se limitó a repetir aquellas dos palabras mientras la besaba de nuevo.

Sunny no podía luchar contra aquello. No cuando su cerebro se hallaba envuelto en aquella niebla, y su cuerpo sumergiéndose en aquella densa y dulce oscuridad. Soltó un tembloroso suspiro al intentar pronunciar su nombre.

«Tiempo», pensó Jacob mientras profundizaba el beso con exquisita lentitud. Sí. Se tomarían tanto tiempo como necesitaran. Y cuando su tiempo hubiera terminado, Sunny sabría que él nunca volvería a amar a nadie como la había amado a ella.

La desvestió. Aunque le temblaban los dedos por la intensidad de sus propias emociones, ninguno de los dos se apresuró. Botón a botón fue desabrochándole la camisa, besando la piel desnuda que iba descubriendo. Ya no había deseo ni avidez, sino una agridulce, casi dolorosa ternura.

Rindiéndose, Sunny le quitó el suéter para poder sentir la calidez de su piel contra la suya. Si solo hubiera dispuesto de aquel día para vivirlo, habría olvidado todos los ayeres, todos los mañanas. Cuando sus labios se encontraron, fue como si se besaran por primera vez. La primera vez que se amaban.

Aquellos instantes los recordaría por siempre. El sabor de sus labios, aquellas dulces palabras susurradas contra su boca. No eran promesas. No podía haberlas. Pero estaba aquel verde profundo de sus ojos, en los que se hundía sin remedio. Aquella inefable ternura de sus manos.

Jacob le fue deslizand los vaqueros siguiendo su recorrido con la boca, por las caderas, los muslos, los tobillos. En aquella silenciosa habitación sumida en la penumbra, no existía el día ni la noche. Solo un corazón tan lleno de amor que era indestructible, que nadie podría nunca romper.

Tuvo la sensación de que estarían para siempre así, solos, amándose. Con el amor que sentía por ella navegando en su sangre, infiltrándose en sus huesos para nunca abandonarlo. Una sensación que lo llenaba de gozo. Porque Sunny estaría con él, a pesar del tiempo y la distancia.

Entró en ella, anhelante. Sunny lo acogió con incondicional generosidad. Y el tiempo se detuvo, hermoso en su inmovilidad.

Sunny se despertó, parpadeando en la oscuridad, y sintió miedo. A su lado, la cama estaba fría. Se había ido. El pánico le atenazó la garganta. Contuvo las ganas de gritar e intentó tranquilizarse.

Pero no se había marchado, o al menos no se había ido muy lejos, porque ella

seguía en la nave, en su cama. Con el corazón latiéndole acelerado, se quedó tumbada e intentó pensar.

Jacob le había hecho el amor con tanta dulzura, con tanta delicadeza, con tanta ternura... Como si fuera una despedida. Intentando contener las lágrimas, se prometió que no volvería a llorar. Llorar no resolvía nada. Si lo amaba, que lo amaba, lo único que podía hacer al respecto era mantenerse firme. Se vistió y fue a buscarlo.

No lograba orientarse en la nave. Había otra cabina, más pequeña que la de Jacob pero decorada con los mismos tonos de azul. Atravesó una sala que supuso debía de ser la cocina, porque vio un extraño tipo de horno y una barra de metal con una especie de cartón vacío de bebida. Al fin lo encontró en el puente de mando, sentado ante la mesa de controles. Llevaba unos vaqueros como única ropa. La pantalla mostraba un panorama de bosques y la sombra de altas montañas al fondo. Mantenía la vista fija en aquel paisaje mientras hablaba con el computador de a bordo.

— Coordenadas para mil quinientas horas.

— Afirmativo.

— Preferido destino lo más cercano posible a la fecha, hora y posición de la partida original.

— Comprendido.

— Estimación aproximada de tiempo de vuelo y salto temporal.

— Calculando... Estimación tres horas y veintidós minutos desde la salida hasta la órbita del sol. ¿Desea un cálculo más exacto?

— No.

— Jacob — Se giró en su sillón, maldiciendo entre dientes.

— Desconexión — La pantalla del ordenador quedó en blanco— Creía que estabas durmiendo.

— Lo estaba — acusaciones, amenazas, súplicas estuvieron a punto de aflorar a sus labios. Las contuvo. Se había prometido a si misma que sería fuerte— Te vuelves, ¿verdad?

— Tengo que hacerlo — se levantó para acercarse a ella— Sunny, he intentado encontrar otra manera. No la hay.

— Pero...

— ¿Quieres a tus padres?

— Sí, por supuesto.

— Y yo a los míos — le tomó una mano— . No puedes imaginarte todo lo que pasamos cuando pensábamos que Cal había muerto. Mi madre... es una mujer muy fuerte, pero cuando le comunicaron que había desaparecido, y probablemente muerto, estuvo a punto de consumirse de dolor. Y así días, semanas, meses.

— Lo siento — repuso con tono suave.

Jacob sacudió la cabeza. Todavía le costaba hablar de aquello.

— Luego, cuando descubrimos la verdad, intentaron aceptarlo. Estaba vivo, y eso era lo importante. Pero saber que nunca más volverían a verlo, ni a saber nada más de él... — se interrumpió, frustrado— . Sin embargo quizá puedan aceptarlo, sobre todo

cuando les explique que es feliz aquí, muy feliz. Cuando les cuente lo de su hijo.

— ¿Qué hijo?

— El que va a tener Libby. ¿No te lo dijo ella?

— No — estremecida, Sunny se llevó una mano a la cabeza— Todo esto es tan confuso. Y yo... así que Libby está embarazada — riendo suavemente, dejó caer la mano— ¡Vaya! Ahora resulta que voy a tener un sobrino, o una sobrina — le parecía perfecto, extrañamente adecuado que cuando su propio mundo se encontraba en su momento más tenebroso, surgiera de repente aquella pequeña chispa de vida, y de esperanza, en el futuro. En el mismo futuro en el que no estaría Jacob. Bueno, un bebé solo tarda nueve meses en nacer — comentó, intentando adoptar un tono ligero— . Supongo que no habrás pensado en la posibilidad de quedarte al menos hasta saber si va a ser niño o niña.

Jacob pensó en lo fácil que era ver a través de aquella sonrisa. Detrás de aquellos ojos, donde anidaba la tristeza.

— No puedo arriesgarme a dejar la nave aquí durante tanto tiempo... y ya he sobrepasado los cálculos que había hecho al venir. Sunny, mis padres tienen el derecho, y la necesidad, de saber de la vida de Cal, de su hijo. De su nieto.

— Por supuesto.

— Si pudiera quedarme... allí no hay nada que signifique tanto para mí como lo que he encontrado contigo. Tienes que creerme.

Sunny se esforzó por mantener la serenidad mientras su mundo se desmoronaba en silencio.

— Lo que creo es que me amas.

— Te amo. Pero si no vuelvo, si no les doy eso a mis padres, nunca podré vivir en paz conmigo mismo.

Sunny se volvió, porque lo comprendía demasiado bien.

— Una vez, cuando tenía nueve o diez años, me perdí. Estábamos pasando el verano en la cabaña y yo quería explorar los alrededores. Pensaba que conocía bien el bosque. Pero me perdí. Pasé una noche entera debajo de un árbol. Cuando mamá y papá me encontraron a la tarde siguiente, estaban desesperados. Nunca había visto ni volvería a ver llorar así a mi padre.

— Entonces sabrás por qué no puedo darles la espalda.

— Sí, por supuesto — forzó una sonrisa mientras se volvía hacia él— Siento haber montado aquella escena antes.

— No...

— Lo siento de verdad. No tenía derecho a decirte esas cosas. Todavía me cuesta ponerme en tu lugar cuando llegaste, imaginarme lo que debiste de sentir mientras esperabas a que volviera Cal.

— No fue tan duro. Te tenía a ti.

— Sí — extendió una mano para acariciarle una mejilla, pero casi al instante la dejó caer— Me alegro de haberte conocido. Quería que lo supieras.

— Sunny..

— Entonces, cuándo te marchas? — deliberadamente, se colocó fuera de su alcance. Si la tocaba, por muy leve que fuera su contacto, se derrumbaría.

— Mañana.

Tuvo que juntar las rodillas para evitar que le temblaran.

— ¿Tan pronto?

— Pensé que era lo mejor. Para todo el mundo.

— Creo que tienes razón — mintió— Pero querrás pasar algo más de tiempo con Cal. Has hecho un largo camino para verlo.

— Hablaré con él por la mañana. Y con Libby también — añadió— Quiero reconciliarme con ella.

Después de escuchar aquello, a Sunny ya no le costó tanto sonreír.

— Están hechos el uno para el otro. Tú también te has dado cuenta, ¿verdad?

— Habría que estar ciego para no verlo. Dejando a un lado la ciencia y la lógica, a veces los sentimientos son las fórmulas más precisas y exactas — sintiéndose algo más fuerte, le tendió la mano— Me gustaría pasar esta noche aquí, contigo.

Jacob la atrajo hacia sí, emocionado.

— Volveré — cuando ella negó con la cabeza, la apartó para mirarla. En sus ojos volvía a brillar tanta furia como pasión— Volveré. Te lo juro. Necesitaré un poco más de tiempo, algunas pruebas. En solo dos años conseguí llegar hasta aquí. En dos años más mejoraré la mecánica de este viaje hasta convertirlo en algo tan fácil como llegar a Marte.

— Llegar a Marte — repitió ella.

— Confía en mí. Cuando lo consiga, tendremos más tiempo para estar juntos.

— Más tiempo... — murmuró Sunny, y cerró los ojos.

Sunny se marchó antes de que Jacob se despertara. Le pareció lo mejor. No había dormido nada. Se había quedado despierta durante toda la noche intentando encontrar alguna solución.

Jacob había dejado puesta una música lenta, romántica, obra de un compositor del que ella nunca había oído hablar. Y había ajustado la iluminación de la cabina de manera que simulara la luz de la luna.

Para dar un toque romántico, pensó. Ya comprendía lo que había querido decirle, y lo amaba aún más por ello. Aquella noche le había dado todo lo que le había resultado posible darle, excepto lo que ella más ansiaba: un futuro.

Mientras reflexionaba sobre el giro que había dado su vida, se dio cuenta de que, hasta ese momento, todas las decisiones que había tenido que tomar habían sido planas, blancas o negras. Una elección solo podía ser acertada o errónea. Pero en esa ocasión, la más trascendental de su vida, había docenas de zonas intermedias de sombra.

Condujo lentamente de regreso a la cabaña. Era imposible una segunda despedida. Había dolores que no podían soportarse dos veces. Sunny solo podía confiar en que Jacob comprendiera lo que estaba haciendo. O que lo comprendiera ella misma.

Aparcó detrás de la cabaña y se quedó sentada durante un rato en el todoterreno, contemplando el brillo del hielo en las ramas de los árboles bajo el sol de la mañana. Escuchando el sonido del silencio del bosque. Paladeando en el aire el sabor de la nieve que estaba a punto de caer.

Con parsimonia, luchando contra el dolor, bajó del vehículo y entró en la cabaña por la puerta que daba a la cocina.

Libby había dejado una luz en la ventana. Al ver el resplandor de la vieja lámpara de queroseno, los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas. Procurando contenerlas, se sentó ante la mesa y deslizó los dedos por su pulida superficie, como Jacob había hecho tan solo unas semanas antes.

— Te has levantado temprano.

Sunny alzó los ojos y se encontró con los de su hermana.

— Hola — sonrió — Mamá.

Instintivamente Libby se llevó una mano al vientre.

— Jacob te lo dijo. Y yo que quería haber sido la primera en contártelo...

— Las buenas noticias lo son cualquiera que sea la fuente — se levantó para abrazarla. Sentía la necesidad de aferrarse a su felicidad — ¿No tienes náuseas por la mañana?

— No. La verdad es que nunca me he sentido mejor.

— Será mejor que Cal te mime lo que te mereces. Por su bien.

— Descuida — Libby se apartó un poco para mirarla detenidamente. Tenía ojeras, la mirada triste — ¿Qué tal estás?

— Bien — como las piernas le flaqueaban de nuevo, volvió a sentarse a la mesa — Lamento lo de ayer. Cuando me marché tan bruscamente.

— No importa.

Libby iba vestida con un holgado y grueso suéter y pantalones de pana, su atuendo favorito para la montaña. Observándola, Sunny pensó que nunca la había visto tan hermosa. Y se preguntó si alguna vez llegaría ella a llevar una vida en su interior, a sentirla crecer dentro de su ser.

— Lo tumbé de un golpe.

— Me alegro — repuso Libby con tono aprobador. Luego se volvió para llenar una tetera y ponerla al fuego— ¿Te apetece desayunar?

— Más tarde quizá.

— Sunny, lo siento tanto...

— Pues no lo sientas — se le acercó por detrás, poniéndole una mano en el hombro— Estoy bien, de verdad.

— Lo amas.

— Sí, lo amo.

Anhelando poder contagiarle a su hermana la felicidad que sentía, Libby apoyó la mejilla contra su cabello.

— Cal dice que J.T. pretende mejorar su técnica de viaje temporal.

— Es verdad. Él mismo me lo contó.

— Es un hombre brillante, Sunny. Verdaderamente brillante. Leí el resto de su currículum. Y el hecho de que pudiera hacer este viaje en tan solo dos años es una prueba de ello. Una vez que termine con sus pruebas, volverá.

— Espero que pueda — cerró los ojos— Ojalá — luego, soltando una nerviosa carcajada, se cubrió el rostro con las manos— . Si alguien nos viera en este momento... Estamos hablando de todo esto como si fuera lo más natural del mundo. Debo de seguir aún bajo los efectos del shock.

— Al cabo de año y medio, todavía hay mañanas en que me despierto preguntándome si todo lo que ha pasado en este tiempo no habrá sido un sueño.

— Pero tú tienes a Cal — murmuró Sunny— Él está contigo para demostrarte que es real, que no te has imaginado nada.

— Sunny, si yo... — se interrumpió cuando Cal entró en la cocina. Se encogió de hombros, impotente— . ¿Hay algo que yo pueda hacer?

— No. Me las arreglaré. Te lo prometo.

— Voy a salir a respirar un poco de aire fresco — anunció Libby—al, ¿quieres encargarte del té?

— Claro.

Sunny los conocía lo suficientemente bien para adivinar que ambos habían previsto que Cal tuviera unas palabras con ella a solas.

— ¿Qué te apetece? — le preguntó Cal una vez que hubo salido Libby— ¿Rosquillas o tostadas carbonizadas?

— J.T. arregló la tostadora.

— ¿De veras? Siempre le ha gustado hurgar en los aparatos — la tetera empezó a hervir, dándole unos segundos para pensar lo que quería decirle— Sunny... creo que

nevará antes de que anochezca y...

— Cal, ¿por qué no te relajas un poco? Por muy tentadora que fuera la idea, no lo he asesinado.

— No estaba preocupado por eso — sirvió dos tazas— Al menos, no excesivamente. Es difícil de explicar.

— ¿Qué quieres decirme? ¿Que tu hermano es un estúpido? Ya lo sé.

— También es muy sensible.

— ¿Estamos hablando del mismo hombre? ¿De Jacob Hornblower, el astrofísico? ¿El tipo de cabeza dura como una piedra y un genio de mil demonios?

«Una acertada descripción», pensó Cal.

— Sí. Pero eso no quita que tenga sentimientos, que quiera a la gente que lo rodea. Su familia. Recuerdo que de niño, siempre se estaba peleando porque alguien había dicho algo malo de mí. Eso me fastidiaba, porque yo quería arreglar esos asuntos por mí mismo, pero él siempre se me adelantaba. Y mis padres... Ni una sola vez se olvidó de un cumpleaños, o de un aniversario de bodas...

— Cal — con gesto ausente, Sunny se echó azúcar en el té— ¿Cómo decidiste quedarte?

— Yo no lo decidí — respondió— Quiero decir que no creo que la palabra «decidir» sea muy adecuada. Porque implica elección, y yo no podía dejar a Libby. Lo intenté. Pero nunca he dejado de pensar en mi familia.

— Tanto si lo consideras una elección o no, tuvo que ser muy difícil.

— Sí que lo fue. Ni siquiera estaba seguro de conseguirlo, de haber querido volver. Envié la nave y los informes porque existía la posibilidad de que, de esa manera, mi familia pudiera llegar a saber de mí — le puso una mano sobre la suya— Con J.T. es diferente. Él sabe que puede volver. Y no puede hacerles eso a nuestros padres.

— No, claro — levantó la cabeza— Pero todo esto ha debido de ser terriblemente duro para ti.

— Ha sido el mejor año de mi vida.

— Pero la separación...

— Si hubiese retrocedido otros cinco siglos más no me habría importado. Siempre y cuando hubiera encontrado a Libby.

— Ella también es muy afortunada de tenerte a ti.

— Me gusta pensar eso — sonrió, pero de repente se puso serio— Él te ama, Sunny.

Un brillo de emoción bailó en sus ojos antes de que bajara la mirada.

— ¿Te lo dijo?

— Sí, pero no tenía ninguna necesidad. Pude verlo la primera vez que pronunció tu nombre. Supongo que lo que quería decirte es que Jacob jamás ha sentido por nadie lo que siente por ti.

— ¿Me ayudarás, Cal? Me marché de la nave antes de que se despertara — apretó los labios para que no le temblaran— No puedo despedirme de él.

Libby permanecía de pie al lado del riachuelo, contemplando los esfuerzos del

agua por abrirse paso entre la nieve. En su mente lo veía tal y como lo había visto en primavera, cuando se deslizaba lánguidamente. por las rocas y el canto de los pájaros se oía por doquier.

Era allí donde había enterrado con Cal la cápsula del tiempo. Y donde había hecho el amor con él, sobre la hierba, con el corazón desgarrado de dolor al imaginárselo desenterrando la caja en alguna primavera cientos de años después.

Pero, en lugar de eso, Cal se había quedado, y había sido su hermano quien había desenterrado, o quien desenterraría, aquella caja. Y era el corazón de su hermana el que estaba ahora desgarrado de dolor. Ningún consuelo que le ofreciera a Sunny sería nunca suficiente.

Le parecía terriblemente irónico que ella hubiera alcanzado la felicidad al mismo tiempo que su hermana la desgracia. Ella tenía a Cal. Un hogar. Y un hijo. Con una leve sonrisa, se llevó una mano al vientre. El hijo o la hija que vendría al final del verano, y que los uniría aún más. Sunny, en cambio, solo tendría recuerdos, y Libby nada podía hacer para evitarlo.

Fue en aquel instante cuando giró ligeramente la cabeza y vio a Jacob. Solo estaba a unos metros de ella. No había oído sus pasos, ahogados por el manto de nieve. Bajo las sombras proyectadas por los árboles, podía ver lo mucho que se parecía a Cal. La misma complexión, el mismo color de tez, los mismos rasgos duros, fuertes. Tenía una expresión pensativa que la hizo preguntarse cuánto tiempo habría estado allí, contemplándola en silencio.

No se acercó a él. Aunque Jacob ya no representaba ninguna amenaza para ella, le había robado el corazón a su hermana. Y se lo había roto.

— Cal está dentro — pronunció con voz fría y tranquila. No hizo intento alguno por mostrarse amable.

— Quería hablar contigo.

— Si se trata de Cal, la elección de marcharse o de quedarse es solamente suya. Siempre lo ha sido, tanto si te lo crees como si no.

— Lo sé — caminó lentamente hasta detenerse frente a ella— Eso es algo que jamás creí que llegaría a aceptar o a comprender. Pero lo entiendo perfectamente. Y nuestros padres también lo entenderán... se llevarán una enorme alegría cuando les hable de ti. Y de vuestro hijo.

— Los echa de menos — repuso Libby con voz ronca de emoción— Ellos deberían saberlo.

— Lo sabrán.

— ¿Por qué no se lo dijiste a Sunny? — le preguntó, sin poder evitarlo— ¿Cómo pudiste dejar que se enamorara de ti cuando sabías que te ibas a marchar?

Jacob cerró los puños dentro de los bolsillos de su abrigo.

— Me pasé dos años trabajando, preparando el camino para llegar hasta aquí. Por una razón. Solo una. Encontrar a mi hermano y llevármelo de vuelta a casa.

— Pero no te lo vas a llevar — declaró, desafiante.

— No — Jacob estuvo a punto de sonreír. Libby se parecía más a su hermana de

lo que había creído en un principio— Y además me quedaré sin Sunny. Ella no es la única que se ha enamorado. Ni la única que ha salido perdiendo.

— Pero tú eras consciente de lo que estabas haciendo.

Temblando de frustración, se enfrentó a ella. Y por primera vez Libby vio en sus ojos una mirada de absoluto dolor, de inmensa tristeza.

— Tú creías que Cal se marcharía, ¿Te impidió eso amarlo, o le impidió a él que te amara a ti?

— No — con un suspiro, le puso una mano en el brazo— No.

— Ella es fuerte. No dejará que el dolor la consuma. Y si yo no vuelvo... — desgarrado de dolor, aspiró profundamente— . Si yo no vuelvo, ella sobrevivirá.

— ¿De verdad lo crees?

— Tengo que creerlo — se pasó una mano temblorosa por el pelo. Acababa de decirle lo que no había sido capaz de revelar a Sunny. Aquello con lo que él mismo no había querido enfrentarse— No tengo perfeccionado el procedimiento. Esta vez me equivoqué por unos meses. La próxima vez, si es que hay alguna, puede que sean años. Quizá, para entonces, Sunny haya comenzado una nueva vida. Tengo que aceptar eso.

— ¿Sabes? — le sonrió— Mi oficio es estudiar a la gente. Cuando conviertes esa actividad en una profesión, aprendes muchas más cosas que las tradiciones y las pautas culturales de las personas. Aprendes que el amor verdadero, el duradero, es un bien muy escaso. El amor es algo que no hay que dar nunca por garantizado, J.T. Es algo que debe ser reverenciado, atesorado.

Jacob recorrió con la mirada el paisaje nevado. El paisaje de aquel mundo que estaba empezando a comprender.

— Pensaré en ella cada día durante el resto de mi vida.

— ¿No te suena de nada la palabra «compromiso»?

— Hasta ahora, casi no. Pero estoy dispuesto a enmendarme. Solo puedo decirte que, desde el preciso momento en que vuelva, me dedicaré en cuerpo y alma a encontrar una forma de regresar aquí.

Conmovida, lo besó en una mejilla. Y se quedó sorprendida cuando él la abrazó. Sin vacilar, le devolvió el abrazo.

— Cuida de ellos. De los dos.

— Lo haré — Libby sonrió al ver a Cal acercarse hacia ellos. Después de besar por última vez a Jacob, se apartó y extendió una mano hacia Cal— Me voy a preparar el desayuno.

— Gracias — Cal le apretó la mano— Te quiero.

Y, con una sonrisa, Libby se dirigió hacia la cabaña.

— ¿Está Sunny dentro?

Cal se volvió hacia su hermano.

— Sí, ha vuelto temprano — lo tomó del brazo para retenerlo a su lado— . Escucha, J.T. Sunny me pidió que te dijera que te desea un buen viaje, pero que no es capaz de despedirse de nuevo de ti.

— Al diablo con eso.

— Jacob — Cal se movió para bloquearle el paso— Necesita hacerlo así. Créeme, no la ayudarás en nada si intentas verla otra vez.

— ¿Y cortar así, por lo sano? — replicó Jacob, liberándose— ¿Así de sencillo?

— Yo no he dicho que fuera sencillo. No hay nadie que sepa mejor que yo lo que sientes. Si la amas, déjala así.

Volviéndose, Jacob se alejó unos pasos presa de un terrible dolor mezclado de resentimiento. Sunny ni siquiera lo vería por última vez. Era como si ya se hubiese convertido en un recuerdo. Quizá fuera mejor así, pensó. Mejor para que él pudiera creer que ella ya estaba sobreviviendo, reconstruyendo su propia vida. Si no podía hacer nada más por ella, al menos podría satisfacer aquella última petición.

— De acuerdo. Dile... — se interrumpió, maldiciendo entre dientes. Nunca sería capaz de encontrar las palabras para lo que estaba sintiendo.

— Ya lo sabe — pronunció Cal— . Vamos dentro.

Por la tarde se dirigieron hacia la nave. Jacob se preguntó si Sunny los estaría contemplando desde la ventana antes de desaparecer en el bosque. Pero cuando volvió la vista atrás, el sol se reflejaba en los vidrios de las ventanas y no pudo ver nada.

Cal no dejaba de hablar, intentando llenar el silencio con su charla desenfadada. En cierto momento Jacob vio que buscaba la mano de Libby, para apretársela con fuerza.

Y a él se le había negado incluso aquello. Incluso un simple contacto. Maldiciendo a Sunny, bajó del todoterreno.

— Se lo contaré todo a mamá y a papá. — Cal asintió con la cabeza.

— Vuelve al laboratorio. Ojalá pudieras volver y traértelos contigo para que nos visitaran.

— Volveré — abrazó a su hermano. — Te quiero, J.T.

Suspirando, Jacob se apartó para volverse hacia su hermana.

— Dile a Sunny que encontraré una manera.

— Yo no lo dudo — Libby parpadeó para contener las lágrimas mientras le tendía un sobre— Ella me pidió que te entregara esto, pero insistió en que te hiciera prometer que no lo abrirías hasta que regresaras a tu época.

Jacob fue a tomarlo, pero Libby se negó a entregárselo.

— Quiero tu palabra. Según Cal, nunca has incumplido una promesa.

— Te lo prometo — lo dobló cuidadosamente y se lo guardó en un bolsillo. La besó en las mejillas— Cuídate, hermanita.

Libby ya no pudo más. La primera lágrima rodó por su rostro.

— Tú también — apoyó la cabeza en el hombro de Cal mientras Jacob ya se dirigía hacia la nave.

— Volverá, Libby — Cal levantó una mano a modo de saludo, y la dejó caer. Sonriendo, la besó en el pelo en el momento en que ella empezaba a sollozar— Solo es cuestión de tiempo.

Una vez dentro, Jacob procuró despejarse la cabeza y se puso a trabajar. El procedimiento del despeque era sencillo, pero revisó todos los controles tan

meticulosamente como lo habría hecho un piloto novel. No quería pensar. No podía permitírselo.

Había previsto que le dolería, pero no había podido imaginar que llegaría a sentir aquella clase de dolor sordo, corrosivo. Se iluminaron las luces de la mesa de mandos cuando conectó la ignición. En la pantalla pudo ver cómo Cal alejaba a Libby a una distancia prudencial. Por última vez buscó en el bosque algún indicio de la presencia de Sunny. Nada. Pulsó el último botón.

La nave se elevó suavemente, casi en silencio. Sabía que no podía permitirse una demora, pero redujo la velocidad hasta que su hermano y Libby se convirtieron en un par de puntos diminutos en un mar blanco y verde. Con un gemido, ascendió de golpe atravesando en unos segundos la atmósfera terrestre.

Encontrarse en medio del silencioso espacio sideral resultaba, de algún modo, relajante. Pero Jacob no quería relajarse. Necesitaba aferrarse a su furia, a su frustración. Tensa la mandíbula, encendió el computador de a bordo.

— Fija las coordenadas hacia el sol.

— Coordenadas fijadas.

Visto a través de la pantalla, el mundo era simplemente una bola de vistosos colores. Conectó el navegador automático. Todo estaba muy tranquilo; no había ningún tráfico, ni comercial ni privado. Ninguna nave patrulla con la que comunicarse. Ni puntos de frontera espacial.

No tardó en entrar en el hiperespacio. Como antes, entrecerrando los ojos, tensos los músculos, se vio disparado hacia el sol. Observó desapasionadamente cómo los indicadores registraban un dramático incremento de la temperatura exterior. Una vez bajada la pantalla protectora siguió volando a ciegas, hábilmente pero sin la emoción que lo había asaltado durante el viaje de ida.

Pulsó varias teclas del ordenador e incrementó la velocidad, ajustando la inclinación de la nave. Con movimientos rápidos y precisos, deslizaba los dedos por la mesa de controles. Aunque estaba preparado, el movimiento inercial lo aplastó contra el asiento. Y murmuró una maldición, colérico y desesperado a la vez.

Ya no había vuelta atrás. Como una bala surcaba, el espacio alejándose más y más de Sunny. Y de su propio corazón, que había dejado en sus manos.

Para cuando el salto temporal tocó a su fin, estaba sin aliento. El sudor le corría por la espalda. Una mirada a los controles le confirmó que había tenido éxito.

«Éxito», pensó entristecido mientras se frotaba los ojos. Levantó la pantalla protectora para asomarse a su propio tiempo. Todo parecía similar a lo anterior: las estrellas, los planetas, el espacio oscuro... Pero había más satélites, y a lo lejos distinguió la luz de un laboratorio. En menos de treinta minutos tendría que seguir las señales e indicaciones espaciales. Ya no estaría solo. Recostándose en el asiento, cerró los ojos con un gesto de callada desesperación.

Sunny se había ido.

El destino los había unido para luego separarlos. El destino, pensó, y su propia inteligencia. Pero usaría esa inteligencia. Aunque tardara años, o decenas de años,

encontraría una manera de unir de nuevo sus vidas. Sí, volvería, y ajustaría con tanta precisión el tiempo que Sunny apenas se daría cuenta de que se había marchado.

Lentamente se sacó la carta del bolsillo. Era lo único que le había quedado de ella. Probablemente un mensaje. Unas cuantas palabras de amor, de remembranza. Pero no sería suficiente, pensó furioso mientras rasgaba el sobre.

Sin embargo, solo había una palabra: sorpresa. ¿Sorpresa? ¿Qué tipo de mensaje era ese? De repente, al escuchar un ruido a su espalda, giró su sillón.

Estaba en el umbral del puente de mando. Mortalmente pálida, pero con los ojos brillantes.

— Así que ya has leído mi mensaje — sonrió.

— ¿Sunny? — al principio pronunció su nombre en un susurro, convencido de que se hallaba ante una alucinación. Ese solo era uno de los potenciales efectos colaterales del viaje temporal. Tendría que acordarse de registrarlo.

Pero no solamente podía verla, u oírla. También podía oler su perfume. Se levantó catapultado del sillón para abrazarla con fuerza, devorando sus labios.

Entonces se quedó paralizado. Aterrado.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — le preguntó, sacudiéndola de los hombros— . ¿Qué diablos has hecho?

— Lo que tenía que hacer.

Cuando vio que se tambaleaba, la maldijo entre dientes.

— No, ya me gritarás después — le dijo con tono tranquilo— Creo que me voy a desmayar.

— No — aunque estaba furioso, la levantó como si no pesara más que una pluma y la llevó a un asiento— ¿Estás mareada?

— Sí — se llevó una mano a la sien— Ha sido un viaje terrible.

— ¿Náuseas?

— Un poco.

Jacob pulsó un botón rojo y se abrió un pequeño compartimiento, del que sacó una caja cuadrada.

— Toma — le entregó una pastilla diminuta, aplastada— Deja que se disuelva en la lengua. Idiota — la insultó, a pesar de que lo había obedecido— No estás entrenada para un viaje temporal.

El alivio fue instantáneo. Aspiró profundamente, satisfecha de haberse recuperado. Luego se volvió hacia la pantalla. La galaxia se extendía ante su vista.

— Oh, Dios mío — el color había vuelto a sus mejillas— Es increíble. ¿Aquello... aquello es la Tierra?

— Sí — le sudaban las manos. No habría faltado mucho para que él mismo se mareara— Sunny, ¿eres consciente de lo que has hecho?

— ¿A qué velocidad estamos viajando?

— Maldita sea, Sunny.

— Sí, soy consciente de lo que he hecho — se giró en la silla para apoyar las manos sobre sus rodillas. Sus ojos, cuando se encontraron con los suyos, tenían una

mirada limpia y clara— He viajado a través del tiempo contigo, Jacob.

— Tienes que haber perdido el juicio... ¿Cómo se te ha podido ocurrir algo tan ridículo?

— Cal y Libby me ayudaron.

— ¿Que te ayudaron? ¿Ellos sabían que planeabas esto?

— Sí — cuando las manos le empezaron a temblar, las entrelazó sobre el regazo.

No quería que Jacob supiera lo muy asustada que estaba— Lo decidí anoche.

— Lo decidiste — repitió él.

— Eso es — alzó la barbilla— Hablé con Cal esta mañana, y me dijo todo lo que quería saber — ya más tranquila, se volvió de nuevo hacia la pantalla. Había luces en el cielo. Estrellas. Por muy increíble que fuera, estaba surcando el espacio con el único hombre al que había amado. Al que amaría.

Jacob se dijo que alguien de los dos tenía que ser sensato, que mantenerse tranquilo. Pero no podía ser él.

— Sunny, no creo que comprendas lo que acabas de hacer.

— Lo comprendo perfectamente — lo miró. Sí, ya estaba más calmada. Con la cabeza despejada y el corazón rebosante de gozo— Cal protestó cuando le dije lo que pensaba hacer... Aunque fue una protesta simbólica, más en beneficio de Libby que del mío. Pero cuando hablé con mi hermana, ella lo comprendió. Ella misma me llevó a la nave esta tarde, cuando tú estabas hablando con Cal.

— Tus padres...

— Ellos siempre han querido que fuera feliz — sintió una punzada de dolor, muy profunda, cuando pensó en ellos— . Libby y Cal se lo explicarán todo — como ya estaba segura de que las piernas podrían sostenerla, se levantó para caminar por cubierta— No estoy diciendo que no vayan a entristecerse, o a echarme de menos si no es posible el retorno. Pero creo que mi padre, sobre todo mi padre, sentirá también una tremenda envidia y una tremenda alegría cuando piense dónde estoy... — se echó a reír— O, mejor dicho, cuándo. Ninguno de los dos nos caracterizamos por nuestra capacidad de ceder, J.T. Con nosotros, o es todo o nada. Creo que por eso nos compenetrarnos tan bien.

— Debiste haberte quedado allí y esperarme — Jacob se cubrió la cara con las manos para después pasárselas por el pelo, con gesto nervioso— Maldita sea, Sunny, te dije que volvería. Que solo tardaría un año, quizá dos o tres.

— Yo no quería esperar tanto.

— Pero si hubiera conseguido perfeccionar el sistema, habría podido regresar cinco minutos después de que me marchara, según tu tiempo. No tenías ningún derecho a tomar una decisión tan importante como esta sin consultarme.

— Es una decisión mía — irritada, se acercó a él— Si no me quieres, entonces ya me buscaré una compañía más grata. Quizá en Marte. Puedo cuidar perfectamente de mí misma.

— Esto no tiene nada que ver con lo que quiera o pueda dejar de querer. Sino con lo que es mejor para ti.

— ¿A dónde vas? Todavía nos quedan varios miles de kilómetros antes de que lleguemos a una atmósfera respirable.

— Esta es una nave muy grande, ¿no?

— Siéntate.

— No...

— He dicho que te sientes — y la empujó con no demasiada suavidad contra una silla— Y cállate. Tengo algo que decirte. Este viaje entraña unos riesgos que tú no puedes ni imaginarte siquiera. Si yo hubiera cometido un mínimo error, algún cálculo mal hecho...

— Pero no ha sido así.

— Esa no es la cuestión.

— ¿Y cuál es la cuestión, Hornblower?

— Que no debiste haber hecho esto.

— Bien — pronunció Sunny, suspirando impaciente— Pero ya no tiene sentido que sigamos discutiendo de ello, porque ya lo he hecho. ¿Por qué no miramos hacia el futuro?

Jacob se dio cuenta de que necesitaba sentarse.

— Puede que nunca vuelvas.

— Lo sé. Ya he aceptado esa posibilidad.

— Si cambias de idea...

— J.T. — suspirando, se levantó para arrodillarse frente a él— No puedo cambiar de idea a no ser que cambie de corazón. Y eso no es posible.

Jacob extendió una mano para acariciarle el cabello.

— Yo nunca te habría pedido esto.

— Lo sé. Y si yo te lo hubiera pedido, me habrías dado media docena de razones, a cuál más lógica, para convencerme de que me quedara. Y, sin embargo, habrías estado equivocado. Lo que no podía hacer era vivir sin ti.

— Sunny.

— Míralo de esta manera: yo siempre he tenido la sensación de estar por delante de mi tiempo, de haberme equivocado de era. Quizá me vaya mejor en la tuya.

— Has cometido la mayor estupidez del mundo, pero... — la atrajo hacia sí— ... ¡cómo me alegro de que lo hayas hecho!

— ¿Entonces no estás enfadado?

Jacob le demostró lo enfadado que estaba al besarla en los labios.

— Cuando hoy no quisiste verme, fue como si me hubieras partido el corazón con un cuchillo. Y, de alguna manera, tuve la sensación de que lo había dejado allí, contigo.

A Sunny se le llenaron los ojos de lágrimas, pero luchó por contenerlas.

— Eso ha sido casi poético.

— No te acostumbres a ello — sin soltarla, se volvió para pulsar unos sensores en la mesa de mandos.

— ¿Me enseñarás a manejar esta nave?

Jacob la miró. Estaba realmente allí, con él. Y era suya. Para siempre.

— Claro que sí — respondió, divertido y la besó de nuevo.

— Mmmmm — suspiró de placer— ¿En qué año estamos ahora?

— En el 2254.

— Vaya — exclamó, medio aturdida— Eso significa que tengo ahora mismo... doscientos ochenta y siete años de edad — arqueó una ceja— ¿Te gustan las mujeres maduras?

— Me enloquecen.

— Acuérdate de eso cuando llegue a los trescientos y nuestra relación empiece a decaer. Pienso frustrarte, irritarte y en general, convertir tu vida en un caos durante mucho tiempo.

— Cuento con ello.

Y juntos observaron cómo la gran esfera verdiazul que constituía su hogar se iba acercando poco a poco...

Epílogo

El rumor de las olas parecía llenar la habitación. La suite estaba abierta al cielo estrellado y al mar embravecido, encrespado por la tormenta. Un penetrante aroma a jazmín flotaba en el aire. El susurro de una música lenta se mezclaba con el lejano eco de los truenos.

— Yo tenía razón — murmuró Sunny.

Jacob cambió de postura en la cama para acercarla más hacia sí.

— ¿Sobre qué... esta vez?

— La tormenta — respondió, con el cuerpo vibrando todavía de pasión— Sabía que no sería una tranquila noche de luna de llena, ni un atardecer tropical.

— Bueno, el ambiente no supone tanta diferencia.

— ¿Es por eso por lo que me has traído aquí? ¿Al lugar que una vez me describiste?

— Te traje aquí para que pasáramos unos días relajados.

— Ah, así que me trajiste para eso. Pero entonces... ¿cuándo vamos a relajarnos?

— sonrió antes de comenzar a sembrarle el pecho de besos— . ¿Ves? Ya te estás excitando otra vez.

Jacob le acarició el cabello con infinita ternura.

— ¿Cuánto tiempo llevamos casados?

Con gesto indolente, Sunny pulsó un botón del lateral de la cama. Y en el aire flotaron por un instante unos números luminosos.

— Cinco horas y veinte minutos.

— Me temo que no podremos relajarnos hasta dentro de cincuenta años — deslizó una mano por su hombro desnudo— ¿Te gusta?

— ¿Estar casada?

— Eso también. Pero me refería a este lugar.

— Me encanta. ¿Sabes una cosa? Creo que el hecho de haberme traído aquí es lo más romántico que has hecho nunca.

— Yo pensaba que preferirías París, o el Complejo íntimo de Marte.

— Siempre podremos ir a Marte — repuso, riendo— Vaya, parece que me he acostumbrado a hablar así. Una vez te advertí de que aprendía rápido. Y lo estoy haciendo.

— Y eso que solo llevas aquí seis meses.

— Seis meses — repitió Libby— . Demasiado has tardado en casarte conmigo...

— Yo me habría quitado de encima ese trámite en cinco minutos si mis padres y tú no os hubierais aliado...

— ¿Trámite, dices? — alzó la cabeza, con un peligroso brillo en los ojos— Caramba. Si casarte conmigo fue algo tan desagradable, ¿para qué te molestaste?

— Porque tú no habrías dejado de fastidiarme hasta que lo hiciera — esbozó una mueca de dolor cuando ella le dio un pellizco— Porque pensé que era lo menos que podía hacer por ti... — siguió burlándose, y se echó a reír mientras Sunny reaccionaba

clavándole las uñas en los brazos— . No, perdona, no es eso. Porque eres maravillosa.

— No es suficiente.

— Y extremadamente inteligente.

— Sigue, no te detengas.

— Porque el hecho de amarte me ha chamuscado los circuitos del cerebro.

— Me alegro — Sunny le echó los brazos al cuello— ¿Sabes? Ha sido una boda preciosa. Me alegro de que tu padre nos convenciera de que nos casáramos al estilo tradicional.

— Yo también — tenía que reconocer que cuando la vio avanzar hacia el altar del brazo de su padre, se había quedado sin habla. Absolutamente deslumbrado.

— Me gustan tus padres. Hacen que me sienta como si estuviera en casa. Sobre todo cuando me ponen al tanto de ciertos oscuros secretos familiares...

— ¿Cómo cuáles?

— La T. de J.T. — cuando vio que hacía una mueca, empezó a disfrutar a fondo— Parece ser que de niño eras tan malcriado, tan caprichoso, tan indisciplinado...

— Simplemente era un niño curioso.

— ... y tan testarudo — continuó ella— Que tu padre solía decir que «Trasto» era tu segundo nombre. Muy adecuado.

— Tú todavía no sabes lo muy «trasto» que puedo llegar a ser.

Sunny le mordisqueó suavemente el labio inferior.

— Estoy deseando saberlo.

Después de darle un rápido beso, Jacob se levantó de la cama. Sunny se sentó, boquiabierta, con las sábanas de seda resbalando hasta su cintura.

— ¿Qué crees que estás haciendo? Todavía no he terminado contigo.

— Me había olvidado de algo — mintió. En realidad había estado esperando el momento adecuado. Ajustó las luces para producir el efecto de docenas de velas repartidas por la habitación. Momentos después volvió con una caja— Es un regalo.

— ¿Por qué?

— Porque nunca te había hecho uno — lo depositó en sus manos— ¿Te vas a quedar mirándolo o vas a abrirlo?

— Estoy disfrutando de este momento — abrió la caja. Dentro había una tetera de porcelana, con un pájaro sobre la tapa y las paredes pintadas con grandes margaritas— . Oh, Dios mío.

— Quería que conservaras algún recuerdo de tu tiempo — se sentía reacio a admitir que había pasado meses y meses visitando tiendas de antigüedades— Cuando lo vi, fue como si... bueno, como el destino. No llores.

— No tengo más remedio— alzó los ojos enrojecidos hacia él— Esta tetera ha sobrevivido. Durante todo este tiempo.

— Las cosas mejores lo hacen.

— Jacob — hizo un gesto de impotencia, y luego entrelazó los dedos en torno a la tetera— De todos los regalos que habrías podido hacerme, este es el que significa más para mí.

— Hay otro — se sentó a su lado—. ¿Te gustaría visitar a tu familia en Navidad?
Por un instante Sunny fue incapaz de hablar.

— ¿Estás seguro?

— Estamos a un paso, Sunbeam — le enjugó delicadamente una lágrima—. Solo tienes que confiar en mí un poquito más.

— Tómame todo el tiempo que necesites — lo abrazó, emocionada—. Tenemos todo el del mundo.

Nora Roberts - Serie Hornblower 2 - Nuevos tiempos (Harlequín by Mariquiña)